AÑO 1843

# LORD ATWORTH
## y la muerte del notario

Azucena
CABALLERO

# LORD ATWORTH

## y la muerte del notario

AÑO 1843

# LORD ATWORTH
## y la muerte del notario

Azucena CABALLERO

GRENADE
publishing

AVISO DE CONFIDENCIALIDAD Y COPYRIGHT

Copyright © 2023 Azucena Caballero Bernal
Todos los derechos reservados
*Lord Atworth y la muerte del notario*

Prohibida la reproducción parcial o total de este contenido
fuera de los canales establecidos por Azucena Caballero Bernal
.

Independent publishing - GRENADE publishing

Maquetación y diseño de cubiertas:
Mónica Fragueiro Carrera, meninheira

*A Dickens, Alcott, Gaskell*
*y todos los autores victorianos*
*que me inspiraron para llegar aquí.*

# Nota sobre NOMENCLATURA NOBILIARIA y el uso de títulos honoríficos

Antes de empezar la lectura es importante familiarizarse con la nomenclatura nobiliaria y el uso de títulos honoríficos que se utilizan delante de los nombres de los personajes en esta novela.

La clasificación de los nobles de Inglaterra se presenta de la siguiente manera:

Rey

Príncipe

Duque

Marqués

Conde

Vizconde

Barón

Baronet

Caballero

A un noble se le podía (y puede) llamar por su título o por su apellido. Eso significa que a una misma persona, por ejemplo a Sebastian Atworth, vizconde de Studland, se le puede llamar tanto Atworth, por ser el apellido de su familia, como Studland, su título. Y le pueden denominar vizconde, cargo nobiliario, o sencillamente lord, que significa señor que pertenece a la alta nobleza. Así, lord Atworth, lord Studland y vizconde Studland se referirían a la misma persona.

En inglés para decir «señor» o «don» utilizan sobre todo tres vocablos: *lord*, *sir* y *mister*. Lord es usado para todos aquellos que pertenecen a la alta nobleza, de barón en adelante, a excepción del príncipe a quien se llamaría *alteza* y del rey a quien se le llamaría

*majestad* o *sire*.

Sir se usa para aquellos hombres que han recibido el título de caballero, para un baronet, o como señal de respeto hacia un jefe, un cliente, o alguien a quien se quiera agasajar y cumplimentar.

*Mister* es para cualquier hombre al que se trate con respeto.

Y si son niños, pero nobles, hijos de un duque, marqués, conde, vizconde o barón, se les llama *master* (maestre).

Para las mujeres, de nuevo tenemos el título, normalmente conseguido por matrimonio, pocas veces por herencia, ya que si había un hijo varón, lo heredaba siempre a este primero. Pero también se las llama *lady*, *milady*, *your ladyship*… Tanto si son esposas como hijas de un noble.

La esposa del marqués de Avon, puede ser marquesa de Avon, lady Avon, lady Anne o lady Atworth, por ejemplo.

*Dame* es el equivalente femenino a *sir*, es para las mujeres que han obtenido ese título.

*Madam* o *ma'am* es un signo de respeto que suelen dar criados, trabajadores, vendedores, a sus empleadoras, jefas o clientas.

En cualquier otro caso se les llamaría *Mrs*. si están casadas, *miss* si son solteras.

## Familia

Charles Atworth, marqués de Avon.

Anne Atworth, marquesa de Avon.

Charles Atworth II, vizconde de Pewsey, primer hijo del marqués de Avon, heredero del marquesado.

Vivian Atworth, vizcondesa de Pewsey, esposa del primogénito del marqués de Avon.

Charles Atworth III, primogénito de Charles y Vivian Atworth.

Andrew Atworth, segundo hijo de Charles y Vivian Atworth.

Sebastian Atworth, vizconde de Studland, segundo hijo del marqués de Avon.

Margaret Atworth, vizcondesa de Studland, esposa del segundo hijo del marqués de Avon.

George Atworth, barón de Stonar, capitán del ejército británico, tercer hijo del marqués de Avon.

Eleanor Atworth, única hija del marqués de Avon, la menor de todos sus hijos

Conde de Mere, tío abuelo del marqués de Avon.

Frederyck Seymour, barón de Heatherfield, nieto del conde de Mere, primo tercero del marqués de Avon.

Lady Siobhan, prima por la parte irlandesa de la familia.

## Invitados

Míster Dennis notario de la familia.

Lady Melksham.

La señorita Violet Tumblr.

James, vizconde de Sherston.

William Corston, industrial.
Daniel Ronson, primo de la prometida de George Atworth.
Lady Molly Davenport.
Lady Rymple.
Condesa viuda de Lyme.

## Servicio

Señora Marshall, ama de llaves.
Señora Gruber, cocinera, jefa de cocina.
Daisy, panadera y repostera.
Sophie, aprendiz de cocinera, hija de la señora Gruber.
Señor Thompson, mayordomo.
Baker, primer lacayo de Orchard Manor.
Brown, ayuda de cámara de Charles Atworth II.
Anna, doncella de Vivian.
Poppy, doncella de Margaret.
Lorna, doncella de salón.
Thomas, criado de Mr. Dennis.

## Otros

Caroline Work, prometida de George Atworth, barón de Stonar.
Inspector Dew, inspector de policía.
Russel Rymer, policía.
Alan Evans, médico.
Roran Hardy, secretario del notario.
Michael Dennis, sobrino del notario.
Amelia Dennis, sobrina del notario.

# CAPÍTULO I

*Wiltshire, jueves 13 de abril de 1843*

Las ostras que enviaba *mister* Dennis, el notario de la familia, acababan de llegar. La señora Marshall, el ama de llaves de Orchard Manor, se apresuró a revisar que las cajas estuvieran totalmente cubiertas de hielo. Sabía que todo debía de estar perfecto para la recepción de esa noche.

La casa vivía un momento muy especial: George, el hijo menor del marqués de Avon, se casaría el próximo miércoles y a lo largo de la semana iban llegando los múltiples invitados que venían a celebrar tan venturoso acontecimiento.

El mundo estaba cambiando; poseer tierras, un título y una reputación seguía siendo importante, pero lo que daba más liquidez en esos días era la industria. Lord Avon sabía lo que hacía, y consideraba que casar a su hijo menor con una rica heredera americana era un golpe maestro, por mucho que supusiera un escándalo. Sus dos hijos mayores se habían casado adecuadamente con quienes se esperaba de ellos, que, además, en el caso del segundo, Sebastian, que se hubiesen unido conveniencia, deber y amor, no dejaba de ser una coincidencia afortunada. Pero ahora, en un momento en el que cada día había más nobles que se veían obligados a vender sus tierras e, incluso, alguno de ellos su título, que su hijo menor se casara con alguien que aportara una dote tan generosa como lo hacía la señorita Caroline Work era, sin duda, un motivo de peso para dejarse de remilgos y celebrar una unión que favorecería en distintos aspectos a ambas familias.

—¡Hola, papá! ¡Adiós, papá! —exhaló a toda velocidad una adolescente provista de todos los detalles, como si fuera una joven

amazona que presumiera de ir a la moda, en cuanto a vestido hípico se refería.

—¡Eleanor, espera! Esas no son formas de ir por la casa. Por ningún sitio si me apuras. ¿No puedes andar como la persona educada y distinguida que tu madre e institutrices tanto empeño han puesto en formar? —respondió su padre con un suave tono que no por ello lograba disimular del todo su indignación. Mientras terminaba su frase, casi fue arrollado por George, el protagonista de la fiesta.

—¡Hola, papá! ¡Adiós, papá! No riñas a Eleanor, es culpa mía. Le he prometido enseñarle un truco para que pueda presumir estos días delante de todas las cotillas que tendremos paseando por nuestros jardines —dijo George cogiendo a su hermana de la mano y tirando de ella para que se pusiera en marcha de nuevo.

—¡Parad los dos ahora mismo! —Ambos hijos frenaron en seco y fingieron una cara triste al girarse hacia su padre—. ¿Es que no sabéis que ya han llegado varios invitados a la casa? ¿Qué tipo de rumores queréis que se difundan sobre nuestra familia? ¿Deseáis ensuciar el apellido Atworth por algún motivo? Ahora os dirigiréis de forma tranquila y parsimoniosa hacia las caballerizas, sin comentarios sobre cotillas o similares, y con la dignidad que merece nuestra familia y posición. ¿Entendido?

—Entendido —corearon ambos hermanos.

—Venga, id y disfrutad. Me encantará ver ese truco en estos días —finalizó el marqués guiñando un ojo en dirección a sus hijos.

El marqués sonrió para sí mientras cruzaba el vestíbulo. Estaba contento de haber cedido al menor de sus hijos varones el título de barón. De esa forma, Caroline se convertiría en lady, y ellos sanearían su economía. La reputación del marqués era sólida, se podía rastrear la pertenencia de su familia a la más alta nobleza desde los tiempos de Enrique VII. No necesitaba más renombre, necesitaba dinero.

—Por favor, Baker, avise a mi hijo Sebastian para que se reúna conmigo en mi estudio. Necesito revisar con él algunos detalles importantes —solicitó el marqués de Avon a su primer lacayo.

Sebastian recibió el mensaje de su padre. Antes de reunirse con él, decidió pasar a saludar a su esposa, que estaba ayudando a su madre con los preparativos para toda la semana en el comedor formal, sabía que allí se ofrecería un pequeño refrigerio a medio día para todos los invitados que habían llegado.

—¡Buenos días, querido! —saludó con alegría Margaret cuando vio

a su marido en la puerta del comedor. La marquesa de Avon también desplegó una amplia sonrisa en cuanto vio a su hijo. Ambas adoraban al vizconde de Studland y se sentían muy orgullosas de los lazos que les unían a él.

—¡Buenos días! —respondió Sebastian—. Por favor, en ese plato falta limón —dijo dirigiéndose al criado que colocaba adecuadamente los platillos con el piscolabis que iban a tomar a modo de almuerzo.

En uno de los ochenta platos que estaban colocados sobre la mesa principal del bufé, había cinco rodajas de limón en lugar de seis, junto al eneldo de guarnición de la trucha ahumada, que iban a servir como acompañamiento de los panecillos, la mantequilla, el queso, los distintos tipos de chutney, la empanada de ciervo y las tres bandejas sobre braserillos que mantenían calientes los riñones al jerez, los huevos revueltos con setas y el arroz especiado.

—¿Cómo lo haces? ¿Cómo has podido ver ese detalle sin ni siquiera detenerte a observar la mesa, solo andando cerca, mientras te dirigías aquí? —preguntó admirada Margaret—. ¡Nunca dejas de sorprenderme!

—Es fácil. Todo seguía un patrón y había algo que no encajaba. Mi madre también lo habría visto en cuanto se hubiera acercado. ¿Verdad, madre?

—Puede ser… Confieso que mi vista y habilidades ya no son las mismas que antes. Los años pesan —respondió la marquesa de Avon mientras inclinaba su rostro para recibir un beso de su hijo que había llegado junto a ella. Sebastian, atendiendo al gesto de su madre, la besó en la mejilla. A continuación, repitió el gesto con su esposa. Sus dos mujeres favoritas sobre la faz de la tierra, como las llamaba él, añadiendo siempre la coletilla «con el añadido a continuación de la señora Marshall, quien me ha consentido tanto y sabe que ocupa un lugar privilegiado en mi corazón».

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Quieres ayudarnos? —preguntó Margaret recolocando las flores de uno
de los jarrones para que todas las que eran de color blanco quedaran en el centro.

—Me encantaría, pero no puedo, voy hacia el estudio de padre. Me ha pedido que revise algunas cosas importantes.

—¿Importantes? ¿Es algo que nosotras deberíamos saber?

—No lo sé. Puede que sea algún asunto sobre la gestión de las granjas. Creo que algún arrendatario avisó de que se requerían reparaciones en varios de los edificios. Un tema relevante, pero del que no hay que preocuparse. Vosotras disfrutad de todo lo que implica

la boda, sé que os encanta.

—Quizá sean cuestiones referentes a la boda o a los invitados —dijo la marquesa.

—No lo sé. En cualquier caso, si en algún momento os concierne lo sabréis. Ahora, con vuestro permiso, me marcho.

Sebastian se dirigió con paso ligero hacia el despacho de su padre. Estaba contento. Le ponían de buen humor los eventos sociales, especialmente las bodas con sus fiestas y todas las actividades deportivas y lúdicas que implicaban. La boda de su hermano pequeño iba a ser el evento más memorable de toda la temporada. Esa semana se iba a olvidar de los problemas que atravesaba la familia, al fin y al cabo, la dote de la señorita Work lo solucionaría todo, y un bello horizonte se vislumbraba en el futuro de los Atworth.

# CAPÍTULO II

El olor a tabaco de pipa inundó los sentidos de Sebastian al entrar en el estudio de su padre. Era un aroma muy particular. Su progenitor preparaba su propia mezcla de tabaco negro *cavendish*, dulce y aromático, con perique, que dejaba una nota afrutada y picante en el aire. A Sebastian le encantaba ese olor desde pequeño. Recordaba con emoción, nostalgia y cierto desagrado, la primera vez en que su padre le ofreció fumar en pipa. El marqués le preparó una con mucho mimo, explicándole todos los beneficios que podría obtener, ya que sabido es lo bueno que resulta para la salud, pero a él no le gustó nada la experiencia. Le provocó mucha tos y el sabor fue muy decepcionante. Su padre dijo que no se preocupara, que cuando madurara más podría volver a intentarlo. Sebastian decidió que nunca maduraría tanto como para tener que repetir la experiencia. Sin duda, el tabaco olía mejor que sabía. Prefería que su padre fuera el que fumara y él disfrutar así, de las ventajas de esa maravilla de la naturaleza, respirando su delicioso humo sin tener que inhalarlo.

En el estudio estaban su padre, marqués de Avon, y su hermano mayor, Charles, vizconde de Pewsey.

Sebastian saludó y se sentó en una de las butacas disponibles.

—¿Y George? ¿No viene? No me digáis que estamos aquí para prepararle una fiesta especial a George por su boda. ¡Me sorprendería! —dijo alegremente mientras recolocaba uno de los cojines, sacándolo de detrás de su espalda—. Eso está bien para las chicas, para que sus amigas regalen enseres para el hogar, pero no tiene sentido que se haga para un hombre.

—Desearía que fuera un tema tan frívolo, pero como bien dices no tiene ningún sentido preparar algo así, todos los eventos de esta semana son una enorme fiesta para George y su prometida. —El

marqués carraspeó, aclarando su voz—. Pero me temo que es de otra cuestión de la que tenemos que hablar.

Sebastian miró a Charles, quien le devolvió una mirada seria mientras jugueteaba con la cucharilla del té que se estaba tomando. Este gesto le hizo pensar que él también quería una bebida, así que decidió hacer sonar la campanilla. Eso le hizo pensar que él también quería una bebida, así que hizo sonar la campanilla. Uno de los lacayos, que estaba esperando en la puerta del estudio, siempre dispuesto para cualquier contingencia en que pudiera ser requerido, acudió enseguida para atender el recado.

—Soy todo oídos —dijo Sebastian.

—Creo que ninguno de vosotros —apuntó el marqués mientras los observaba atentamente— es ajeno a las circunstancias de frágil precariedad de nuestra economía. La gestión que llevó a cabo mi padre no fue todo lo cuidadosa que debería haber sido, eso generó deudas y desde que me convertí en marqués hace ocho años he intentado solucionarlo de la mejor forma posible para garantizar que el patrimonio de los Atworth se preserve. Pero con la actual coyuntura estamos en una situación delicada.

Charles empezó a mover nerviosamente la pierna derecha; era un tic que tenía desde pequeño.

El marqués expuso todas las circunstancias que hacían que el largamente cuidado, amado, ampliado y conservado patrimonio de los marqueses de Avon debiera contemplarse desde una perspectiva de desapego, de hecho existía un considerable riesgo de que menguara. Debían encontrar soluciones efectivas. Lo necesitaban.

A las deudas heredadas del anterior marqués, había que sumarle el regreso de los impuestos sobre la renta para quienes ganaran más de ciento cincuenta libras al año, que el primer ministro había implantado de nuevo hacía menos de doce meses, tras veintiséis años sin pagarlos. Por si fuera poco, varios de los arrendatarios no habían renovado la tenencia de sus granjas, y encontrar a gente para cultivar las tierras no era tan fácil como antes desde que las fábricas y el ferrocarril estaban cambiando el mundo. Pero nada de eso era terrible. Lo peor era que, para finiquitar las deudas y garantizar la entrada de ingresos en las arcas familiares, el marqués junto con su hijo mayor, sin contar con la opinión de ningún otro miembro de la familia, decidieron invertir una enorme cantidad de dinero en comprar un barco. Compraron un bergantín para comerciar importando estatuas y columnas de mármol desde Italia a Gran Bretaña y a las Indias Orientales. Parecía un buen negocio. El estilo italianizante se imponía

en la mayoría de casas señoriales. Era una inversión segura. Si no llega a ser por un terrible temporal que hundió la nave en algún lugar entre Cerdeña y Mallorca, hubiera funcionado; sin embargo, habían perdido todo lo invertido. Estaban ahora mismo ante una situación crítica.

—¿Cómo que comprasteis un bergantín y os metisteis en un negocio que era evidentemente muy riesgoso?

—¿Qué insinúas? Era un buen negocio. Si no hubiera sido por el enorme e inesperado temporal que se desató en las aguas que van del mar Tirreno al mar de Alborán, hubiera resultado muy ventajoso. Era algo que no se podía prevenir —respondió Charles.

—Precisamente porque algo así no se puede prevenir, invertir nuestro capital en semejante empresa era demasiado peligroso y no debió hacerse. Fue idea tuya, Charles. ¿Verdad? Y tú, papá, ¿no viste lo que podría significar?

—No fue idea de Charles —dijo el marqués con tono recriminatorio hacia Sebastian—. Era una buena oportunidad y si no hubiera sido por la tormenta nos habría dado enormes beneficios que hubieran justificado con creces el riesgo. No voy a consentir que ataques a tu hermano, quien cuando yo falte, además, será el cabeza de familia. Le debes un respeto. Ahora mismo necesitamos que nos ayudes a encontrar soluciones, no a echar más leña al fuego.

—Esto es un desastre —dijo Charles.

—Pero, se podrá subsanar, ¿no? ¿De qué nivel de ruina estamos hablando? —preguntó Sebastian. Se levantó y empezó a andar alrededor del estudio pensando en qué parcelas y qué activos se podrían vender—. ¿Y la dote de la señorita Work? ¿Cuánto sufragaría ese dinero? ¿Habéis hablado ya con George de esto?

—Aún no, queríamos primero hablar contigo —dijo Charles.

—De todas formas, George sabe perfectamente que le consentimos y casi animamos, diría yo, a casarse con una joven que no pertenece a nuestro mundo porque necesitamos su dinero, es evidente. La fortuna del señor Work nos permitirá pagar a tiempo los impuestos, lo cual hará que nadie sepa de nuestra verdadera situación y nos permitirá trabajar en otras soluciones que, por desgracia, se han convertido ahora mismo en urgentes —terció el marqués de Avon.

—Sabes que podríamos poner a la venta mi casa de Eaton Square, ¿verdad? No necesito una vivienda tan cara y grande para lo poco que voy a Londres. Podría estar en la casa familiar de St. Jame's Square cuando voy, o cambiar mi casa por una más pequeña y cercana a Westminster.

—Eso, ¡y que toda la buena sociedad se dé cuenta de que algo pasa

en nuestras cuentas! No. Tu intención es noble y honorable. Apreciamos el sacrificio que propones por la familia, pero en mi opinión puede ser más perjudicial que otra cosa. No. Eso no —respondió vehementemente Charles, quien no quería enfrentarse al «qué dirán» bajo ningún concepto.

—Tranquilos, en estos días encontraremos una solución. Si no a corto, al menos a medio plazo.

El marqués se acercó al carro de las bebidas y empezó a servir vasos de vino de Oporto para cada uno.

—¿Tienes algo pensado, padre? —preguntó Sebastian.

—Alguna cosa. Pero quiero aprovechar que estará aquí *mister* Dennis para que nos aconseje.

—¿No será de mal gusto hablar de negocios durante los festejos de la boda de tu hijo?

—*Mister* Dennis llegará hoy mismo, estará con nosotros toda la semana, va a habrá tiempo para todo. Además, este asunto es urgente. No impliquemos a George para que disfrute de su momento. Al menos mientras no sea estrictamente necesario. Si todo va bien, al finalizar la semana la mayoría de nuestros problemas estarán resueltos.

—Yo no estoy seguro de que George prefiera no saber nada. Yo querría saberlo —respondió Sebastian.

—Y tu hermano lo sabrá. A su debido tiempo —zanjó el marqués.

# CAPÍTULO III

El cochero hizo frenar a los caballos en la misma puerta de Orchard Manor, tal y como le había pedido lord Seymour que hiciera para facilitar el transporte de su abuelo y así que el anciano disfrutara del mayor confort posible, a pesar de lo duro que resultaba para alguien tan mayor y aquejado de diversas dolencias aquel viaje.

El conde de Mere era el pariente más anciano de toda la familia. Tío segundo del marqués de Avon, le encantaba, gracias a su edad, ejercer un poco de patriarca de la familia. Todos se lo permitían, no solo por respeto a las canas y a los lazos familiares, sino porque había perdido hacía casi veinte años a su única hija y a su yerno, a causa del cólera durante una de sus estancias en Sri Lanka, en donde la familia tenía en aquel entonces grandes plantaciones de té.
El conde las vendió cuando sufrió tan enorme pérdida, no quería ni oír hablar de Oriente. Solo le quedaba su nieto y heredero, el joven lord Frederick Seymour, barón de Heatherfield desde la muerte de su padre, y futuro conde de Mere.

Habían recogido a *mister* Dennis, notario de la familia y de la mayoría de las familias nobles del sur de Inglaterra, en la casa de postas de Warminster. Ellos estaban allí desde hacía un par de días por cuestiones personales y profesionales. Aprovecharon el viaje hasta casa de los Atworth para ponerse al día y hablar un poco de la tendencia política actual y de las noticias que llegaban a través de la prensa de los territorios de los Habsburgo, de Polonia y de Italia. De Francia casi preferían no hablar.

—¿Y entonces, mi buen amigo? —preguntó el conde riendo—. ¿Ya se ha asegurado de tener sus chucherías listas cuando lleguemos a casa de Avon?

—Sabe bien que sí —respondió *mister* Dennis con amabilidad.

—No sé cómo puede comerse esos bichos, ¡y menos a diario! —exclamó el conde.

—Abuelo, no sea insidioso, las toma *mister* Dennis, no pretende que lo haga usted. Mejor piense en las empanadas que va a degustar y en el rico caldo que beberá —intervino lord Seymour.

—¡Tú calla! ¡No te metas en mi conversación con un buen amigo! ¡Sé muy bien qué puedo y qué no puedo decir! ¡No soy ningún viejo chocho!

—Perdone abuelo, por supuesto —respondió el nieto con humildad.

—Por mí no se preocupen, me siento agradecido de estar en su compañía y no me ofende nada de lo que puedan decir, que además me consta que es sin malicia —dijo el notario.

*Mister* Dennis era un hombre de costumbres y cada día, poco antes de cenar, disfrutaba tomando unas ostras con limón y un vasito de cerveza. Decía que le mantenía conectado a sus raíces. Su abuelo había sido un hombre forjado a sí mismo que hizo fortuna gracias a la cerveza y licores que él mismo elaboraba y se acabó convirtiendo en el dueño de una de las destiladoras más importantes de Londres. Cada día tomaba ostras y cerveza porque decía que la comida de pobres no tenía nada que envidiarle a la más sofisticada y que había que recordar de dónde se provenía y estar agradecido por los dones que Dios otorgaba. Esa costumbre la habían mantenido todos los hombres de la familia de manera radical, durante los trescientos sesenta y cinco días del año. Como al señor Dennis no le gustaba nada molestar, cada vez que viajaba a casa de amigos, clientes o familiares, hacía llegar por adelantado una caja de ostras y un barril de cerveza para asegurarse de disfrutar de esos pequeños placeres excéntricos que tanta alegría le daban.

Cuando la pequeña comitiva que acompañaba al conde de Mere hubo bajado del coche de caballos y del cabriolé que le acompañaba, le ayudaron a bajar a él. Lo sentaron en una silla de ruedas de Bath a la que pusieron rápidamente la capucha para que el brillante sol de esa tarde no le cegara. El propio marqués, acompañado de su esposa, su hijo mayor y la esposa de este, así como de George y su prometida, estaban fuera de la casa, con una representación del servicio colocado en fila para recibir de forma apropiada a un miembro tan distinguido de la familia.

—¡Tío, siempre es un honor y una alegría recibirle! —Se adelantó el marqués hacia su tío.

—¡Frederick, *mister* Dennis! ¡Bienvenidos! ¡Es un placer recibiros de

nuevo en Orchard Manor! —dijo la marquesa—. ¿Cómo se encuentran sus sobrinos? —preguntó dirigiéndose al notario.

—Bien, bien. El chico va y viene, enfrascado en sus cosas. Y la chica, si todo va bien, conseguiré que se case con el hijo menor del conde de Chaton. Es vicario. ¿Quién dice que ese muchacho no llegará un día a ser una cabeza preeminente de la Iglesia de Inglaterra? Sus lazos familiares desde luego lo permitirían. Espero, al fin, haberme deshecho de un pretendiente que estaba limitando sus posibilidades de crecimiento en la vida, si usted me entiende.

—Por supuesto. No hay nada que dé más tranquilidad que ver a nuestros jóvenes casados adecuadamente —asintió la marquesa de Avon.

Todos se saludaron efusivamente, dirigieron un gesto amable a *mister* Thompson, el mayordomo, y entraron en la casa.

# CAPÍTULO IV

—Sophie, mezcla bien las patatas con la harina y el huevo. No puede quedar ni un solo grumo —ordenó frau Gruber a su hija, a quien tenía como aprendiz en las cocinas de la casa, mientras revisaba que todas
las ciruelas habían sido deshuesadas y rellenas con
un pequeño terrón de azúcar moreno.

La cocina estaba trabajando a pleno rendimiento desde primera hora de la mañana. No habían parado de llegar invitados a lo largo del día y aún llegarían más antes de la cena, así como a lo largo de
la semana. La responsabilidad de que toda la casa y
la familia Atworth quedara bien o mal recaía sobre
los hombros de la señora Gruber, una excelente cocinera austriaca que llevaba pocos años en la casa. Mientras en las demás casas estaba de moda contratar cocineras y doncellas francesas, la marquesa de Avon había escogido a la señora Gruber porque nadie
era capaz de preparar las masas como ella y nadie más en toda Inglaterra se atrevería a combinar
platos dulces y salados en los entrantes, e incluso
en los platos principales, como ella lo hacía.
Frau Gruber era viuda, y antes de que la contrataran solo había puesto dos condiciones. La primera consistía en que probaran su *apfelstrudel*, y una
vez lo hubieran degustado desvelaría su segunda condición: era viuda, madre, y su hija debía ser contratada como aprendiz de cocina. También incluiría alojamiento y manutención, el sueldo iría aparte. En caso de no aceptar esta condición, preferiría no ser contratada. Es totalmente innecesario explicar que en cuanto se probaba su *strudel* de manzana se le decía que sí a todo lo que pedía.
Esta arriesgada estrategia le había permitido prosperar dentro de su gremio hasta poder trabajar
en donde ella quería. ¿Por qué eran los Atworth los agraciados? Según

la señora Gruber porque «es un hogar tranquilo, en general, en el que de vez en cuando se dan los mejores eventos que nadie pueda imaginar y en los que me puedo lucir, pero sin la presión de tener que hacerlo constantemente. Vida tranquila, buen clima, bonito paisaje y oportunidades de lucimiento. Perfecto para mí». La señora Gruber no quería ejercer de cocinera en Londres ni en hogares con demasiada vida social. Esta casa era ideal para ella.

—¡Buenas tardes! ¡Sigan trabajando! —dijo la señora Marshall al entrar en la cocina—. El almuerzo ha sido un éxito. Frau Gruber, por favor, reúnase en diez minutos con lady Avon y conmigo en mi sala de estar. La señora quiere revisar algunos detalles de la cena de esta noche.

Frau Gruber dio unas cuantas órdenes antes de irse. Se aseguró de que Daisy, la repostera, ayudara a Sophie con la preparación de los *zwetschkenknödel*, las bolas de ciruela, que harían de acompañamiento estrella para el asado de ternera que servirían como plato principal esa noche. De igual manera, se aseguró de que una de las pinches, que tenía posibilidades de ser ascendida a segunda cocinera, estuviera pendiente de que la cena de los lacayos que servirían los platos, estuviera a punto y servida en el tinelo una hora antes de que tuvieran que estar en su posición en el salón-comedor. Un criado bien alimentado y al que no le sonaran las tripas en mitad del servicio de mesa era fundamental.
No consentiría que ninguno de sus muchachos fuera a desempeñar un trabajo tan importante sin tener el estómago bien lleno, y mucho menos *mister* Thompson, el mayordomo. Toda la imagen del hogar recaía sobre él y lo sabía.

Un minuto antes de los diez que le había indicado Mrs. Marshall, frau Gruber estaba entrando en la modesta, pero coqueta salita que disponía el ama de llaves. Allí estaba lady Avon, junto a sus dos nueras, Vivian y Margaret y la prometida de su hijo George, Caroline. La marquesa estaba aprovechando la boda del menor de sus hijos varones para entrenar a sus nueras en cómo gestionar un evento de estas características.

Vivian sería la próxima marquesa de Avon, por lo que tenía una clara responsabilidad con ella, y Margaret, era Margaret: una muchacha adorable. Sebastian merecía que su madre educara igual de

bien a su esposa. Era una Atworth por matrimonio, y los Atworth siempre sabían cómo organizar los mejores eventos. En cuanto a Caroline, estaba a punto de formar parte de la familia y, además, era americana. Toda ayuda era poca para que la muchacha entendiera el estilo de vida británico y lo asumiera como propio.

Ante la atenta mirada de sus jóvenes nueras, lady Avon revisó la agenda para el té de la tarde y para la cena de ese día con el ama de llaves y la cocinera. Nada podía fallar. Repasó cada una de las particularidades de todos los invitados. Quién no podía tomar pescado, quién no podía tomar nada de grasas y si habían tenido en cuenta servir alguna alternativa junto con los sándwiches y pastas que ofrecerían por la tarde como tentempié, y todos esos pequeños detalles que hacen que los invitados se sientan valorados y cuidados.

—¡Ah! ¡Y que no se nos olvide! ¡Las ostras de *mister* Dennis! ¿Llegaron esta mañana, señora Marshall? —preguntó la marquesa de Avon a su ama de llaves.

—Así es. Están en la fresquera, cubiertas de hielo.

—No se preocupe, estarán listas, junto con su jarra de cerveza, media hora antes de la cena en el salón de billar —terció frau Gruber —, donde nadie le molestará a esas horas. Es un espacio que se suele usar después de la cena, no antes.

—¿Vais a preparar algunas delicias más para que sienta que nos preocupamos por él?

—Sí, me consta que le encantan mis pepinillos. La última vez que estuvo en la casa me dijo que no había probado nunca unos con el punto perfecto de macerado como los míos, así que abriremos un bote para él —respondió la cocinera.

Tras ultimar algunos detalles más de la cena y revisar muy rápidamente el menú del día siguiente y cómo se serviría, la reunión se dio por terminada. Lady Avon se fue; sus nueras la siguieron como si fuera una pata con sus patitos. Podrían disfrutar de un pequeño descanso antes de cambiarse de ropa y acudir a tomar el té y a entretener a los invitados. Por si fuera poco, en cualquier momento llegarían los padres de Caroline junto con las abuelas de la joven. Había preparado mesas de juego en la habitación de dibujo y confiaba en que las caballerizas y el magnífico jardín de la casa propiciaran ocio y esparcimiento a una parte importante de los visitantes a lo largo de toda la tarde. Ella, en cuanto llegaran sus futuros consuegros, quería dedicarles su tiempo.

# CAPÍTULO V

Se supone que los bebés hacen pis, pero a él, con solo seis meses, ya le olían los pies. Su abuela dijo que eso era una buena señal que al hijo de un granjero lechero le olieran los pies a queso azul, era un presagio de prosperidad, mucho mejor que nacer con un pan bajo el brazo. Tuvo razón.

Poco después del nacimiento de William Corston, su padre, que había estado ahorrando dinero durante mucho tiempo, decidió invertir en más vacas y trabajó duro para establecer una red de distribución que acabó situando sus quesos en la ciudad de Brístol,
su puerto y sus conexiones comerciales. Esa venturosa iniciativa le había permitido competir dignamente con los quesos de Cheddar, Gloucester o Stilton. Cuando los comerciantes de Brístol decidieron invertir en el ferrocarril, « el nuevo invento del demonio» como lo llamaba su padre; el señor Corston, que para entonces pasaba más tiempo en Brístol que en la granja de Malmesbury, se unió a la iniciativa invirtiendo una gran parte del dinero que había ido ganando a lo largo de esos años.

Ahora era uno de los miembros del consejo de dirección de la compañía ferroviaria, que unía Londres con Bath y que en muy poco tiempo llegaría hasta Brístol. Su hijo, el antaño «pequeño» William,
el de los pies afortunados, era un ingeniero especializado en puentes, caminos, puertos y muy especialmente en vías de tren, además de propietario de una fábrica de clavos de ferrocarril. El hijo
del granjero se había convertido en comerciante, y
el hijo de este en un rico industrial. En esos momentos, gracias a los avances tecnológicos, a William Corston se le estaban abriendo cada día más puertas, incluso las de las casas de la nobleza. Sí, seguramente lo despreciarían por ganar el dinero mediante trabajoy esfuerzo en

lugar de haber nacido con el apellido adecuado, pero no importaba. En solo dos generaciones la familia Corston había progresado de manera impensable para muchos. Estaban agradecidos.

La aristocracia se estaba teniendo que adaptar. De la misma forma que siempre han necesitado relacionarse con banqueros, ahora, si querían seguir manteniendo sus grandes haciendas y heredades, tenían que empezar a relacionarse con los industriales y comerciantes que estaban dejando de ser clase media para ser en ocasiones mucho más ricos que la mayoría de los nobles, especialmente más que todos aquellos que, aparte de su apellido y la reputación adquirida por sus ancestros, poco más tenían a lo que agarrarse. ¡Y aquí estaba! Asistiendo a la boda del capitán Atworth, a quien su padre, para que pudiera capturar a la rica heredera de un industrial y su fortuna, precisamente, había regalado uno de sus títulos para que la joven fuera una lady y así asegurar el enlace. Era un placer para William asistir a la boda del barón Stonar con la futura baronesa.

«Si consigo afianzar algunas de las relaciones que ahora mismo son puramente comerciales con algunos de los invitados y convertirlas en algo más personales, especialmente con alguno de los que pertenecen a la aristocracia, podría convencer a *mister* Dennis de que soy una opción tan válida para casarme con su sobrina como el vicario con el que está empeñado que se case. ¡Ni que ese hombre fuera a ser el arzobispo de Canterbury!» Iba pensando William mientras se subía al coche de alquiler que le llevaría de la estación hasta la mansión de lord Avon. «Solo he de dar garantías de que su sobrina se podrá relacionar con lo más selecto de la sociedad. En cuanto tenga una oportunidad hablaré con él a solas y lo convenceré».

# CAPÍTULO VI

Los señores Work y su pequeña comitiva habían llegado poco antes de la media tarde. Tras efusivas bienvenidas, instalar a las abuelas, presentarles a los invitados que ya estaban en la mansión y pasar revista al servicio, subieron a sus habitaciones a descansar. El descanso fue breve, su hija estaba deseando contarles los últimos acontecimientos. Era la primera vez que visitaban la mansión de sus futuros consuegros y Caroline no había parado de insistir en que tenían que ver los jardines antes de que la casa se llenara de gente.

La señora Work se quedó maravillada cuando vio que el jardín se refería no a un parterre de césped de dimensiones medianamente considerables, con algunos caminos alrededor rodeados por jardineras, un par de árboles y un invernadero como había visto en otras casas. No. El jardín de Orchard Manor era impresionante. Medía más de dos mil quinientos acres e incluía zonas de bosque, un lago artificial que disponía incluso de embarcadero y pequeñas barquitas para pasear por el mismo, un delicado templete de estilo corintio dedicado a la diosa Deméter, flores y árboles de todos los tipos imaginables colocados de forma exquisita, y dos invernaderos gigantes: uno para orquídeas y otras flores delicadas, y el de los naranjos, la Orangerie.

—Te va a encantar tomar el té en uno de los invernaderos, es lo que más me gusta hacer a mí —dijo Caroline a su madre.

—Estoy convencida de ello, mi preciosa niña —respondió Mrs. Work acariciando el rostro de su hija—. Estar sentadas dentro de un espacio calentito, pero rodeado de cristal que nos permita disfrutar

tanto de la exuberancia de las plantas de dentro como de la belleza de todo lo que hay afuera, ha de ser maravilloso.

—¡Venid! Os enseñaré los rosales.

—Pero no corras, hija mía, que yo no estoy para esos trotes —clamó *mister* Work—. Este jardín es inmenso y tras haber ido y vuelto del embarcadero hasta aquí, estoy agotado.

Los rosales estaban pegados a la casa, junto al ala este. Algunos de ellos se habían colocado en torno a un pasadizo hecho de cañas, formando un túnel de rosas rojas y blancas. Y después, formando varios círculos concéntricos que creaban un laberinto para pasear, había rosas amarillas, rosas, blancas y rojas perfumando el aire.

—¡Qué suerte tenemos de haber venido en esta época del año! Si no no hubiéramos visto los rosales en todo su esplendor —comentó la señora Work.

—Sí. A mí me choca que esté tan cerca de la casa, precisamente la rosaleda que luego queda sin flores durante todo el invierno, pero así está distribuido aquí —respondió Caroline.

—Bueno, nos da la oportunidad de admirar el edificio desde otro punto de vista. Es impresionante ver lo antigua y magnífica que es la casa —dijo *mister* Work.

—Papá, en realidad esta zona que parece más antigua es la más moderna. La casa original es del siglo XVI, de estilo isabelino, pero la construyeron más tarde, imitando lo que sería una construcción medieval. Por eso tiene los arcos apuntados y tan decorados, y por eso tiene gárgolas arriba.

—Veo que te has aprendido bien la historia de la casa.

—George me cuenta muchos acontecimientos, y lady Avon también. Y a mí me encantan las historias que relatan sobre antepasados, esta casa, la de Stonar… ¡Venid! ¡Vamos a pedirle a George que nos lleve a la terraza! Las vistas desde ahí son impresionantes.

Además de George, los marqueses de Avon también se unieron a sus futuros consuegros y nuera para llevarlos al lugar más privado de la propiedad: una terraza a la que se subía por una estrecha escalera de caracol que se accedía desde la biblioteca de protocolo. En la terraza se encontraba el archivo familiar y era un lugar muy especial desde el que observar la propiedad de los Atworth.

—¡Vaya, vaya, Avon! Esto es más impresionante de lo que había imaginado —dijo sonriendo el señor Work.

Se repartieron por la terraza, observando todos los rincones.

—Mira, ven papá. A ver si tú entiendes a los ingleses… Por ejemplo, ¿ves esa gárgola que queda justo encima de la puerta? Da pavor, no solo por su aspecto, sino porque si te fijas, tiene una grieta considerable —comentó en un aparte Caroline a su padre—. Pues a nadie de la familia le preocupa lo más mínimo. Dicen que esa gárgola lleva así desde antes de que naciera el padre del marqués, y que no pasa nada, que todo está bien. Luego se pasan el tiempo renovando y redecorando una y otra vez la habitación de dibujo o la sala de billar, o arreglando los cobertizos y establos. Me parece extrañísimo. Para los caballos sí que se toman muchas molestias, pero para otras cosas no. ¡Espera a ver cómo funcionan y suenan las tuberías del segundo piso!

—Los caballos han de cuidarse. Ya sabes, hija mía, que si se tienen animales es para mantenerlos en las mejores condiciones. No concibo a quien tiene perros o caballos y no los trata como a miembros de su familia. Enséñame cómo trata un hombre a sus hijos y a sus animales y sabré si es o no confiable —dijo *mister* Work.

—Por favor, Caroline, muéstranos esa sala de la que todos hablan, la de los frescos —pidió su madre, adelantándose un poco a los marqueses y a George.

—¡Vamos! ¡Os va a encantar! Es una sala entera rodeada por murales de Verrio. Es magnífica. Estos días está abierta, pero que normalmente solo la utilizan en Navidad. Si algo dice a gritos ¡esta casa es noble!, es esa sala. ¡George, bajemos! Quiero enseñar a mis padres los frescos de Verrio.

—Les encantarán. Mi madre contará muchas anécdotas sobre ellos, por cierto. Bajemos todos.

# CAPÍTULO VII

—Charles, ¡ven con tu tío! La tía Margaret y yo mismo te acompañaremos a dormir esta noche —dijo con entusiasmo Sebastian.

Le encantaba pasar tiempo en la guardería con sus sobrinos. Charles, un terremoto de dos años, que era extraordinariamente parecido al abuelo por línea paterna, tenía la cara que se esperaba de un futuro marqués de Avon, sin duda. Sus rasgos eran los característicos de los Atworth. Y el pequeño Andrew, a punto de cumplir el primer año de vida, que recorría de punta a punta la habitación gateando con una velocidad sorprendente para un cuerpo tan diminuto.

—¿Con un cuento? —respondió el niño.

El jovencísimo Charles, a quien su niñera había aseado y preparado adecuadamente para dormir; estaba contentísimo de que sus tíos quisieran acompañarle esa noche en su habitación hasta que quedara dormido.

Vivian, vizcondesa Pewsey, tenía muy claro que acompañar a sus hijos en el momento de acostarse era algo muy importante, y a pesar de los comentarios de su suegra, ella se empeñaba en no delegarle esa tarea a nadie. Lady Pewsey podría cumplir todas las obligaciones familiares y sociales que tuviera, lo haría con alegría incluso, pero acompañar a sus hijos por la noche hasta que estuvieran dormidos era sagrado, no consentía que nadie más la substituyera. Podían acompañarla, apreciaba que se mostrara cariño por sus niños, pero no podían reemplazarla en esa labor.

Si era totalmente sincera con ella misma, a su marido no es que le quisiera especialmente. Era agradable, era agraciado y había sido una unión conveniente. Se trataban con respeto y amabilidad, pero poco más. Ella había cumplido sus obligaciones, había engendrado ya dos herederos y el tercero estaba en camino. Suponía que, en breve, las

atenciones de su marido hacia ella no volverían a aparecer. Todo el mundo sabía de forma oficiosa que se veía en Londres con la joven esposa del barón de Saffron-Walden. A ella eso no le importaba. Pero estar con sus hijos sí, su verdadero amor eran los niños. Cada día acompañaba a la niñera a acostar primero al pequeño y, a continuación, al mayor. Esa noche le acompañarían sus cuñados Sebastian y Margaret y lo agradecía de corazón, porque se notaba que tenían debilidad por los pequeñuelos. De momento eran hijos, nietos y sobrinos únicos, tanto por línea materna como paterna, un privilegio que seguramente duraría poco, así que ¿por qué no alimentar todo aquello que hiciera que sus hijos disfrutaran de estos breves años en los que podían ser los favoritos de toda su familia?

Con Andrew ya dormido en su cuna, acompañaron todos a Charles a su cama. Por turnos le dieron un beso en la frente. A continuación, su madre y la tía Margaret se sentaron a los pies de la cama y el tío Sebastian se sentó en la butaca del dormitorio mientras la niñera se quedaba de pie junto a la puerta. La tía Margaret tuvo esa noche el privilegio de contar una historia mientras Charles se dormía. Mejor dicho, mientras luchaba contra el sueño, hacía preguntas sobre la historia que su tía narraba, se esforzaba
por abrir los ojos para que nadie se marchara; intentaba alargar el momento previo a la llegada
del sueño. Pero el cansancio de todo el día era superior a sus ganas de seguir activo y cayó rendido, hundiendo sus preciosas ondas rubias en la almohada.

Quedaba aproximadamente media hora para la cena. Sebastian y Margaret se retiraron a sus aposentos para cambiarse. A Sebastian le estaba esperando su ayuda de cámara en el vestidor; el proceso fue muy rápido. Margaret tardó poco también. Se puso el vestido azul celeste que su doncella tenía preparado en su *boudoir* y se dejó peinar. El moño trenzado bajo que solía lucir era un acierto seguro, se hacía en un momento y tenía muy comprobado que le quedaba bien. Se reunieron ambos perfectamente arreglados para el evento.

Les quedaban aún varios minutos antes de bajar. Sebastian sirvió dos pequeños tragos, casi del tamaño de un dedal, de vino de Jerez y le pasó uno de los vasitos a su esposa. Cuando ella cogió el vaso, él le retuvo la mano unos segundos, mirándola profundamente a los ojos. Margaret sonrió.

—Yo también te quiero —dijo Margaret.

—Y yo a ti. ¡Qué buena mano tienes con los niños! Charles no quería dormirse para que no te fueras. Estaba encantado con su tía.

—Bueno, yo creo que estaba encantado de tenernos allí a ambos,

pero si lo que dices es cierto, creo que podría sernos útil muy pronto, si no me equivoco —respondió con mirada pícara.

—¿A qué te refieres? —inquirió Sebastian con la esperanza, la ilusión y la inquietud, activándose entrelazadas y expectantes en su cuerpo.

—Aún es pronto para saberlo, pero tengo un retraso de varios días. Es una posibilidad, ¿no?

—Es una posibilidad —respondió su esposo mientras le quitaba el vasito de Jerez de la mano y se lo bebía él de un trago—. No debes probar ni gota de licor mientras exista esa posibilidad. ¡Oh, Margaret, este puede ser nuestro día más feliz desde que nos casamos! ¡Todo nos está saliendo mejor de lo planeado!

# CAPÍTULO VIII

Todos los invitados se habían reunido en el Gran Hall. Estaban esperando a que llegaran los marqueses y abrieran el desfile hacia el comedor. Entrarían por estricto orden de precedencia familiar y social.

Los marqueses fueron exquisitamente puntuales. Sabían que las carnes que estaban manteniéndose en el escalfador debían servirse a la hora precisa para no quedar secas. Para la marquesa era esencial que su casa fuera siempre reconocida por lo bien que se agasajaba a sus visitantes. Entraron en la sala acompañados de los señores Work, los padres de la prometida de su hijo.

Sebastian, junto con su esposa, iba detrás de Charles, su hermano mayor y Vivian, su cuñada, vizconde y vizcondesa de Pewsey respectivamente, y seguido de su hermano pequeño, George, y su prometida, Caroline, por quienes se estaba organizando todo este evento. Cada uno se sentó en el lugar que le correspondía. La mesa lucía espectacular. Los centros de mesa hechos con flores y plumas de pavo real se habían confeccionado primorosamente. Todo cuanto estaba sobre la mesa era bonito y delicado. En la presentación y decoración se notaba que no se había escatimado en nada y se había cuidado con esmero hasta el último detalle.

El sumiller de la casa se acercó al marqués con una jarra de vino francés, que provenía de la conocida y afamada bodega de Roeder, que había decantado previamente. Llenó la copa del marqués hasta poco más de la mitad y dejó que el señor lo probara. Tras dar su aprobación, el sumiller empezó a servir a
los otros invitados y dio la orden con un gesto de
la cabeza para que el resto del servicio de lacayos fuera llenando las copas del resto de comensales,

bajo la atenta mirada de *mister* Thompson, el mayordomo.

Estaban a punto de empezar a desfilar con las bandejas de comida para que los convidados pudieran disfrutar de la excelente traza culinaria de frau Gruber, cuando uno de los lacayos se dio cuenta de que la silla de *mister* Dennis estaba vacía. Informó inmediatamente al mayordomo de la incidencia, quien a su vez informó a lord Avon. El marqués indicó que se empezara a servir la cena, ya que no iba a alterar el funcionamiento de toda la casa por un detalle como ese. Era probable que el notario hubiera decidido descansar y se hubiera quedado dormido. Su criado era muy joven e inexperto y por eso quizás no había avisado de que no se contara con él en la mesa.

—*Mister* Thompson, mande a alguno de los mozos a averiguar si se encuentra mal, en cuyo caso notifíqueselo al doctor Evans para que le atienda de inmediato. Confío en que estará descansando del viaje. Y, por favor, informe a mi hijo Sebastian, para que esté atento.

—Sí, Señor, me ocuparé de todo, no se preocupe.

Mientras el mayordomo se aseguraba de que alguien averiguara dónde y cómo se encontraba el señor Dennis, las bandejas llenas de deliciosos manjares empezaron a desfilar por el inmenso comedor de gala. Bolas de ciruela, encurtidos variados, apetitosas y crujientes patatas asadas con azafrán, col estofada con zanahorias y tomillo y las carnes: asado de ternera y pollo a la portuguesa, muy especiado.

—Lord Atworth, si me permite un momento, por favor —dijo *mister* Thompson a Sebastian, mientras se disculpaba con su interlocutor—. Me ha pedido lord Avon que le informe de la ausencia durante la cena, por causas todavía desconocidas, del señor Dennis.

—Gracias, Thompson. ¿Se está ocupando alguien de averiguar dónde se encuentra en estos momentos? ¿Se encontraba mal esta tarde? ¿Está informado el médico de la situación? —interrogó Sebastian.

—Se ha notificado adecuadamente para que alguien de la casa vaya al tinelo a avisar a su criado. Probablemente, el señor Dennis esté descansando, agotado del viaje, sin más. En cuanto tengamos noticias se las haré llegar. Disculpe las molestias.

—Gracias, Thompson. Esperemos que sea solo eso, cansancio acumulado.

# CAPÍTULO IX

Las puertas del comedor se abrieron y dieron paso al Gran Salón de Baile de Orchard Manor. Era un espacio fabuloso en el que cabían hasta cien parejas de baile. Iluminado mediante la luz natural que entraba a raudales por los enormes ventanales que iban del suelo al techo, a lo largo de toda la fachada sur de la mansión. El salón se había situado en esa zona de la casa con toda la intención de aprovechar la luminosidad de las largas jornadas de primavera y verano. Al estar todavía en los primeros días de abril, las ocho enormes lámparas de araña, preparadas para albergar hasta novecientas sesenta velas encendidas a la vez, estaban preparadas. Varios mozos tenían la orden de ir encendiéndolas a partir de las siete de la tarde, coincidiendo con el descanso de los músicos, para que la segunda parte del baile fuera tan espléndida como la primera. Era un salón optimizado para que todos se vieran y todos presumieran, con múltiples espejos decorados con pan de oro pegados en el muro norte. De esta forma reflejaban los rayos de sol que entraban, así como los detalles de los vestidos, trajes, peinados y movimientos de las parejas de baile, que de manera ordenada aunque alegre, giraban, se unían y se separaban alrededor de todo el espacio bajo la atenta mirada de las abuelas, madres, tías o damas de compañía de las chicas más jóvenes y en consecuencia, casaderas.

Mientras los invitados iban pasando y distribuyéndose entre el Gran Salón y las distintas antesalas en donde habían preparado mesas de juego, barras con servicio de cócteles y mesas repletas de mini-pastelillos variados, *mister* Thompson se acercó a Sebastian.

—Señor, no he querido molestarle antes, durante la cena, ya que las circunstancias que debo relatarle no pueden modificarse y no tenía ningún sentido interrumpirle —susurró el mayordomo, con semblante

pálido—. Es necesario que me acompañe ahora al salón de billar, por favor. Hemos encontrado allí al notario.

—Mmmmm… Por supuesto, enseguida me reúno con ustedes. Voy a indicarle a mi esposa que me ausentaré un rato durante el baile para que no se preocupe.

Cuando Sebastian llegó a la sala de billar, se encontró con una escena inusual. Ahí estaba *mister* Thompson, el mayordomo de Orchard Manor junto a Mrs. Marshall, el ama de llaves; también estaba el doctor Evans y Thomas, el criado de *mister* Dennis, quien había dejado a su señor disfrutando de un aperitivo. Además, Lorna, una de las camareras de sala, estaba sentada en una silla, llorando. Ella era quien había recogido y limpiado la sala para que estuviera a punto para la poscena y había encontrado al notario en la lamentable e indecorosa situación que lo encontró. Pobre hombre. Lorna fue quien hizo sonar la campana. Thomas fue quien acudió rápidamente, pensaba que su señor lo estaba llamando. En cuanto llegó, avisó de la situación para que alguien le notificara al doctor que su presencia en el salón era importante.

—¿Doctor Evans? ¿Está bien Mr. Dennis? —preguntó Sebastian mirando al cuerpo del notario y al rostro del médico casi simultáneamente.

—Lamento notificarle que está muerto —respondió el doctor.

—¿Muerto? —Sebastian no salía de su asombro.

—¿Podemos colocarle en una posición algo más recatada? Me gustaría limpiarle, si me lo permiten, y por supuesto limpiar la sala —se atrevió a intervenir el joven Thomas que estaba en shock viendo a su señor.

El pobre hombre estaba de bruces, con la cara ladeada pegada a un charco de vómito, con las rodillas encogidas, lo que hacía que hubiera quedado con sus posaderas elevadas respecto al resto de su fisonomía. Desde luego no era una posición muy digna.

—En este caso podemos moverlo y limpiarlo, la causa de la muerte está clara —dijo el galeno—. Intoxicación a causa de las ostras ingeridas. Es evidente.

Sebastian estuvo de acuerdo con el facultativo. Las señales eran claras: el plato con las sobras de moluscos, restos de vómito en la escupidera, el notario encontrado cerca de la pared, junto a más vómito, con una de sus manos pegada a su estómago, aprisionada entre su cuerpo y el suelo, la rigidez y contractura de sus piernas. No existían dudas. Habían sido las ostras.

—Resulta obvio que intentó avisar, pero no pudo llegar hasta la campanilla —comentó con gesto grave—. ¿No ha padecido una reacción extremadamente rápida?

—Bueno, en ocasiones puede suceder. Es lo que se conoce como una intoxicación paralítica por moluscos y en los casos más agudos, como el que se nos presenta, pueden darse incluso en cinco minutos y llegar a causar la muerte. Probablemente, empezó sintiendo cierto cosquilleo al que no daría importancia y siguió comiendo. Como vemos, tuvo náuseas y vómitos. Por la mano en el estómago yo presumo que también padecería de calambres o espasmos abdominales, y la causa definitiva de la muerte es la parálisis del diafragma, eso es lo que finalmente lo mató. Suele tardar algo más, en torno a una media hora, pero en esta ocasión parece que todo fue, como usted bien dice, lord Atworth, extremadamente rápido.

La señora Marshall se llevó a Lorna de allí, y a los pocos minutos llegaron dos criadas con una jofaina de agua limpia y una toalla que ofrecieron a Thomas. Además trajeron diversos utensilios de limpieza con los que se pusieron a trabajar de inmediato.

Thomas, ayudado por el mayordomo, colocó al notario sobre el sofá para poder limpiar al que hasta hacía poco había sido su señor. Ahora se acababa de quedar sin trabajo, era una preocupación añadida a la situación. Se sentía mal por pensar en esas cosas mientras se ocupaba de asear el cuerpo, por última vez, de quien había sido durante los últimos meses su empleador, pero no podía evitarlo. Le preocupaba su situación y la del resto de sirvientes que trabajaban con él bajo el techo de *mister* Dennis. Ellos seguían vivos y dudaba mucho de que los sobrinos del difunto fueran a ocuparse de todos. Salir adelante no iba a ser fácil, al menos no cuando no tienes nada que heredar. Terminó de limpiar al difunto, pidió permiso y agradeció que se le permitiera retirarse.

—Thomas, por favor, baje. En la cocina le servirán una reconfortante taza de té. Es más, estoy convencido de que en la presente situación frau Gruber le deleitará con alguno de sus platillos, cómalo —dijo el señor Thompson con amabilidad.

Sebastian agradeció al médico su intervención y ayuda. Le pidió que se reuniera junto con su padre y hermanos en el estudio del marqués para notificarles todos los detalles en media hora. Ordenó a *mister* Thompson que se encargara de avisar a la policía de Tanglewood, y que se mandaran sendas notas a la oficina y al hogar del señor Dennis. Además les pidió que por favor lo hicieran con el primer servicio de postas de la mañana. Y, por supuesto, que se encargara de dar la información a todos los criados, propios y ajenos,

ya que probablemente a través de Lorna ya estarían circulando rumores y murmuraciones que debían frenarse cuanto antes para evitar un escándalo. Esto era un accidente, provocado, además, por un agente externo a la casa: las ostras que el propio señor Dennis se empeñaba en enviar y consumir allá a donde fuera. Y debía quedar muy claro, sin ningún tipo de duda, que esa era una casa muy cuidadosa y segura.

—Y por favor, Thompson, pida a la señora Marshall y a frau Gruber que se reúnan conmigo en mi estudio en quince minutos. Necesito hablar con ellas. Puede retirarse.

# CAPÍTULO X

—Señora Marshall, por favor, necesito que me cuente paso a paso cuándo llegaron las ostras, quién se ocupó de llevarlas a la sala del hielo y si ha habido alguna negligencia en su custodia desde el momento en que traspasaron las puertas de Orchard Manor —sentenció Sebastian con rostro serio y preocupado.

—No hubo ninguna negligencia, de eso estoy segura. Cuando llegaron las ostras a la casa fueron llevadas directamente al depósito de hielo. Yo misma me aseguré de que estuvieran totalmente recubiertas de escarcha y de informar a frau Gruber de que ya estaban allí.

—¿Y usted frau Gruber? ¿Notó algo extraño?

—Yo misma comprobé que las ostras eran frescas y estaban bien. Una de las pinches las sirvió en el plato, junto con el limón, y lo llevó a la cámara refrigerada junto a una jarra de cerveza para que el criado de *mister* Dennis pudiera recogerlo y llevarlo a la sala de Billar. Me confirmó que colocó el plato sobre una bandeja de hielo. Todo se hizo de la misma forma que siempre se ha hecho. El problema estaba en las ostras, no en cómo las manipuló nadie de esta casa. Le doy mi palabra, señor.

—¿Sabe a qué hora dejó la muchacha el plato en la cámara a punto para ser servido?

—Debió de ser en torno a las cinco y veinte aproximadamente, ya que las ostras debían estar servidas a las cinco y media, pero a esa misma hora teníamos que dar de cenar a todos los lacayos y sirvientes que se ocuparían del servicio de mesa y de dar los últimos toques al menú.

—Muchas gracias por su información. Ahora he de reunirme con mi padre y mis hermanos. Por favor, señora Marshall, pídale al criado del difunto señor Dennis que vaya al estudio del marqués, deseo hacerle algunas preguntas.

En el estudio de lord Avon el ambiente era el contrario al esperado a pocos días de la boda de uno de los hijos de la casa. La muerte del notario había caído como una losa.

Nadie deseaba que los festejos de la boda de su hijo fueran empañados por la muerte de uno de los invitados, y menos si el fallecido además era un buen amigo de la familia, alguien de gran confianza con quien se había forjado una estrecha relación durante años. La sensación de pérdida era grande.

—A estas alturas de la noche todos conocerán la noticia. En cuanto acabe el baile y nuestros invitados se retiren a sus habitaciones, lo sabrán por boca de sus doncellas y ayudas de cámara. ¿No deberíamos anunciarlo nosotros antes? —preguntó Charles, el hijo mayor del marqués.

—Así es, nosotros debemos decirlo. Lo haremos en breve, durante el intermedio, momento en el que los músicos descansarán y tomarán algo —respondió lord Avon—. Doctor, imagino que se habrá encontrado anteriormente en una situación parecida. ¿Tiene algún consejo para nosotros?

—Sean honestos. Ha sido un accidente que le podría suceder a cualquiera. Los moluscos son muy delicados. Toda la buena sociedad evita comer ostras. Era una costumbre muy particular de *mister* Dennis, muy criticada, por cierto —comentó el médico levantando las cejas—. Nadie en su sano juicio tomaría ostras todas las noches. Es como invitar a
la muerte a jugar con uno al ajedrez a diario sin
saber en qué momento va a cerrar la partida con un jaque mate. Estoy convencido de que todos los invitados lamentarán mucho la pérdida de *mister* Dennis, no en vano se ocupaba del papeleo de la mayoría de los asistentes, pero nadie pensará mal de ustedes.

—Gracias, doctor Evans. Así lo haremos. Me ocuparé yo mismo de hacerlo, como anfitrión y padre del novio —respondió el marqués—. Muchas gracias. No deseo entretenerle más. Por favor, vayamos todos al salón de Baile, nuestra ausencia no habrá pasado inadvertida.

—¡Un momento, por favor, padre! —solicitó Sebastian—. He pedido a la señora Marshall que nos envíe a Thomas, el criado de *mister* Dennis, para hacerle algunas preguntas. Creo que es muy importante que no quede ninguna duda sobre nuestra inocencia en lo sucedido —argumentó con el entrecejo arrugado por la preocupación y la seriedad con la que se estaba tomando todo lo acontecido en las últimas horas.

Thomas llegó al estudio acompañado por *mister* Thompson. Se sentó

en la silla que le indicaron y, aunque se sentía ligeramente cohibido por estar rodeado de tantos prohombres en casa del marqués de Avon, respondió a todas las preguntas con notable fluidez. Entendía que era crucial, y no deseaba causar ningún daño a la familia. En esa casa le habían tratado muy bien desde el momento en que llegó, cosa que no sucedía en otras casas en las que los criados de los nobles le trataban como si fuera un trabajador de clase inferior.

—Entonces, ¿a qué hora exactamente recogió las ostras y la cerveza de la cámara fría? —preguntó Sebastian.

—A las cinco y veinte, quizás un par de minutos más tarde.

—Muchas gracias, Thomas. Ha sido de mucha utilidad todo lo que nos ha contado. Lamentamos mucho su pérdida. Puede retirarse.

# CAPÍTULO XI

Sebastian decidió regresar al baile y dejó a su padre y a su hermano mayor a solas en el despacho.

—Charles, ahora que tu hermano se va a casar y podrá destinar parte del dinero de su esposa a la restauración de las cabañas de los campesinos de Old Stonar Manor y su iglesia, deberíamos pensar en arreglar el puente norte de Tanglewood. Puede ocurrir una desgracia y sería una deshonra imperdonable para nuestra familia —dijo el marqués de Avon, dirigiéndose a su hijo mayor.

—No sé por qué le has tenido que dar esa mansión y el título de barón a George, se suponía que formaban parte de la heredad. El marqués de Avon siempre ha sido, además, barón de Stonar. Siento que estás permitiendo que mi título y posición se debiliten y no sé cómo tomármelo —respondió Charles, que no estaba prestando atención a lo que le decía su padre. Llevaba un rato pensando de forma persistente en lo que él sentía como una injusticia y una pérdida.

—Charles, mírame —respondió su padre con voz enérgica y semblante serio—. ¿No te das cuenta de que esto lo hago por ti y por preservar el legado de los Atworth? Nuestros ingresos están menguando desde hace tiempo. Old Stonar está cada día más despoblado, los arrendatarios prefieren irse a las ciudades y trabajar en fábricas, entre otras cosas, porque las casas que les proporcionamos no están en las mejores condiciones ahora mismo. La iglesia necesita reparar su techo, la casa ha permanecido cerrada durante años porque no podíamos mantener el estilo de vida que implica costear los gastos de dos viviendas de forma simultánea. ¿Preferirías que tu hermano pequeño se casara con alguien que se conformara con ser la esposa de un capitán? ¿O, quizás, que dejáramos perder Stonar, la villa, y el

rendimiento de las tierras?, ¿o que intentando cuidar de ese legado cerráramos alguna de las alas de Orchard Manor y despidiéramos a trabajadores que nos han sido leales durante años obligándolos a irse a hospicios a mal vivir o, mejor dicho, a mal morir? ¡Te he hecho un favor! —exclamó el marqués levantándose de su butaca y acercándose a su hijo—.

»¿Crees que una rica heredera se casaría con alguien que no le ofreciera un título, una casa fastuosa y abolengo? El dinero de Caroline Work no solo proporcionará mayor vida a una parte del legado de la familia, sino que nos permitirá enfocarnos en que Orchard Manor, y todo lo que depende de ella, continúe vivo. Deja de lamentarte por algo que vas a perder de todas maneras y alégrate de que el dinero que urgía destinar a esa propiedad ahora podremos usarlo en otros proyectos. Si tanto te preocupa tu herencia, ayúdame estos días a que las reuniones que he preparado con varios industriales nos sirvan para invertir con éxito parte de lo poco que nos queda. Debemos persuadir a los representantes de la compañía ferroviaria de que necesitamos extender la línea de tren que llega hasta Chippenham hacia el sur. Eso es en lo que has de enfocarte. ¡Dejarte de tonterías de ego estúpido! Ni tú ni yo hemos hecho nada para ganarnos lo que tenemos, es fruto del trabajo de quienes nos precedieron. Vamos, al menos, a pensar en cómo no perderlo, porque sabes muy bien que estamos al límite.

Charles agachó la cabeza.

—Está bien, padre. No se disguste. Ayudaré en todo lo que pueda.

—Además, ¿para qué quieres tantas casas? —El marqués estaba incrementando su nivel de enfado. Sus mejillas lucían rojas y su tono de voz era cada vez más seco—. Gracias a Vivian heredaste un vizcondado y una magnífica casa de estilo Tudor. El marqués de Avon, gracias a tu unión matrimonial, será marqués de Avon y vizconde de Pewsey. Que la baronía de Stonar sea de tu hermano es algo nimio e insignificante. —Regresó hacia su asiento, aunque no llegó a sentarse, estaba alterado—. Tú tienes el mayorazgo, numerosas propiedades: tierras, dos mansiones en Wiltshire. Y nuestra casa de St. James en Londres sabes que será tuya también. ¿Te molesta acaso lo que recibió tu hermano mediano al casarse? ¿Crees de verdad que te estoy causando un gran perjuicio al donar los escasos bienes libres de que dispongo a mis otros hijos? ¿Quieres que mengüe también la dote de tu hermana pequeña? ¿Prefieres que se quede soltera y viva contigo el resto de sus días para que así puedas tú disponer de ese dinero? Jamás pensé que ninguno de mis hijos sería tan ambicioso como para no compartir y desear lo mejor para sus hermanos.

Charles callaba, su rostro estaba rojo como la grana. No era un mal hermano, no quería que ellos estuvieran mal, solo que hubiera preferido que a George se le hubieran dado tierras y se hubiera construido una casa nueva, en lugar de darle algo que él desde pequeño había creído que formaría parte de su patrimonio. Él era padre también ahora y empezaba a pensar en el legado que le dejaría a su propia descendencia, y eso a veces le cegaba. Claro que entendía a su padre. Pero sentía miedo. Veía a otros aristócratas perdiendo sus casas y tierras, sabía que ellos, aunque externamente no lo pareciera, estaban teniendo dificultades también y no sabía qué lograría legar a su descendencia.

Tenía que enfocarse muy bien en conseguir que el patrimonio, si no podía crecer, que al menos se mantuviera. Ayudaría en lo que pudiera en las reuniones de negocios que su padre había planeado para esos días. A veces desearía haber nacido él en segundo lugar y que fuera su hermano Sebastian, a quien todas las tareas de administración y gestión se le daban mucho mejor, el heredero. Pero la verdad es que cuando pensaba en sus dos hijos y en el que en pocos meses nacería, se le pasaba. Convertirse en el próximo marqués de Avon era un enorme privilegio que abría todas las puertas a las que quisiera llamar. Cederle a otro las prerrogativas de su posición porque implicaba asumir ciertas obligaciones, no tenía ningún sentido, y lo sabía.

# CAPÍTULO XII

—¡Qué mala suerte que haya sucedido esto! ¡Qué pena por *mister* Dennis y por sus familiares! —dijo Margaret mientras se enjabonaba los brazos dentro de la bañera que había preparado su doncella y a la que había pedido que se retirara, quería estar a solas con su marido.

Sebastian aún no se había cambiado, quería ir a ver cómo estaba todo y en qué estado se encontraba su madre. La boda de su hermano ya era suficiente causa de preocupación y nerviosismo sin mencionar el hecho de que hubiera muerto un invitado. Al día siguiente llegarían la policía y más invitados, lo que implicaría más obligaciones para todos los miembros de la familia.

—¿Me oyes? ¡Estás ensimismado! ¿Te encuentras bien? —insistió Margaret con tono preocupado, dirigiéndose a su marido, que se había sentado en una butaca cercana.

—Sí, sí, tranquila, estoy bien, solo con muchas cosas en la cabeza. Esto no ha de afectar a la boda de George y Caroline. Voy a ausentarme un momento para ver a mis padres, me gustaría saber cómo puedo ayudar en este asunto. Mañana temprano se enviarán notas a la policía y a los familiares y socios del señor Dennis. Habrá muchas preguntas por parte de los invitados y tendremos que hacer todos un esfuerzo mayor, si cabe, para que el ánimo de los presentes no decaiga y sientan que, a pesar del accidente, esto es una celebración y que merecemos divertirnos. Y es que… Bueno, no, nada.

—Nada no es. Cuéntame qué te ronda la cabeza. Te conozco, si hay algún «es que…» entrarás en tu ciclo de pensamiento obsesivo y estarás distraído durante días rumiando. ¿Qué te pasa?

—Es absurdo, la muerte de *mister* Dennis es claramente un accidente. Una indigestión por comer ostras que le ha provocado una parálisis, pero hay algo que no me acaba de encajar. Él estaba muy acostumbrado a comer ostras, tendría que ser prácticamente inmune a

sus efectos, o al menos haber ralentizado su reacción ante ellos. Sé que no tiene lógica lo que digo, pero hay algo que me crea dudas.

—¿Estás diciendo que podría no ser un accidente? ¿Qué insinúas?

—Esta noche, antes de que mi padre interrumpiera el baile para anunciar la mala noticia, estuve hablando con todos los implicados en servir el plato de ostras. ¿Sabes que durante diez minutos aproximadamente el plato que estaba listo para ser servido estuvo en la sala que comunica la zona de servicio con el comedor y la planta principal?

—¿Crees que alguien habría manipulado ese plato? ¿Sugieres que alguien pudo envenenar al señor Dennis? —Margaret estaba escandalizada—. ¡Eso sería horrible! No puede ser. Es imposible que haya un asesino en nuestra casa. No tiene sentido.

—Lo sé, no tiene sentido. Me lo voy a quitar de la cabeza. Olvida lo que te he dicho. Anda, sal de la bañera —dijo Sebastian acercándole una enorme toalla a su esposa.

En ese momento se escucharon tres golpes suaves en la puerta. Sebastian dejó la toalla junto a la bañera, para que Margaret pudiera cogerla, pasó a la antecámara de la habitación y abrió. Era la señora Marshall, el ama de llaves.

—Lord Atworth, necesito que, por favor, venga conmigo a la habitación del doctor Evans.

# CAPÍTULO XIII

—Verá, milord, como tendremos más trabajo del habitual, incluso habiendo contratado a algunas de las chicas del pueblo durante estos días, estamos faltas de camareras. Así que yo misma estoy realizando algunos de los quehaceres diarios en varias de las habitaciones de invitados —comenzó a explicar la señora Marshall mientras iban avanzando por el pasillo hacia las escaleras.

La estancia asignada al doctor se encontraba en la tercera planta, un piso más arriba de la planta noble, en la que estaban los aposentos de la familia. Era una pieza destinada a invitados de mayor título nobiliario que en esta ocasión estaba ocupando el conde de Mere. S i bien tenía un título menor al del marqués, era considerado el patriarca familiar y eso le otorgaba ese privilegio, y el estudio privado del marqués.

—Una de las habitaciones que estoy ordenando y revisando personalmente es la del doctor. Esta tarde la dejé preparada mientras tomaban el té para que, cuando él fuera a cambiarse para la cena, se encontrara todo en perfecto orden. Esta noche, cuando he ido a comprobar que todo estuviera perfecto, me ha llamado la atención que hubieran cosas descolocadas. No estaba como el doctor deja sus enseres, él es muy escrupuloso con todo lo que toca, de hecho si no fuera porque deshace la cama y se asea no sabríamos que ha estado allí nadie, todo se encuentra siempre perfectamente colocado.

—¿Se refiere a que cree que alguien ha podido entrar y tocar las cosas del doctor?

—¡Oh, sí! Eso es lo que pienso —respondió el ama de llaves con el ceño fruncido por la preocupación y la implicación de lo que insinuaban sus palabras.

Sebastian se detuvo un momento justo antes de subir los escalones, la miró de frente y le apretó la mano derecha con su mano izquierda,

como había hecho millones de veces cuando era pequeño. La señora Marshall era el ama de llaves de la casa, pero para Sebastian significaba mucho más. Ella era la que en repetidas ocasiones había evitado que algunas de las terribles niñeras que le habían cuidado a él y a sus hermanos fueran crueles con ellos bajo el pretexto de que los estaban educando. Cuando él estaba preocupado por algún asunto y su madre no se encontraba en la mansión porque había acudido junto a su padre a la temporada de Londres, o estaban de visita en casa de otros, ella solía consolarle, le llevaba algún dulce a la biblioteca e, incluso, le leía algún libro para que se calmara. La señora Marshall era una empleada, pero llevaba tanto tiempo allí que para él era familia, era más familia que muchos de sus parientes de sangre a quienes solo veía en eventos sociales como los de esos días y poco más. Él siempre había tenido una profunda complicidad con esa mujer. Se sabía que ella le quería y él le tenía una gran estima. Sebastian adoraba a su madre, pero después de ella estaba la señora Marshall. Margaret entraba en una categoría especial. Ella era su esposa, de la misma forma que Eleanor tenía una categoría propia, era su hermanita, su bebé casi. Cada una tenía un espacio en su corazón y lo mejor es que todas lo sabían y se sentían bien. Su madre nunca tuvo celos de la señora Marshall, al contrario, estaba agradecida de contar con una empleada que albergara verdaderos sentimientos por las personas para las que trabajaba. Sin duda, el ama de llaves era toda una institución en Orchard Manor, y eso hacía que formara parte de la familia. El señor Thompson a su manera también, ¡qué duda cabía!

La señora Marshall le devolvió el apretón y sonrió.

—Esta noche he puesto unas ramas de lavanda bajo las almohadas del doctor —dijo ella.

—¿Unas ramas de lavanda? ¡Un momento, señora Marshall! —dijo Sebastian cambiando a un tono coqueto e insidioso, eliminando toda la tensión del momento—. ¿Le pone lavanda a todos los invitados o solo al doctor, pillina? —Y soltó una carcajada. Sebastian dejaba escapar una risa de tono grave y profundo, con una resonancia de barítono, que era absolutamente contagiosa. Cada vez que él reía lo hacían todos a su alrededor, lo cual en ocasiones era maravilloso y en otras, terrible. Los años que estuvo en el colegio fue un problema, siempre todas las culpas recaían sobre él porque provocaba que toda la clase se distrajera. Tenía una risa muy poco discreta que, al mismo tiempo, podía ser considerada tanto una bendición como una maldición. Así que la señora Marshall también se rio.

—¡Ay, Sebastian! Siempre me hace reír, milord. Es usted muy travieso para ser un hombre hecho y derecho, casado y todo un vizconde. ¡Debería darle vergüenza!

—Sí, sí, y no crea que no me da, pero no ha contestado a mi pregunta. No crea que no me he dado cuenta.

—Por favor, déjese de tonterías y subamos. Esto es serio. Estoy convencida de que falta algo en la habitación del doctor, pero no sé qué es. Se lo he dicho a él, que se ha quedado revisando mientras yo iba a buscarle a usted.

—De acuerdo —dijo Sebastian, poniéndose serio de nuevo—. Veamos qué nos dice.

Cuando llegaron al dormitorio del doctor Evans, él ya había encontrado qué faltaba. Lo descubrió rápidamente. Faltaba una de sus jeringas de Anel.

—Probablemente, alguno de sus invitados debe ser drogadicto. En ocasiones, con ayuda de una lanceta y de una jeringa como la que me han robado, logran introducirse pequeñas cantidades por vía subcutánea, produciendo el efecto deseado más rápidamente. Si ese es el caso, se trata de alguien que habrá tenido alguna incidencia con su propia jeringa y ha acudido a mi habitación a ver si encontraba alguna. Soy médico, es fácil que en mi maletín lleve —comentó el doctor Evans—, ya que las usamos mucho para despejar lagrimales y para succionar distintas secreciones.

—Si de verdad se trata de un adicto, como dice, supongo que tiene sentido. Imagino que acudir a la enfermería hubiera dejado más testigos, nuestra enfermera para empezar. Además, está en la planta principal, por donde más invitados y sirvientes se pasean —respondió Sebastian—. Supongo que las opciones eran solamente usted o la enfermera de mi tío, el conde. Su habitación está situada en una zona más discreta de la casa, y pegada a una escalera. Pero ¿seguro que ha sido un drogadicto? ¿Podría haber sido alguien que inyectara un veneno al difunto señor Dennis? ¿Sería eso una posibilidad?

—No, lord Atworth, no. Déjese de misterios. Revisé personalmente el cadáver del notario constatando que no presentara ninguna evidencia de lesiones como golpes, pinchazos o rasguños. Ha tenido que ser alguien que consuma adormidera, probablemente. Yo no le daría más importancia. Ahora que ya tiene la herramienta que buscaba, no creo que vuelva a realizar ningún otro acto delictivo o vandálico. No sé si vale la pena alarmar a los huéspedes con esta situación, bastante han tenido con la muerte de alguien con quien la mayoría tenían tratos. Yo lo dejaría estar, sinceramente —comentó el doctor.

Sebastian agradeció al doctor la información compartida. Le garantizó que si tenía cualquier otra incidencia podía contar con él y se fue de la habitación. En el pasillo le esperaba la señora Marshall.

—El doctor dice que habrá sido un drogadicto y que no le demos más importancia, pero mi instinto me dice que hay algo más. E incluso si es solo un drogadicto, ¿quién es? ¿Nos podemos arriesgar a que haya otra desgracia durante la boda de mi hermano? Deberíamos saber quién es y mantenerle vigilado. ¿Usted qué opina? —consultó Sebastian con quien era casi una segunda madre para él.

—Opino que usted tiene razón, como siempre. Mañana pediré ayuda a los sirvientes de mayor confianza y registraremos discretamente las habitaciones de todos los invitados.

—¡Perfecto! ¡Cómo me gusta poder contar con usted siempre! —respondió el vizconde de Studland—. Y yo se lo diré a George. Si todo esto estuviera pasando en mi boda querría estar prevenido ante cualquier eventualidad.

# CAPÍTULO XIV

*Wiltshire, viernes 14 de abril de 1843*

Sebastian llevaba una mañana de órdago.

Se había levantado muy temprano, no había dormido mucho la noche anterior. Quería explicarle toda la situación a su hermano, así que lo despertó. No podía ocultársela. A las seis de la mañana, cuando solo algunos de los criados estaban en marcha gestionando y asegurándose del buen funcionamiento de la mansión, ellos dos ya estaban reunidos con la señora Marshall y el señor Thompson en la salita del ama de llaves para decidir cómo iban a actuar ante la situación que tenían en ese momento en su casa. Ya eran las nueve de la mañana, se notaba cansado y se retiró a su habitación para tomarse una taza de té y poner sus pensamientos en orden. Necesitaba parar unos minutos antes de seguir con la jornada.

«Para registrar la casa nos repartimos las diferentes secciones, por un lado, las habitaciones principales en las que se hospedan los invitados. George, personalmente, ha ido repasando todas y cada una de las dependencias por todas partes. Está tan preocupado de que esto esté sucediendo durante la celebración de sus esponsales, que en contra de su altísimo sentido de la discreción, ha abierto cajones, joyeros, baúles… Ha dejado todo como estaba, mejor dicho, su ayuda de cámara iba detrás de él dejando todo en perfecto estado. Ha revisado algunas cosas que hasta da vergüenza pensar que se ha atrevido a meter las manos ahí. Hay cosas que un caballero no hace. Es tal su angustia que ha solicitado, incluso, a la señora Marshall que gire los colchones de todas las habitaciones y que limpie con muchísimo esmero cada rincón para asegurarse de que la jeringa no

estaba por ninguna parte.

Además, si alguien del servicio hubiera topado con ella, hubiera informado inmediatamente a la señora Marshall y ya lo sabríamos. Estoy verdaderamente preocupado». Reflexionaba mientras se levantaba para dirigirse al cuartito de servicio del pasillo y prepararse un té. No quería molestar a nadie solo por una taza.

«Por otro lado, en cuanto a las dependencias del servicio, la señora Marshall en persona ha ido habitación por habitación informando de lo sucedido y registrando las pertenencias de cada uno de nuestros empleados. Podemos contar siempre con la prudencia y sensatez del servicio, que en lugar de generar un escándalo, nos ayudarán a contener la información hasta estar seguros de qué está sucediendo, para que la boda de mi hermano sea un éxito. Su búsqueda también ha resultado infructuosa».

Buscó concienzudamente pastas que no tuvieran una capa de mermelada cristalizada. No había. Cogió una que probablemente llevara mermelada de ciruela. Asió su taza y se fue de nuevo a su habitación. Al cruzar el pasillo se encontró con uno de los lacayos.

—¡Pero milord! ¿Cómo no ha avisado? Yo hubiera acudido enseguida —dijo el criado con cierto tono de reproche en su voz.

—Lo siento. Pensé que estarían todos muy ocupados y no quise importunar a nadie solo por una taza. No se repetirá. Disculpe —respondió Sebastian avergonzado de que le hubieran pillado. Sabía que a nadie le gusta que le hagan sentir que su tarea es prescindible. Si los señores no necesitaban a sus criados, ¿qué harían ellos?, ¿de qué vivirían?

Se metió en su habitación lo más apresuradamente que pudo. La verdad es que su mente estaba tan ocupada con el asunto de la jeringa que no pensó mucho en qué suponía prepararse él mismo el té. Confiaba en que nadie le viera. Puso su taza sobre la mesa de su antecámara mientras acababa lo que le quedaba de la galleta; llevaba mermelada de membrillo y no de ciruela como él había supuesto. Por suerte, si llevaba azúcar, le gustaba todo.

«He ido personalmente hasta las caballerizas y he hablado con el capataz. Si bien casi todo el mundo ayer pasó por allí, él no dejó entrar a nadie. No se puede sacar a pasear a los caballos la tarde antes de una cacería. Es imposible que alguien haya dejado algo en las cuadras. Me ha acompañado a dar la vuelta al edificio y no hemos visto nada extraño. Y la cacería de hoy es de tarde, así que el ajetreo por aquí empezará en una hora aproximadamente. De momento está todo muy tranquilo mientras los invitados acaban sus desayunos y

aprovechan para pasear un poco por el jardín o disfrutar de la biblioteca y de las mesas de juego en la galería sur». Pensó mientras estiraba todo su cuerpo como si fuera un gato. Necesitaba reactivar la sangre.

«¡La cacería! Otro problema. George ha de participar, es el novio, no puede perdérsela. Mi padre ha de liderarla, puesto que es el anfitrión del evento. Yo prefiero no ir hasta que no esté seguro de si en nuestra casa hay un ladrón, un ladrón drogadicto o un ladrón y algo peor. Y con el registro tanto George como yo nos hemos perdido el desayuno porque era cuando podíamos revisar los aposentos de todos sin levantar sospechas. ¡Menudo día y son solo las nueve de la mañana! Voy a tener que pedirle ayuda a Charles y no me apetece para nada implicarle en esto también. He de hacerlo. ¡Me termino el té y voy a hablar con él!».

# CAPÍTULO XV

El estudio del marqués de Avon tenía unos bonitos vitrales con el escudo familiar que hacían que la estancia se llenara de colores cada vez que un rayo de sol atravesaba el cristal. Sebastian sintió alivio cuando al entrar vio que solo estaban allí su padre, su hermano Charles y lord Mere, todos familia, de confianza. Expuso lo que había sucedido y lo que el doctor había dicho.

—Estoy de acuerdo con el doctor —dijo Charles—. Esto tiene pinta de alguien adicto a la morfina, pero creo que lo más probable es que sea no uno de nuestros invitados, sino uno de los criados de nuestros invitados.

—En justicia, Charles, podría ser cualquiera —comentó el marqués con tono serio y levantando a la vez ambas cejas mientras miraba a los ojos de su primogénito—. ¿Acaso no conoces a hombres con sangre y título muy nobles con comportamientos harto reprochables?

—Por supuesto, padre, es solo que me parece que un criado entrando o saliendo de una habitación no resultaría sospechoso, por eso opino que es lo más probable —respondió el vizconde Pewsey.

—He de reconocer que Charles tiene razón —dijo Sebastian.

—¡Algo bueno! Estáis de acuerdo en algo a la primera. Si no fuera por lo terrible de la situación me darían ganas hasta de brindar por ello —comentó con sorna el marqués mientras procedía a abrir un sobre con su precioso abrecartas de plata y marfil.

—Si habéis registrado la casa y no habéis encontrado nada, puede ser que quien robó la jeringa la lleve encima —dijo el conde.

—Cierto. Lo cual sería un alivio, sería un drogadicto, pero no un asesino. Pero me quiero asegurar, no podemos arriesgarnos a que sea algo más. Es por eso que necesito a Charles —expuso

el vizconde de Studland.

—¿A mí? ¿Para qué?

Sebastian explicó las circunstancias de la cacería y por qué necesitaba a alguien que ahora mismo pudiera ayudarle con la revisión del jardín.

Tendrían que contar con varios criados. Incluso Vivian y Margaret, que no iban a participar, podrían ayudar. Ellas, sus doncellas personales, ellos dos y sus ayudas de cámara, la señora Marshall, y alguno de los lacayos podrían ser suficientes. Se repartirían el jardín por zonas y lo explorarían todo lo más exhaustivamente que pudieran.

Era una lástima no poder contar con ninguno de los rastreadores a causa de la cacería. Con lo que ellos pudieran registrar se tendrían que conformar.

Antes de empezar con su búsqueda se acercó hasta la habitación de lord Mere para hablar con Miss Dodge. Necesitaba comprobar si a ella le faltaba alguna jeringuilla. La señorita Dodge era la enfermera que se ocupaba de administrar sus medicinas a diario al viejo conde y podría haber sido víctima del mismo tipo de atropello que había padecido el doctor Evans.

—¡Oh, no, lord Studland! No me falta nada, pero además, si intentaran robar alguna pieza de mi instrumental les costaría mucho. Lo tengo permanentemente bajo llave y la llave va conmigo a todas partes. La llevo colgada de mi cuello y cae justo en medio de dos de las partes de mi cuerpo que más indecoroso sería que alguien intentara tocar —dijo balanceando ligeramente su cuerpo de lado a lado—. Está siempre a buen recaudo, descuide.

Sebastian se fue más tranquilo y al mismo tiempo bastante turbado con la información proporcionada por la enfermera. Por un lado, le alegraba que no le faltara nada y que fuera difícil robarle, pero no necesitaba saber exactamente en qué zona de su cuerpo terminaba la cadena con la llave. Le pareció un dato extremadamente poco elegante del cual era innecesario informar.

# CAPÍTULO XVI

—Los jardines son enormes, será imposible rastrearlos todos —dijo Charles reajustando el lazo de su pañuelo al cuello.

—Confiemos en que, al llevar a cabo todas las acciones justo antes de la hora de cenar, haya obligado al ladrón y al posible asesino a deshacerse de la jeringa cerca de la casa. Yo apuesto por que recorramos los caminos que conectan la mansión,
el invernadero y el templete de Deméter. Y mientras, vayamos mirando cada arbusto, árbol, parterre
y rincón. Recemos por que no tuviera tiempo suficiente para llegar al lago. Nos tocaría dragarlo.

—También puede que, sencillamente, el ladrón la lleve consigo todavía —dijo Vivian.

—Cierto. Pero debemos revisar los jardines —intervino de nuevo Charles—. ¿Cómo nos dividimos? —preguntó mirando a su hermano.

—Tú, Vivian, Brown, Smith y Anna podríais ir hacia el templete de Deméter y los demás iremos hacia el invernadero.

La señora Marshall y Poppy, la doncella de lady Margaret, se encaminaron hacia la parte de atrás
de la Orangerie, mientras que Sebastian y su esposa se dirigieron hacia el invernadero. Intentaban ser muy cuidadosos mirando. Era muy difícil distinguir cualquier objeto, estaba lleno de pisadas y de huellas de carretas. Miraban detrás de árboles y de matorrales y entre las flores. No vieron ningún resto de la jeringa. La búsqueda, al menos, sirvió para
que encontraran uno de los soldaditos de plomo
de su sobrino que sin duda había perdido jugando por allí y que probablemente ni siquiera echaría en falta, pero era una pena que se estropeara. Era un ejemplar precioso, un soldado francés con

uniforme napoleónico elaborado por Lucotte
que formaba parte de un exquisito conjunto que Charles compró para su hijo, antes incluso
de tenerlo, cuando pasó con Vivian unos días de su luna de miel en París.

—Deberíamos entrar en el invernadero y mirar allí con detalle, Seb.

—Sí. Pero tomemos antes un pequeño descanso. Si realmente estuvieras en cinta, ¡Dios! Me cuesta hasta decirlo —casi murmuró Sebastian—. En cualquier caso, tú has de descansar y tomar un pequeño refrigerio. Voy a ver si encuentro a un mozo cerca y le mando a la casa para que te sirvan aquí una taza de té y alguna golosina.

Mientras Margaret se acomodaba en una mesita junto al invernadero, Sebastian localizó a un mozo al que le pidió que se encargara de ir a las cocinas a solicitar un tentempié para la vizcondesa. Al regresar, pasó por el lado que había revisado su mujer. Algo le llamó la atención. Llamó a Margaret para que se acercara y viera lo que había encontrado. Quería su opinión.

—¡Mira! ¡Fíjate! ¡Ahí, junto a la puerta! A cada lado del camino hay tierra removida. Justo debajo de los rosales y de las azaleas. Estamos en abril… ¿Se trasplantan las azaleas en esta época del año?

—No lo sé, la verdad. He visto otros parterres con tierra removida y me ha parecido normal. Hace pocos días, precisamente, recuerdo que tu madre estuvo ayudando a trasplantar ranúnculos. No he visto nada llamativo en ello. Sabes que lo mío no es la jardinería. Quizás tendrías que haber escogido a otra ayudante para esta empresa.

—No digas tonterías. Somos un equipo estupendo. Tú al menos sabes que se trasplantaron ranúnculos hace poco, otros miembros de la casa no —respondió Sebastian—. Creo que las azaleas no se tocan en primavera. Déjame que vaya a buscar alguna herramienta dentro del invernadero para escarbar un poco, a ver si encontramos algo.

Margaret se quedó fuera, esperando, pero le pareció que su esposo tardaba demasiado, así que se decidió a entrar ella también. ¿Qué herramienta estaría buscando para tardar tanto? Enseguida descubrió qué era lo que le estaba reteniendo, no era la búsqueda de ningún utensilio de jardinería, no. Eran un grupo de matronas que estaban tejiendo pequeños patucos de algodón para los nietos, tomando té al fondo del invernadero, junto a las orquídeas. Decidió que iría a rescatar a su marido.

Sebastian, una vez liberado de las responsabilidades que había

asumido como anfitrión, a petición de algunas de las invitadas de su madre, pudo salir con dos pequeñas palas.

—¡Ven, Margaret! Agáchate y ayúdame a escarbar un poco —dijo mientras ambos se agachaban y empezaban a rascar la tierra—. ¡Eso es!

—¡Huele fatal!

—Es cierto —comentó también Sebastian con cara de preocupación, mirando fijamente a los ojos de Margaret, quien solo con la mirada de su esposo supo que la situación estaba poniéndose fea.

—Huele a pescado podrido.

Seb no dijo nada, escarbó un poco más.

—Mira, hay trozos de cristal y plata, ¡de la jeringa! —comentó con gesto adusto—. ¡La hemos encontrado! Definitivamente, estábamos en lo cierto. Esto ha sido un asesinato —sentenció mientras sacaba un pañuelo de su bolsillo y envolvía los trozos de jeringa apestosa—. Tenías razón, huele a podrido, a ostras podridas. Debieron de envenenar las ostras. Por eso el doctor no encontró ningún corte o pinchazo en el cuerpo del muerto.

—¡Oh, Seb! ¡Esto es terrible! Preferiría mil veces que hubiera sido el robo de un adicto.

—Yo también. Pensemos —dijo mientras se levantaba—. Tenemos a la víctima, el lugar de la muerte y el arma. Nos faltan dos cosas: el motivo y el culpable. Empecemos por averiguar quién ha estado paseando por esta zona entre el momento del crimen y ahora. Voy a tener que interrogar a los invitados que están alojados en habitaciones con ventanas orientadas hacia esta zona, y al jardinero. ¡Ojalá encontremos al culpable pronto y de la manera más discreta!

—Hay un asesino en casa —ratificó Margaret, pálida—. ¿Te das cuenta de lo que esto significa?

—Me doy cuenta, por eso necesito hablar cuanto antes con mi padre.

# CAPÍTULO XVII

—Sebastian, todo lo que me estás contando es sumamente delicado. —El marqués se apoyó en una de las columnas del Templo de Deméter. Se había ido paseando con su hijo mediano para poder hablar tranquilamente sin oídos alrededor—. Si es malo que alguien haya fallecido en nuestro hogar en plenas festividades por la boda de tu hermano, que haya sido a manos de un asesino, es terrible.

—Lo sé. En mi opinión, creo que deberíamos explicarle todos los detalles a George sin demora. —Sebastian y su padre se sentaron en uno de los bancos que miraba hacia el lago.

—No solo a él. Es necesario convocar una reunión familiar de emergencia. Debo tomar decisiones muy serias que nos afectarán a todos. Deberéis entender que necesitamos estar más unidos que nunca y las consecuencias que puede tener actuar de manera precipitada o independiente.

—Padre, ¿me ocupo yo de convocar a todos en la biblioteca pequeña después del almuerzo? A esa hora la mayoría de los huéspedes aprovechan para descansar o dedicarse a tareas personales. Sería un buen momento.

—Sí, pero no podemos encerrarnos todos los miembros de la familia. No sería ni correcto ni discreto —dijo lord Avon encogiéndose un poco—. Tiene que haber miembros de la familia ejerciendo de anfitriones para aquellos que no se retiren a sus habitaciones. Yo me ocuparé de poner al día a tu madre con todos los detalles. Ella debe presidir la sala de dibujo esta tarde. En cuanto a Margaret, ya sabe todo, ¿no?

—Bueno, le falta conocer nuestra verdadera situación financiera, pero eso puedo contárselo yo más tarde. Ella puede ayudar a madre esta tarde. ¿Caroline debe venir a la reunión?

—No. Hasta que no esté firmado y consagrado el matrimonio no lo considero adecuado —respondió el marqués con un gran suspiro que

dejaba entrever su gran preocupación—. Y no hace falta que te diga que tu hermana no tiene edad para acudir.

—Eso no se me habría ocurrido jamás.

—Por si acaso —dijo el marqués poniéndose de pie y colocándose bien el cuello de la chaqueta—. Volvamos a la casa ahora.

Sebastian se ocupó de decirle personalmente a cada uno de sus hermanos que se reunirían al terminar el almuerzo en la pequeña biblioteca privada que destinaban habitualmente a uso exclusivo de la familia. Era un espacio confortable que alojaba los volúmenes más queridos y usados por el marqués, dejaba la gran biblioteca para disfrute de sus invitados.

El almuerzo ese día se sirvió bajo una gran carpa que habían montado en el jardín, junto a la explanada alfombrada de cuidado césped que utilizaban para jugar a *poona*, *pall mall* e incluso a críquet.

Vivian, aunque sorprendida por que se convocara una reunión familiar, se sentó a la mesa bastante tranquila. Si hubiera habido una novedad respecto al robo de la jeringa ya lo sabría ella, para algo había ayudado en la búsqueda de la mañana. Sería cualquier información sobre la boda. Se preocupó cuando vio cómo su marido y cuñados se cruzaban miradas; hacían esfuerzos para prestar atención a los comensales. El comportamiento de ellos no era el esperado. No estaban relajados y sonrientes, como era habitual. Charles era un poco más serio, pero Sebastian y George eran los reyes de la fiesta. La risa de Sebastian siempre retumbaba y contagiaba a todos de su alegría y diversión. Era una constante en cualquier reunión en la que él estuviera. Hoy no le había oído reír en todo el día y ahora veía que estaban poco centrados. De repente se le fue el apetito. Estaba más interesada en acudir a la biblioteca que en seguir comiendo y fingir una sonrisa a lady Melksham mientras, incansable, le hablaba de los problemas que tenía para encontrar a una buena criada que supiera zurcir medias como se hacía antes.

Sebastian estaba deseando que el almuerzo terminara pronto. Admiraba profundamente el temple de su padre para que no se le notara absolutamente nada. Él estaba intentando sonreír y charlar con naturalidad, pero le costaba. ¿Le supondría un esfuerzo también a su padre? Porque aparentemente todo era perfecto. Solo hubo un detalle por el que Sebastian se dio cuenta de que su padre estaba preocupado. No repitió postre. Eso significaba que no quería alargar la sobremesa y así ganarían tiempo para reunirse todos antes. Él tampoco tomó una segunda porción de pudin.

George fue el último en llegar a la biblioteca privada de su padre. Antes de sentarse, se acercó a la mesa en la que habían preparado algunas bandejas con dulces y un servicio de té completo. Al igual que el resto de la familia, había comido menos de lo habitual. Le encantaba bajar la palanca y que el delicioso líquido ámbar cayera en su taza hasta llegar al filo dorado que establecía la medida adecuada de té por taza.

Alcanzó unos canutillos rellenos de crema de arándanos y se los metió en la boca de un solo bocado. Cogió su taza y se sentó junto a Charles, a la derecha de su tío bisabuelo, el conde de Mere. Sebastian estaba enfrente, sentado al lado de su cuñada, a la izquierda del sillón de su padre. Esperaba a que él se sentará para empezar a hablar.

—¿Y Frederick? —preguntó George.

—Está comandando la caza junto con nuestros hombres —contestó lord Avon—. Con las circunstancias de la muerte de *mister* Dennis, todo el mundo ha entendido que disculpáramos nuestra asistencia. Él ya estuvo ayer con el señor Corston cazando venados. Le encanta cazar. Será un buen anfitrión y un buen representante de la familia.

—Ojalá sea cierto. Ese chico no se centra, no se centra —se lamentó el conde.

—Es usted muy exigente con él. Es un buen muchacho. Siempre atento y respetuoso con usted. Tiene suerte con el nieto que le ha tocado —comentó dulcemente Vivian. El conde carraspeó por respuesta.

—Empecemos la reunión, por favor —cortó el marqués indicando con un gesto a su hijo mediano para que contara lo que sabía.

Sebastian expuso todos los datos.

—Cuando Margaret y yo hemos encontrado esta mañana los restos de la jeringa, esperábamos que tuviera restos de morfina. Al notar ese horrible olor a ostra en descomposición, nos hemos dado cuenta de lo que había sucedido realmente. Se ha cometido un asesinato —finalizó Sebastian.

George quedó estupefacto, apenas supo qué decir. Si ya le preocupaba tener a un adicto robando en la casa, la noticia de que tenían a un asesino aún le preocupaba más.

Charles se mantenía envarado, rígido. Quería comportarse como el heredero y futuro cabeza de familia que sabía que era, aunque estaba muy molesto porque su hermano y su padre no se lo hubieran dicho a él antes que al resto. ¿Acaso ser el primogénito ya no significaba nada en el hogar de los Atworth?

—Charles William —dijo el conde dirigiéndose a su sobrino nieto, el marqués—, confío en ti para salvaguardar el honor de esta familia por encima de todo. Recuerda que precipitarse es estrellarse.

—¿Deberíamos avisar a la policía? —preguntó inquieto George.

—Es evidente que sí. Esta tarde yo mismo me acercaré a Tanglewood y hablaré con el inspector jefe de la policía. Él entenderá cuán sensible es la situación y encontrará la forma de hacer su trabajo de la manera más discreta posible. —El marqués se incorporó y vació su pipa en el cenicero—. Pero primero vamos a discutir nosotros la línea de actuación de la familia. Me gustaría empezar por escuchar vuestras opiniones al respecto. Y por supuesto, tío, no haremos nada de forma precipitada.

Vivian formuló la pregunta que estaba rondando por la mente de todos.

—¿No sería lo más prudente retrasar la boda?

—No en nuestra situación —respondió lord Avon.

El marqués expuso ante todos la delicada situación financiera en la que se encontraban y compartió los datos que había comentado con sus hijos mayores. No podían permitirse aplazar la boda. Necesitaban el dinero de la dote de la señorita Work y cerrar contratos con algunos de los invitados. La dote de Caroline Work cubriría algunos pagos inmediatos, pero para salvar todo el patrimonio actual, el marqués quería que invirtieran parte del dinero en participaciones de algunos negocios crecientes y lucrativos. Para ello, Charles había invitado a la boda a algunos industriales importantes. Cancelar la boda significaría una hecatombe para la familia. Además, para el enlace entre George y miss Work había invitados que venían desde Estados Unidos; retrasar la boda sería una descortesía, especialmente para la abuela y la bisabuela paternas de la joven, que habían hecho un viaje de más de treinta días para asistir al evento.

—Caroline ha de saber esto. Y lo ha de saber por mí. Incluso si supone que ella quiera cancelar la boda —dijo George.

—Estoy de acuerdo con que ha de saberlo, pero intenta convencerla de que la amas muchísimo y de lo maravilloso que es ser parte de esta familia. Necesitamos que realmente no quiera cancelar esta boda —dijo el marqués—. ¿Cuán enamorado estás o cuán enamorado ella cree que estás? No es una chica tonta, sabe que está comprando un título, pero ¿cree que está comprando también un corazón o que tu corazón ya es suyo? Eso será lo que marque la diferencia, y la necesitamos

como aliada.

—Padre, no voy a consentir que haga comentarios tan ofensivos sobre mi futuro enlace con Caroline. Por supuesto que nos amamos. Jamás me casaría si no fuera por amor.

George miró a su padre fijamente, contrayendo el rostro. Deseaba decir más cosas que por respeto se guardaría.

—¿Y cómo vamos a actuar con el resto de invitados? Si viene alguien de la policía y empieza a interrogar a los invitados, el escándalo será inevitable —intervino Charles.

—Diremos que es una cuestión de actuar con excelencia, que la muerte del notario nos parece tan importante que no queremos dejar ningún cabo suelto, incluso si no hay motivo para ello. Crearemos el rumor entre los invitados ingleses de que no permitiremos que ningún americano dude ni un ápice de lo concienzudos y escrupulosos que somos los británicos con estos asuntos. Llamar al espíritu patriótico funcionará. Y los estadounidenses, si lo oyen, se sentirán importantes. Nos esforzaremos mucho para impresionarlos —dijo Sebastian.

—Me gusta. Esa explicación puede resultar, incluso con Caroline, George —añadió lord Avon.

—No. Me voy a casar con Caroline. Empezar el matrimonio con una mentira que acabará descubriendo, podría ser terrible. Se lo voy a contar todo. De hecho, me ofende profundamente que no me hubierais informado antes. No esperaba esto de ninguno de vosotros. Bueno, quizás de Charles, pero no de usted, padre. Ni de ti, Sebastian.

—Solo queríamos ahorrarte un disgusto que parecía innecesario. Siento mucho que las cosas hayan acabado resultando así —respondió Sebastian.

—¿Y no podría ser que alguien esté intentando manchar nuestro buen nombre? —Preguntó Charles, reorientando el tema.

—Eso tiene sentido —argumentó el viejo conde—. Estos negocios que quieres hacer, los invitados que no son de nuestra clase… Me preocupa que sea esto una argucia, ya que al quitar de en medio al notario y consejero legal familiar, se debilita nuestra posición ante la posible negociación que tendrá lugar en estos días. ¿Qué sabemos de los industriales qué has invitado? Necesitamos tener cuidado.

# CAPÍTULO XVIII

George se sentó sobre la cama y miró hacia su uniforme. Sabía que su boda sería una de las últimas ocasiones en las que luciría ese traje. Aunque oficialmente no podía dejar el ejército todavía, sus medallas conseguidas con honor y el pago de una sustanciosa suma por parte de su padre, le liberarían de todas sus funciones. A partir de ahora sería vizconde, terrateniente. Jamás imaginó que su vida fuera así.

Siempre asumió que era el tercero y que eso significaba procurarse algún tipo de profesión. El ejército era algo razonable para el hijo de un marqués y por eso con solo diecisiete años se unió voluntariamente. Sin embargo, la boda con Caroline lo estaba transformando todo. Si llegaban a casarse.

Avisó al ayuda de cámara para que le quitase las botas y le asistiera al cambiarse de ropa. Se tomaría una hora para su correspondencia personal y para él. Lo necesitaba. Cogió los sobres que algún lacayo había depositado sobre su escritorio y se fue con ellos a la cama para leerlos y clasificarlos por importancia y orden de prioridad. La mayoría de misivas eran referentes a su boda. Felicitaciones sobre todo. Le alegraba mucho que le felicitaran. Ciertamente, se sentía muy feliz. Sin embargo, ahora le invadía una cierta inquietud al pensar en todo lo que tendría que explicarle a Caroline.

Recordó cómo se conocieron.

Su padre había sido invitado a la legación de Estados Unidos en Londres, para acudir a una fiesta organizada por el ministro plenipotenciario estadounidense y su esposa, durante la temporada. Le surgió un compromiso de última hora que hizo que no pudiera asistir. No disponía de tiempo suficiente para avisar y declinar la invitación, y, además, era consciente de la importancia de no dejar un asiento

vacío en la mesa, así que decidió enviar a su hijo, que estaba pasando unos días de servicio en la casa familiar de St. James Square, como acompañante de la marquesa. Fue la providencia. Que esa noche ocupara el lugar de su padre en la legación y que justo frente a él se encontrara la joven señorita Work no fue una casualidad. Fue el destino.

El baile, ir juntos al buffet a por bebida y un tentempié… Presentar a sus respectivas madres, propiciar que entre ellas hablasen… Repetir baile… Habían conectado. Fue una velada maravillosa. Caroline era franca, natural, divertida y directa. Muy diferente de las recatadas, por no decir, reprimidas, muchachas con las que se encontraba, habitualmente, en las veladas que organizaban por las mejores casas de la ciudad durante la temporada con el fin de propiciar matrimonios entre la descendencia de la clase privilegiada. Suponía un cambio para George y, por primera vez en su vida, se encontró frente a una joven que le resultaba atractiva de verdad. Le interesaba tanto su mente como su cuerpo. Eso fue para él una grata novedad a celebrar.

Mientras danzaban se enteró de que su padre era
el socio principal de una importante naviera con sede en Boston, cuyos barcos realizaban trayectos comerciales desde su ciudad de origen a Brístol y Portsmouth, y viceversa. Al terminar la velada, George decidió enviar flores para Caroline al día siguiente al Brown's, en donde los Work se hospedaban. Quería pedirle a su madre que invitara a madre e hija a tomar el té, pero sin que se notara que realmente era él quien lo deseaba. Sabía que, aunque su madre había sido encantadora durante la velada, no era ese el lugar en el que animaría a su hijo a buscar esposa. Curiosamente, cuando al día siguiente en el desayuno comentó cómo había ido el baile, fue su padre quien propuso invitar a los Work, a todos, a cenar esa misma noche. Sin que George llegara a decir palabra, ordenó al mayordomo que encargara dos ramos, uno de dalias blancas y otro de tulipanes de colores y que los mandara a la señora y señorita Work, respectivamente.

A partir de entonces todo fue sobre ruedas. En pocas semanas estuvieron prometidos. Todo se organizó. Él se convertiría en barón Stonar y recibiría una de las casas familiares y todas las tierras ligadas a ese título.

¿Que la señora Work estaba fascinada porque los Atworth eran una de las familias más antiguas de Inglaterra? Baronía garantizada para su hija en cuanto se casaran y recepción con la reina Victoria antes de irse de viaje de luna de miel. ¿Necesitaban tiempo para que llegaran las abuelas de Caroline y otros invitados? La boda se fijó al inicio de la primavera para que diera tiempo a que llegaran todos. El marqués

solo puso facilidades.

¡Por supuesto que él y Caroline se daban cuenta de que a sus padres les encantaba su unión! Eran conscientes de lo que cada familia podía aportar a la otra: por un lado, el estatus y la aristocracia; por el otro, dinero. Sin embargo, no les habían dado ninguna importancia; eran cuestiones ajenas a su relación amorosa. Hasta ahora.

# CAPÍTULO XIX

George bajó a la sala de dibujo. Allí estaba Caroline, junto a varios de los invitados y algunos miembros de la familia.

—Si me disculpan, aprovecharé para pasear con mi prometida, hace una tarde preciosa.

Fue más que disculpado con sonrisas y frases cariñosas por los presentes y la feliz pareja salió de la estancia. Como era la habitación más cercana a la entrada principal, en seguida salieron al aire libre. Empezaron a caminar en dirección a Tanglewood. Desde Orchard Manor, caminando campo a través, se llegaba al centro del pueblo en aproximadamente media hora. George explicó a Caroline todos los detalles que su padre y hermanos le habían contado.

—En definitiva, *mister* Dennis fue asesinado y eso significa que tenemos a un criminal conviviendo con nosotros y para colmo mi familia, por lo visto, está al borde de la bancarrota.

—No lo entiendo. Si hay un asesino, ¿no deberíamos retrasar nuestra boda?

—Tú, ¿quieres retrasarla?

—No, claro que no, pero no sé si es adecuado seguir adelante en esta situación. ¿Y si el asesino vuelve a matar? ¿Cuándo viene la policía?

—La policía estará a punto de llegar. Estoy convencido de que descubrirán al culpable pronto —intentó tranquilizar George a su prometida—. Debemos entender lo que significa suspender ahora nuestra boda. Por un lado, tus abuelas, tu primo y varios invitados de tu padre no podrán asistir si retrasamos la boda mucho; el viaje desde Boston no se hace en pocos días. Y, por otro lado, no te puedo

engañar, mi padre necesita el dinero del tuyo. Me da mucha rabia decirlo, es algo muy injusto, pero es así. Lo que más me preocupa es que tú creas que solo quiero casarme por tu dinero. Sabes de sobra que no es así. De hecho, haremos lo que tú quieras, cuando quieras. Mi familia ahora vas a ser tú. Mis padres hicieron sus elecciones; nosotros haremos las nuestras.

—Me cuesta pensar con claridad. No me gusta
lo que está sucediendo, pero no tengo dudas.
Quiero casarme contigo. ¿Y si nos fugamos?
Nos casaríamos igualmente, pero se cancelaría la festividad en Orchard Manor, cada uno volvería
a su casa, y nos quitaríamos al asesino de encima.

—Bueno, no lo sabemos. ¿Y si el asesino es alguno de los criados de mi padre? —Tomó la mano de su prometida—. Caroline, si tú de verdad quieres que nos fuguemos y nos alejemos de todo esto, lo haremos. Aunque tengo la obligación de decirte primero que si nos fugamos puedo perder la baronía, ya que está sujeto todavía al título nobiliario de mi padre. Si mi padre decidiera retirarme el título, podría hacerlo. Serías solamente la esposa de un capitán del ejército. No sé si eso es suficiente para ti. Me sabe mal, pero sé que no es suficiente para tu madre.

—Es verdad, no será suficiente para mis padres, sin embargo puede serlo para mí. ¿Y para ti? Mis padres, aunque al final estoy convencida de que cederán, pueden desheredarme temporalmente por haberme fugado. ¿Podrás soportarlo tú? Porque no es que tú seas solo un capitán, es que tendríamos que vivir ambos solo de tu sueldo como oficial del ejército. ¿Sería aceptable o tolerable para ti?

—Oh, ¡sabes que sí! No creo que nuestro mayor problema sea tener que vivir con menos dinero. Creo que tenemos que decidir hasta qué punto queremos complacer a nuestras familias y evaluar si el riesgo al que expondremos a nuestros invitados mientras la policía busca al asesino es razonable para nosotros.

—Bueno, sinceramente, si lo pienso con detenimiento, no quiero que mis padres tengan que avergonzarse por lo que supone nuestra fuga, especialmente mi madre —dijo George cogiendo de la mano a Caroline para ayudarla a pasar por encima de la valla que comunicaba un campo con el otro—. Y sé que está feo que lo diga —comentó mientras saltaba él— y por favor, sabes que no me caso contigo por tu dote, pero hoy he sabido que mi familia la necesita —continuó mientras ella también saltaba—. Si tenemos claro que nos vamos a casar, no siento que fugarnos mejore nada, ni para nosotros, ni para nuestras familias, ni para nadie. Aunque si tú lo deseas, lo haremos esta misma noche.

—No. Para mi madre, mi boda es muy importante. Que me convierta en baronesa y eso la haga a ella emparentar con la nobleza, es el sueño de su vida. Y sé que nosotros nos queremos —dijo acariciando el mentón de George con el dorso de su mano enguantada —. Siempre he sabido que, en el fondo, mi dote era una forma de poderme comprar al marido que más me gustara. Así que, prefiero comprarte a ti antes que a cualquier otro.

—A mí no me compras. Yo te quiero. Si quieres que nos fuguemos, tendré en dos horas un coche de caballos esperándonos. De mi amor no dudes.

—No dudo, era solo una forma de que vieras que para mí la dote no significa nada. Siempre he sabido que era una herramienta para poderme casar lo mejor posible. —Se detuvo y se giró hacia él, mirándole a los ojos—. Te quiero. Me caso contigo porque te quiero. Nos casaremos por todo lo alto. Quiero ayudar en todo lo que pueda para que nuestra boda sea un éxito.

George abrazó a Caroline y la besó apasionadamente. Ella le devolvió el beso; se sentía feliz.

—Saldrá todo bien —dijo George cuando retomaron el camino hacia la aldea. Estoy convencido de que la policía descubrirá al asesino, le detendrán de manera discreta y todos estaremos a salvo en cuestión de uno o dos días. Ya lo verás. Nuestra boda será fabulosa. Será lo último que haremos para complacer a nuestros padres. Una vez nos casemos, decidiremos cómo deseamos que sea todo en nuestro hogar.

# CAPÍTULO XX

Cuando llegaron el inspector Dew y su ayudante, el detective Rymer, les instaló en una de las habitaciones de la tercera planta, y se les asignó como espacio de trabajo la pequeña biblioteca privada del marqués. El inspector Dew era alto, de complexión robusta, cabello oscuro y ojos saltones. Era serio y educado. Su ayudante era delgado, de estatura media. Constantemente levantaba una ceja y de vez en cuando se giraba hacia su superior para cruzar con él su mirada.

Una vez estuvieron instalados, lo primero que solicitaron fue entrevistarse con lord Avon y su hijo Sebastian, lord Studland.

—Sería importante interrogar cuanto antes a todas las personas que pudieran haber visto a alguien acercándose a las azaleas bajo las que encontraron los restos de la jeringa —comentó el inspector.

—Sí, por supuesto. Voy a anotarles en un papel quiénes habían llegado el jueves a la casa, con especial mención a quiénes están instalados en habitaciones desde las que se puede ver el invernadero —respondió Sebastian—. Si no me equivoco, se tratan de lady Melksham y la señorita Violet Tumblr.

—Estás en lo cierto, Sebastian —apuntó el marqués—. Yo mismo he acompañado esta tarde a lady Melksham a su habitación.

—Bien. Rymer, por favor, encárguese de hablar con ellas y de averiguar a quiénes han visto antes de la cena, al regresar a sus aposentos por la noche o al levantarse a primera hora esta mañana.

Mientras Rymer se fue a hablar con ellas, Sebastian se fue a preguntarle al jardinero qué había visto. El inspector Dew decidió interrogar a aquellos miembros del servicio que habían estado cerca de la sala de billar, de la fresquera y de las salidas de la casa en el periodo de tiempo que podría haber pasado entre que se coge el plato de ostras y se sirve la cena; también interrogaría a los que a primera hora habían estado preparando la casa.

Tras hablar con todos ellos aparecieron seis nombres: lord Seymour, Caroline Work, Vivian Atworth, vizconde de Sherston, Daniel Ronson y William Corston.

Lord Seymour, lady Vivian y la señorita Work, en principio, podrían haber quedado descartados; son miembros de la familia. Pero el inspector Dew sabía que no podía desestimar a nadie. Tendría una entrevista con cada uno de ellos. Informaría al marqués de quiénes eran los sospechosos hasta ese momento. Empezaría por los caballeros después de cenar.

—Me parece muy bien, pero mi hijo Sebastian estará presente durante sus interrogatorios.

—Eso no es negociable. El ambiente ha de ser lo más privado posible —dijo Dew.

—Por supuesto que no es negociable. Esta es mi casa, y un miembro de mi familia estará presente para garantizar el mejor trato y la mayor confianza a mis invitados. No estoy negociando, inspector —respondió lord Avon.

—Es consciente de que podría trasladar todo esto a la estación de policía de Tanglewood, ¿verdad, marqués?

—Por supuesto. Pero usted y yo sabemos que no lo hará. Mi hijo es confiable, no molestará. En realidad, incluso puede serles de ayuda. Él será mis ojos, oídos y mi boca. Cualquier cosa que él diga, por favor, interprétenla como si saliera de mis labios. Les dejo con él. Buenas tardes.

—Como ha dicho mi padre, no seré una molestia para nadie; me encantará serles de utilidad. Si les parece, nos veremos después de la cena en esta misma habitación para interrogar a los primeros caballeros. ¿Por quiénes quieren empezar? —preguntó Sebastian.

—Empezaremos por los señores Corston y Ronson, si le parece bien.

—Por supuesto. Hay que hablar con todos.

Sebastian se retiró a su habitación antes de cenar. Estaba agotado y aún le quedaban horas por delante en las que atender a invitados, acudir a los interrogatorios de los sospechosos, y a saber qué

imprevistos podrían surgir. Se quería cambiar de ropa y dar un baño, pero necesitaba hablar primero con Margaret y contarle todo lo que ella no sabía todavía: el riesgo de bancarrota para la familia, los sospechosos que tenían de momento y sus impresiones. No era solo que Margaret debía saber aquello a lo que se enfrentaban, sino que, además, hablar con Margaret le ayudaba a ordenar sus ideas.

—Sabes que apoyaré a mi padre en todo, pero no me gusta nada cómo le ha hablado a George, ya no es un niño pequeño. Tiene un año menos que yo y está a punto de casarse. La crudeza con la que trata la relación entre George y Caroline me parece innecesaria.

—Tu padre es un hombre claro y directo. No creo que lo haga por crueldad. —Margaret se acomodó la almohada detrás de la espalda. Se había echado en la cama para escuchar a su marido, que no paraba de andar de un lado para otro.

—Pero es que me da que él piensa que el matrimonio de George es como el de Charles. Que sí, que están ilusionados, pero que, en el fondo, es un matrimonio por interés, cosa que mi padre opina que es absolutamente conveniente. Siempre dice que el matrimonio con mi madre ha funcionado tan bien porque se casaron sabiendo las obligaciones que asumían y sin idealismos románticos. Enamorarse de tu cónyuge considera que es propio de pobres o de estúpidos y que trae más problemas que otra cosa. —Se paró frente a Margaret y levantó la mano—. ¡Ojo! Que estoy convencido de que se alegró de lo nuestro, pero también porque resultó conveniente. De igual forma que se acabará alegrando de que George y Caroline se quieran, pero solo porque es adecuado para la familia. Y claro, con la actual situación, lo único que le preocupa es que la boda se celebre, teniendo en cuenta las posibles repercusiones económicas.

—¿A Charles también le dijo cosas tan feas cuando se casó con Vivian?

—No hizo falta. Charles podía elegir a la muchacha casadera que quisiera cada vez que entraba en un salón. Mi padre solo le dijo qué tres muchachas de las que habían debutado eran aquellas entre las que él podía elegir. A mi hermano le gustaba más otra joven, pero mi padre no la consideró adecuada. Entre las que mi padre escogió, Vivian fue la que mostró más entusiasmo por ser marquesa que por él. Se dio cuenta de que las otras competidoras intentaban persuadir a Charles de que él les parecía todo un dechado de virtudes y decidió diferenciarse. A Charles le gustó Vivian, le pareció más honesta, ambos sabían por qué se casaban. Él la convertiría en marquesa y le daría hijos para que tuviera una vida ocupada y plena mientras él se

dedicaría a sus asuntos y a sus amantes.

—Me da pena Vivian.

—¿La ves triste?

—No, es solo que me gustaría que tuviera lo mismo que yo, o lo que tendrá Caroline. Así… La imagino como a mi madre —comentó mientras se incorporaba y se dirigía a la silla que estaba junto a la que había ocupado Sebastian—. No creo que mi madre haya sido realmente feliz. Aunque intentaba llevarlo todo con buen humor y una alta dosis de sarcasmo, pienso que hubiera querido que mi padre la quisiera más.

—¿Tú qué opinas? ¿Cancelarías la boda?

—No, en ningún caso. No querría la ruina para la familia de mi futuro marido —dijo Margaret, y cambió de tercio—. ¿Y en cuanto al asesinato? ¿Sospechas de alguien? Tú eres muy observador e intuitivo. ¿Qué opinas?

—Ahora mismo es demasiado pronto. Con el listado de sospechosos que tenemos de momento, me inclino por la teoría de mi tío. Él cree que esta situación de inestabilidad para nuestra familia, sin nuestro asesor fiscal y legal, a quienes favorece es a aquellos que quieran hacer negocios con nosotros. Les resultaría ventajoso. Eso pone el punto de mira especialmente sobre dos de las personas que se vieron junto a las azaleas: Daniel Ronson, el primo de Caroline, secretario personal del señor Work, y a William Corston, propietario de una fábrica de clavos para el ferrocarril, y con inversiones importantes en torno a la expansión de las líneas de tren que a nuestros condados tanto interesan. Pero es solo una posibilidad.

—Si el asesino fuera el señor Ronson significaría que el padre de Caroline podría estar implicado. Me parecería horrible algo así.

—Lo sé, a mí también. Pero es muy pronto de momento. Hay que ir paso a paso. Veremos hacia dónde nos lleva la investigación.

# CAPÍTULO XXI

Después de cenar, continuaron con los interrogatorios.

El que le hicieron a Daniel Ronson fue muy breve, tenía una coartada fácilmente comprobable. Explicó que, efectivamente, había pasado junto al invernadero, confiando en que nadie le viera, ya que el tipo de eventos sociales de etiqueta que se estilaban en Inglaterra le resultaban tremendamente soporíferos. Por la tarde se excusó diciendo que no se encontraba demasiado bien y que se quedaría descansando en su habitación, para que no le reservaran lugar en la mesa.

Cuando pensó que todos estarían preparados para entrar a cenar, aprovechó para escabullirse por la salida al jardín más alejada del comedor y se fue a Tanglewood, al pub. Allí cenó tranquilamente, rodeado de un ambiente distendido y alegre, y se mezcló con los parroquianos, a quienes incluso invitó a una ronda. Regresó sobre las diez de la noche y subió directamente a su habitación. Dio nombres de varios testigos con quienes compartió cervezas, eran miembros respetados de la comunidad, granjeros, agricultores, el barbero, el médico y *mister* Wilkes, el director de la oficina del banco local.

A continuación, llamaron al señor Corston. Entró en la biblioteca con paso tranquilo y seguro. Para ser el hijo de un granjero tenía una elegancia natural que ya querrían para sí muchos de los príncipes de Europa. Iba vestido impecablemente, a pesar de no contar con ayuda de cámara y no haber querido que le prestara sus servicios el que se le ofreció al llegar a Orchard Manor. Se sentó frente a los detectives Dew y Rymer. Sebastian Atworth, que estaba de pie junto a la chimenea en ese momento, se acercó y se sentó junto a él. Supuestamente, lord Atworth estaba allí para asegurarse de que los invitados de su padre fueran tratados exquisitamente durante un interrogatorio que, sencillamente, se realizaba para asegurar que no dejaban ningún cabo

suelto ante ninguna muerte repentina en unas circunstancias como las actuales. Se trataba de que todos los invitados se pudieran sentir tranquilos y seguros. Por supuesto, al señor Corston le pareció todo bien. Empezaron por las preguntas rutinarias y fueron acercándose, paulatinamente, a las preguntas que mayor relevancia tenían para el caso que estaban investigando.

—La señorita Tumblr afirma que usted y lord Frederick Seymour pasaron junto al invernadero poco antes de la cena del día de ayer.

—Sí. Veníamos de visitar un puesto para cazar venados en uno de los bosques del marqués. Lord Seymour y yo nos conocemos desde hace algún tiempo, y cuando ayer llegué a la casa y me lo encontré, me propuso acercarnos hoy. Sabía que los mozos habían estado frotando una mezcla de miel y frutas por la corteza de los árboles de una de las zonas en las que suelen comer y dijo que fuéramos, que podríamos ver desde qué posición tendríamos una mejor visión para la caza. Como yo no suelo practicar mucho este deporte y las veces que he coincidido con lord Frederick siempre ha sido amable conmigo, me pareció una magnífica forma de pasar la tarde. Confieso que, además, me viene muy bien tener a un miembro de la familia Atworth de mi parte para que influya en su primo, el marqués, a mi favor en los negocios que preveo tratar con él en estos días.

—¿Se acercó a la sala de billar o a sus alrededores antes de ir a cenar?

—No, fui directo a mi habitación para cambiarme rápidamente y asistir a la cena y al baile.

—¿Y lord Seymour? —preguntó el inspector Dew, provocando que Sebastian girara la cabeza hacia él con renovado interés—. ¿También fue directo a su habitación?

—Supongo. Al entrar nos encontramos con su abuelo, acompañado por su enfermera; yo me excusé y me fui. Imagino que en cuanto él terminara de hablar con ellos iría también a cambiarse. De hecho, llegamos prácticamente al mismo tiempo al comedor, justo para no interrumpir el horario establecido.

—De forma que, en realidad, ni usted puede asegurar qué hizo él, ni él qué hizo usted. Ninguno de ustedes puede afirmar que el otro se dirigió hacia arriba.

—Bueno, a mí me tuvieron que ver tanto él como su abuelo, el conde, y la enfermera tomar la escalera hacia las habitaciones, ya que subí por la principal.

—Eso no significa que no pudiera bajar por el otro lado del pasillo

del primer piso y llegar de nuevo a la planta baja si hubiera querido —dijo Sebastian—. ¿Le vio alguien entrar en su habitación? ¿Algún miembro del servicio?

—Me temo que no.

—Eso es todo, gracias, *mister* Corston —dijo el detective Rymer.

Al salir el señor Corston, Sebastian tiró del cordón para que acudiera un lacayo solícito a la biblioteca.

—Por favor, John, que nos sirvan té y algún refrigerio. Gracias. —Los agentes de policía miraron a Sebastian agradecidos. Interrogar era una tarea agotadora.

Hicieron pasar al vizconde de Sherston, quien a pesar de decir que tenía una coartada no quería decir cuál era. Insistía en que era irrelevante y exigía que se confiara en su palabra. Tras dar muchos rodeos y marear mucho la perdiz acabó confesando que tenía una coartada delicada y que prefería no contarla, pero que vistas las circunstancias la diría, pero solo si prometían solemnemente que le guardarían el secreto. Tanto los detectives como Sebastian le dieron su palabra de honor.

Finalmente, les contó dónde estuvo antes de la cena, desde que se fue del salón de baile hasta que entró en el comedor del desayuno esa misma mañana. En los aposentos de lady Vivian Atworth, vizcondesa de Pewsey y futura marquesa de Avon. Sí le vieron pasar junto al invernadero, poco después de que la vizcondesa lo hiciera, porque ambos habían estado juntos detrás del Templo de Deméter y habían vuelto separados, apurando los minutos para llegar puntualmente a la cena, pero sin renunciar a los pocos momentos en que podían estar juntos. Él siempre había estado enamorado de Vivian, pero no podía competir con el heredero del marquesado de Avon. El día en que Charles Atworth se fijó en Vivian Pewsey supo que jamás sería su esposa. Por suerte, que una persona se casara con otra no tenía nada que ver con el amor. Su adoración por ella nunca había menguado y se habían comunicado y visto a lo largo de los años siempre que habían encontrado ocasión. A veces pasaban largos meses sin poderse ver. Esta boda era una ocasión magnífica para estar juntos durante una semana. Por eso había sido uno de los invitados en llegar primero a la mansión.

# CAPÍTULO XXII

*Wiltshire, sábado 15 de abril de 1843*

Sebastian no podía quitarse de la cabeza lo que había descubierto sobre su hermana política. Ni siquiera se atrevió a juzgarla. Su hermano tenía una amante, una que llegaría probablemente el día de la boda, junto con su marido, quien hacía creer a todos que no tenía ni idea de lo que sucedía entre su esposa y uno de sus mejores amigos. Todos simularían un enorme desconocimiento sobre la situación en presencia de los implicados y la despellejarían viva en pequeños corrillos. Había prometido no contar nada. ¿Lo sabría Charles? ¿Le importaría? ¿A quién se debía más, a su hermano o a una promesa hecha a James Sherston? Sebastian había dormido poco otra vez, demasiadas cosas en la cabeza. Necesitaba hacer algo que ayudara a aportar luz. Este era un caso que se tenía que resolver cuanto antes, así que se puso a pensar en qué más podría hacer él antes de seguir con los interrogatorios después del desayuno. Lo primero que decidió fue que no bajaría a desayunar con los invitados, eso le obligaría a atender a los huéspedes de sus padres y le consumiría un tiempo que ahora mismo le parecía precioso. Avisó para que le trajeran el desayuno a la habitación, así mientras desayunaba podría dedicarse a poner sobre papel sus ideas y decidir acciones. Llamó a su ayuda de cámara para que le asistiera. Cuando estaba casi listo llamaron a la puerta. Traían el desayuno. Era la señora Marshall quien traía la bandeja en lugar de uno de los lacayos. Sebastian dio permiso al ayuda de cámara para irse y se acercó a la mesa para desayunar. La señora Marshall, junto con un abundante y completo desayuno tradicional, había traído no una, sino dos tazas para té. Sebastian sonrió. La señora Marshall era muy inteligente. Si Sebastian la

invitaba a sentarse con él y tomar té ya estaría todo solucionado; si no, siempre podría decir que había sido un error, que así estaban preparadas hoy las bandejas.

Sebastian le pidió al ama de llaves que se sentara con él. Hablar con ella sería mucho mejor que anotar y analizar sus pensamientos en solitario.

—Sebastian, ¿pero realmente cree que un miembro de la familia podría ser culpable de la muerte del señor Dennis? —preguntó la señora Marshall untando con mantequilla una de las tostadas para Sebastian y acercándosela. Se sentía como si volviera a ser un niño, aquel al que ella le daba una segunda merienda en la cocina, casi en secreto, él se refugiaba allí para que le ayudaran a limpiar las rodillas de sus pantalones manchados en los jardines, para que su madre no le regañara por haberse ensuciado tanto.

—No. No lo sé. Ahora mismo me falta información. Pero siento que he de buscar más. Me choca que nadie del servicio viera nada, que nadie más tenga algún detalle que contar. Es evidente que hemos dejado algún cabo suelto —dijo mordiendo una de las deliciosas salchichas que frau Gruber especiaba y cocía al estilo alemán. Esas salchichas eran insuperables.

—¿Y qué harás?

Sebastian terminó de masticar antes de responder. Se limpió ligeramente los labios con la servilleta, dio un trago de té para ayudar a colocar sus pensamientos en orden y contestó.

—Hablaré con las personas que, aunque aparentemente no tengan mucho que ver, creo que me darán información, tanto de dentro como de fuera de la mansión.

—¿Fuera? ¿Es que pudo ser alguno de los proveedores que vino a la casa?

—Lo dudo. A mi juicio, para asesinar a alguien de forma premeditada ha de haber un motivo, y supongo que si encontramos el motivo será más fácil encontrar al culpable. Voy a enviar una nota al despacho del señor Dennis esta mañana. Me gustaría saber si alguno de los sospechosos podría tener algún motivo que se nos escapa.

—¿Vas a hacer algo más?

—Sí, hay alguien a quien quiero hacer unas preguntas, así que intentaré hacérselas en cuanto pueda. Voy a escribir primero la nota para Roran Hardy, el ayudante de *mister* Dennis, para asegurarme de que se mande con el próximo correo. Quiero que esta tarde la reciba. Muchas gracias por acompañarme esta mañana, señora Marshall.

Siempre me ayuda —dijo Sebastian mientras se levantaba de la mesa —. Sé que tiene mucho trabajo también. No quiero distraerla con algo que estoy convencido de que la policía aclarará en breve.

—Me alegra ser de ayuda, maestre Sebastian —respondió la señora Marshall mientras se incorporaba y se acercaba hacia la puerta, usando la fórmula de cuando era un niño, lo cual le provocó una sonrisa.

Sebastian terminó su nota y se la entregó a uno de los lacayos para que la enviaran. Se acercó a la guardería antes de reunirse con los agentes Dew y Rymer en la biblioteca privada. Deseaba ver a sus sobrinos y, además, quería hacer algunas preguntas a la niñera.

—¡Tíiiiioooo! —chilló corriendo con los brazos abiertos el pequeño Charles en cuanto le vio, avanzando por la sala.

Sebastian inmediatamente se agachó y le cogió en brazos. Adoraba a ese pequeño. Mientras jugaba con él como si fuera una gran águila volando, subiéndole arriba y abajo con sus brazos para que el niño se divirtiera, miró en derredor. En la guardería, en ese momento, estaban Lizzie, la niñera de sus sobrinos, una de las criadas de la casa, reconvertida durante esos días en ayudante de Lizzie para echar una mano con un par de niños que habían llegado junto con sus padres, pero sin cuidadora y también estaban los hijos de un primo de su padre, de la rama irlandesa de la familia. Una niña pelirroja de unos diez u once años de edad, dibujando en la mesa, y su hermano, un niño delgado de como mucho seis años, junto a su niñera.

—Buenos días, Lizzie.

—Buenos días, milord.

—El lunes por la noche, cuando mi esposa y yo vinimos aquí, ¿hacía mucho que había llegado lady Vivian?

—No, llegó justo antes que ustedes.

—¿Notó algo diferente en ella? ¿Dijo alguna cosa al llegar?

—No, no recuerdo nada. Trajo esas flores —dijo señalando hacia el jarrón de la estantería—. Llegaron usted y lady Margaret y fue todo como siempre. ¿Ocurre algo?

—No, Lizzie, nada. Muchas gracias. Es solo que para garantizar el bienestar y seguridad de todos en Orchard Manor, estamos revisando todo lo que sucedió el pasado lunes, indignado en las ubicaciones de diversas personas durante ese día y esa hora. Todo forma parte del protocolo ordinario de la policía. Solo nos aseguramos de que todo

está en orden. No se preocupe —dijo con una tímida sonrisa hacia la nana de los niños.

En ese momento entró Eleanor, la hermana pequeña de Sebastian. Venía a buscar a lady Siobhan para que fuera con ella a desayunar y al salón matinal.

—¡Hola, desaparecido! —dijo Eleanor a su hermano.

—¡Hola, bebé! —respondió Sebastian con una sonrisa—. Me alegra notar que me has echado en falta. ¿Cómo estás pasando estos días?

—Muy bien, ejerciendo de anfitriona para nuestra prima. —Señaló a Siobhan que se acababa de unir a ellos y a su conversación—. No nos cuentan nada de lo que está sucediendo. ¿Nos lo explicas tú?

—No hay nada que explicar, de momento. Anda, venid conmigo a desayunar y os respondo a todo lo que pueda.

—¿Lo que puedas significa que hay información que sabes que no nos dirás? —preguntó de nuevo Eleanor, con Siobhan dando un paso hacia delante para enterarse mejor de lo que Sebastian respondería en ese momento.

—Puede ser. No sé qué me vais a preguntar todavía. Venid conmigo. Os invitaré a pasteles en una habitación especial. Nos esconderemos los tres durante media hora en el apartamento de mamá. A estas horas no hay nadie allí.

Uno de los lacayos trajo bandejas con deliciosos coquitos, tartaletas de ruibarbo y platillos de manjar blanco espolvoreado con canela, así como unos vasitos, una pequeña jarra de vino y otra de agua.

Sebastian empezó a servir vino, lo rebajó con agua para las niñas. Hizo lo mismo para él, quería disfrutar de la energía que el vino le daría, pero sabía que si bebía demasiado se amodorraría. La clave estaba en gestionar bien la cantidad que se ingería. La misma dosis que servía a su hermana era la que a él le venía fenomenal para estimularse y ponerse en marcha. Las jovencitas estaban entusiasmadas, ya que podían disfrutar de dulces entre horas.

—Mi madre estaría totalmente en contra de esto. Se quejaría de que después no comiera. ¡Estas vacaciones están siendo fantásticas! —dijo Siobhan cogiendo uno de los coquitos que habían servido en su plato con una enorme sonrisa en la cara.

—Bueno, Seb, empieza a largar —interpeló Eleanor a su hermano.

—¿Qué modales son esos, lady Eleanor? Me parece que su madre se llevaría las manos a la cabeza y le caería a usted un castigo si la oyera hablar así —respondió Sebastian mientras la niña le sacaba la lengua y

hacía muecas que provocaron que los tres acabaran riendo.

—No, en serio. ¿Qué es lo que no nos están contando?

—No os están contando nada porque no hay mucho más que contar de lo que ya sabéis. *Mister* Dennis murió comiendo ostras. Al tener la casa llena de invitados, papá y mamá quieren que todo el mundo esté muy tranquilo y dar buena imagen ante la familia de Caroline, por eso pidieron a la policía que viniera a investigar. Ahora mismo estamos comprobando en qué lugar estuvo todo el mundo justo antes de la hora de la cena. —Levantó una ceja y se dirigió muy serio a las dos niñas que no paraban de engullir pasteles como si no hubiera un mañana—. ¿Dónde estabais vosotras a esas horas del lunes? ¿Eh?

Eleanor, suspirando, como si le pareciera todo el asunto un incordio, dijo que ambas estuvieron en la habitación de dibujo y que de allí fueron a sus habitaciones a cambiarse para la cena en el comedor pequeño, junto con los demás niños.

—Sí, bueno, yo regresé un momento a la habitación de dibujo. Me había dejado allí una bolsa de confites. Por favor…, no se lo digas a mi madre, no me deja comer entre horas y me había prohibido sacar la bolsa de la habitación —dijo lady Siobhan bajando un poco la voz mientras cogía otro coquito de la bandeja y lo deslizaba en su platillo.

—¿Cuándo regresaste?

—No sé. Un rato antes de la cena. Como mucho media hora antes.

—Si fuiste a la sala de dibujo tuviste que ver el pasillo que lleva a la sala de billar, es el pasillo justo enfrente del salón de dibujo ¿Viste a alguien por casualidad?

—Sí. Vi a un hombre andando por ese pasillo. Salió de una de las habitaciones de allí y fue andando hacia el final del pasillo.

Sebastian se puso rígido. Ese dato podía ser absolutamente relevante.

—¿Recuerdas cómo era el hombre? ¿Qué ropa llevaba? ¿Era alto, bajo? ¿De qué color tenía el pelo?

—Era un criado. Era normal. Su pelo era…, era castaño.

—Un criado. ¿Estás segura? ¿Le habías visto antes?

—Le vi de espaldas, pero era un criado. Llevaba incluso una bandeja vacía en la mano.

—¿Y su cabello era liso o rizado?

—No sé, era como el tuyo, pero corto y un poco más oscuro.

—¿Castaño y ondulado?

—¡Eso es! —exclamó Siobhan contenta de acertar la respuesta—. Era castaño con el pelo un poco ondulado.

—¿Y su altura? ¿Como yo? ¿Más alto quizás?

—No sé, me pareció normal. Como tú.

—Muchas gracias, milady. Has ayudado mucho.

# CAPÍTULO XXIII

Tras el dulce refrigerio, Sebastian se ofreció a acompañar a las niñas. Sabía que su esposa estaría en el salón de la mañana ayudando a su madre en las tareas de anfitriona. Así era. Aprovechó para saludarla y le prometió pasar un rato con ella por la tarde.

En la sala se habían reunido un nutrido grupo de señoras para disfrutar de la novedad del día. Acababa de llegar uno de los regalos de George para Caroline: un precioso cachorro de *collie* de pelo largo recién llegado de tierras escocesas. Era una preciosidad. Eleanor y Siobhan se emocionaron muchísimo al verlo y fueron corriendo a pedirle permiso a Caroline para acariciarlo. George estaba de pie, un poco apartado, disfrutando de la escena. Caroline estaba exultante con el perrito en brazos. Sebastian se acercó a su hermano.

—Les has dado azúcar a las niñas —dijo George, viendo cómo no paraban de saltar arriba y abajo—. Nuestra madre te va a matar.

—No han dejado ni las migas. Debería llevármelas a montar a caballo o a hacer algo que las agote, pero no puedo. Le pediré a Vivian que me acompañe. Empezaremos el interrogatorio por ella.

—Sí, y sé que en media hora debe ir Caroline. Voy a decirle que paseemos al perro antes de acompañarla a la biblioteca. Creo que les diré a las niñas que vengan con nosotros.

—Bien. Voy a decirle a Vivian que es la hora de ir a la biblioteca.

—Espera un momento. ¿Se ha averiguado algo ya?

—De momento no mucho —respondió Sebastian.

Vivian y Sebastian fueron juntos hasta el improvisado despacho de los agentes de la ley, en Orchard Manor. En la puerta estaba lord

Seymour.

—Buenos días, Frederick —saludó Vivian amablemente.

—Hola —añadió Sebastian.

—Buenos días. Ayer por la noche mi abuelo me contó todo lo tratado en la reunión familiar. Lamento mucho no haber podido asistir. Me han impactado las últimas revelaciones. Por supuesto no le contaré nada a nadie —dijo el baronet con rostro compungido—. El abuelo ha pensado que podría ser de utilidad que colabore en los interrogatorios, quiero ser un apoyo para la familia. Contad conmigo para todo lo que necesitéis.

—Gracias, Frederick. Estamos en una situación delicada. No sé si a los agentes de la policía les parecerá oportuno que también estés tú en los interrogatorios. A duras penas han consentido con que esté yo presente. Y de hecho, tú eres uno de los posibles sospechosos, hasta este momento.

—Bueno, lo somos todos los que por un motivo u otro estuvimos cerca del invernadero entre una hora antes de la cena y el momento en que tú encontraste el arma. Los sospechosos de hoy se van a interrogar por pura formalidad policial y lo sabes. Somos familiares y la prometida de George, la protagonista de la celebración. No tiene sentido. Quizás podríamos decirle al inspector Dew que voy a ser tu mano derecha. Eso le gustaría a mi abuelo —finalizó con casi un hilo de voz.

Se abrió la puerta. El detective Rymer les invitó a pasar.

—Lord Seymour, es un poco temprano para usted. Le esperamos dentro de una hora.

—Como miembro de la familia quería ayudar en todo lo posible. Soy la mano derecha del vizconde en estos asuntos —dijo suplicando ayuda con la mirada a Sebastian.

Antes de que Sebastian pudiera responder, intervino el inspector Dew.

—Lo lamento mucho pero no, no puede ser. Ya hemos hecho una excepción con lord Atworth en contra de nuestro sistema de trabajo. No podemos, lo siento mucho caballero —respondió en tono cortante e indicó con un gesto a su subordinado que cerrara la puerta.

—Lo siento, lord Atworth —dijo dirigiéndose al vizconde y tomó asiento frente a la abundancia de papeles dispersos frente a él.

—Ah, no. No se preocupe. Es cosa de su abuelo. Probablemente, él se sienta aliviado. Se quedó huérfano muy temprano y siempre ha

vivido con
su abuelo a quien adora y teme por igual. Seguramente esté encantado de poder irse ahora a alguna de las actividades sociales planeadas por mis padres.

—Mejor. Lady Pewsey, por favor, siéntese en la butaca. Vamos a charlar un poco sobre la noche de autos.

—¿No les parece poco discreto que mi cuñado esté presente?

—Es para asegurar la confianza y el bienestar de la familia e invitados del marqués. Si usted lo desea estoy convencido de que lord Atworth se irá, pero debe saber primero que el vizconde de Sherston ya fue interrogado ayer por la noche y nos dijo dónde y con quién estuvo. Digamos que solo queremos corroborar ciertos detalles, milady.

A Vivian se le cayó el mundo encima. Empalideció. Miró hacia Sebastian sin atreverse a fijar su mirada. ¿Qué sucedería? ¿Lo sabría Charles? ¿Se lo habrían contado al resto de la familia? ¿Tendría sentido negar lo que ya sabían los presentes?

—Está bien. Estoy convencida de que todo lo que les contó lord Sherston se corresponde con lo que yo les contaré. Adelante, empiecen a hacer preguntas.

# CAPÍTULO XXIV

Sebastian acompañó a su cuñada de nuevo a sus habitaciones. Aprovechó el trayecto para tranquilizarla y le aseguró que no le contaría nada a su hermano, formaba parte del secreto de la investigación.

Sebastian habría querido preguntarle que por qué no hablaba con Charles, pero no se atrevió. En cuanto Vivian se quedó en el salón, él regresó a la biblioteca en la que estaban los inspectores.

Mientras retornaba por los pasillos, estaba pensando en lo que le había contado la joven Siobhan. Se lo tendría que explicar a Dew y a Rymer. Necesitaban revisar cuántos criados de estatura media y de pelo castaño y ondulado estuvieron en la casa el lunes.

De vuelta en la biblioteca, entrevistaron rápidamente a Caroline y a Frederick. Caroline no tenía coartada, había estado sola unos momentos antes de ir a la cena. Estaba nerviosa y salió al jardín para calmarse antes de que empezara el torbellino de eventos, festividades y emociones que se iban a precipitar a partir de esa noche. Frederick anunció su regreso junto a William Corston después de inspeccionar los parapetos en el bosque. Habían cubierto algunos árboles con melaza y fruta para preparar la caza del día siguiente. Al llegar saludó a su abuelo y a su enfermera y después subió a su habitación en donde le estaba esperando su ayuda de cámara. Se cambió y bajó para reunirse con el resto de invitados para disfrutar de una magnífica cena, como todos.

—Frederick, ¿de qué color tiene el cabello tu ayuda de cámara?

—Moreno. ¿Por qué?

—Tenemos razones para pensar que un sirviente de cabello castaño y ondulado podría estar implicado.

—El criado de *mister* Dennis, ¿no tiene el cabello castaño y ondulado?

—Sí, lo tiene.

Probablemente, hablar de nuevo con Thomas, el criado personal del difunto notario, podría ser interesante, pero lo dejaría para otro momento, ya que el partido de críquet empezaría a mediodía y quedaba poco.

Sebastian deseaba tomar un ligero tentempié antes de empezar el partido, pero también necesitaba cambiarse de ropa. El proceso de dirigirse a su habitación y recibir la ayuda de su asistente de cámara para vestirse antes del juego, se le antojaba excesivamente largo. Así que decidió pasarse por la cocina. No era lo más adecuado, ponía nerviosos a los sirvientes, pero al mismo tiempo podría dar unas palabras de ánimo a frau Gruber, quien seguramente estaría trabajando estos días como si fueran siete mujeres en una sola. Además, tenía hambre. No tendría opción de escapar del partido, ya se había ausentado de la cacería. Ahora tendría que participar.

Frau Gruber, como él imaginaba, estuvo encantada. Mientras las jóvenes sirvientes se dedicaban a cuchichear y soltar risitas entre ellas, la cocinera disfrutó mucho de oír las alabanzas de lord Atworth acerca de sus platos y de cómo estaban mostrando que esta era una casa de primera. Cogió de la bandeja un pastelillo de riñones recién hecho y se lo dio al vizconde con gran alegría. Sebastian le dio las gracias efusivamente y se llevó el preciado bocado envuelto en una servilleta. En cuanto llegó a su habitación se puso a comer. En pocos bocados había terminado esa masa deliciosa rellena de carne de ternera, cebolla y pedacitos de riñón de cordero, con la maravillosa salsa de Worcester espesada con harina. Le supo a poco; se hubiera comido cuatro pasteles como ese.

Llamó a su ayuda de cámara. Apareció en menos de dos minutos. Le estaba ya esperando.

—¿Te has cortado el pelo hace poco? —preguntó Sebastian mientras su ayuda le quitaba la chaqueta.

—Sí, ayer por la tarde.

—El lunes cuando bajé a cenar, ¿qué hiciste?

—Bajé a la cocina para cenar, como siempre. Después me cambié de ropa y fui al pub con el ayuda de cámara de lord Seymour y el ayuda de cámara del señor Work y el del señor Ronson. Por cierto, el señor Ronson estaba también en el pub, milord —respondió el sirviente ayudando a colocar bien los hombros de la camisa.

—Gracias. Espero que disfrutaras de la velada.

—Mucho. Fue una noche muy agradable. Gracias, señor.

Sebastian intentó disfrutar del partido, pero su cabeza no paraba de dar vueltas. Que Siobhan dijera que era un sirviente solo significaba que era alguien vestido de sirviente. Repasaba mentalmente todos los hombres que eran castaños con pelo ondulado. Demasiados. Thomas, el criado del notario. Su propio ayuda de cámara. El vizconde de Sherston, William Corston, su tío tercero, algunos de los mozos... Pero ellos vivían fuera de la mansión, a esas horas estarían en sus casas. También algunos de los lacayos, pero según mister Thompson y la señora Marshall, estaban ya en sus posiciones en el comedor, ya que los encargados de subir y bajar las bandejas eran Jimmy y Matthew, ayudados por el equipo de la cocina, todo mujeres. Sin embargo, Jimmy era rubio y Matthew era moreno, de cabello lacio. Iba mirando a cada uno de los invitados. ¿Y si alguno que no hubiera sido visto por nadie fuera el culpable? Al mismo tiempo jugar, atender a los demás, y estar ocupado le estaba permitiendo relajarse un poco y sentir que sí estaba participando de las fiestas por el casorio de su hermano. Los descansos para el almuerzo y el té, charlando con invitados, compartiendo momentos con Margaret y analizando el juego, se le hicieron un poco cuesta arriba. Cuando conversaba con alguien, lograba desconectar un poco. Pero en cuanto tenía unos segundos de paz, su mente regresaba al problema actual. Necesitaba más información. Confiaba en tener noticias de *mister* Hardy esa misma tarde o mañana a primera hora.

# CAPÍTULO XXV

Esa tarde habían llegado algunos invitados más, entre ellos lord y lady Davenport, junto con sus tres hijas mayores, todas casaderas. De hecho, la hija mayor de los Davenport, Molly, había sido, si no cortejada, sí la más solicitada en bailes y veladas por el capitán Atworth en todas las ocasiones en que habían coincidido. No eran pocos quienes pensaban que George iba a proponerle matrimonio, hasta que apareció en escena la señorita Work y cambió lo que a todas luces parecía que debía ser el curso normal de los acontecimientos.

—Mira, ¡qué bonita está la mayor de los Davenport! Desde luego ha venido decidida a que nadie sienta lástima por ella —susurró lady Rymple.

Estaba reunida tomando té en una de las mesas de la galería, junto a Vivian, Margaret y la condesa viuda de Lyme mientras la mayoría estaban disfrutando del partido de críquet. Eran partidos tan largos que las damas no aguantaban a la intemperie durante tantas horas. Se sentía en confianza y, además, no había nada que le gustara más a lady Rymple que un buen cotilleo.

—Nadie tendría motivos para sentir lástima por ella, ya que nada desgraciado ni vergonzoso le ha ocurrido —respondió Margaret—. Sé por dónde va y no tiene ninguna razón para ir por ese camino, y lo sabe.

—¡Oh, vamos! Todos fuimos testigos de las atenciones que el capitán Atworth le deparaba. Siempre dentro del decoro, es cierto, pero bailó tres veces con ella en la fiesta de los Grantham.

—Lady Rymple, en casa de los Grantham escaseaban los caballeros con quien bailar —intervino Vivian.

—Eso no es excusa —dijo la condesa viuda—. Sabía que bailar tanto con ella era casi como comprometerla. En el momento en el que él hizo eso ningún otro joven se acercó a la muchacha, se dio por sentado que habría una declaración. Eso lo sabe todo el mundo.

—Es más, estoy convencida de que la hubiera habido. Si no llegan a aparecer los Work en Londres una semana más tarde, estaríamos ahora asistiendo a una boda muy diferente —añadió lady Rymple—. De hecho, y no quiero resultar ofensiva con vuestra futura cuñada —continuó bajando un poco la cabeza, levantando la ceja y mirando a una y otra de las señoras Atworth—, pero desde luego la señorita Davenport es mucho más elegante en cuanto a presencia y modales que la señorita Work.

—¡Uy, sí! Esa espontaneidad americana… Digamos que no siempre es adecuada —comentó la condesa viuda mientras se alisaba la falda.

—Es una pena que la situación actual haya obligado al pobre George a tener que casarse con esta chica —añadió imprudentemente lady Rymple.

—¿A qué se refiere, lady Rymple? —preguntó molesta Vivian—. No hay ninguna situación que haya obligado a nadie a nada. George y Caroline se aman.

—Si tú lo dices… —respondió la condesa.

# CAPÍTULO XXVI

Cuando llegaron los sobrinos del señor Dennis, estaban esperándoles los marqueses de Avon y su nuera Vivian. Les dieron el pésame y les explicaron las medidas que ya se habían tomado, antes de que ellos llegaran. Como habían podido ver, en la entrada principal de la casa lucía un crespón negro y una cesta de flores en el suelo para que al llegar todos supieran que, a pesar de estar en medio de las celebraciones de una boda, estaban tristes y dolientes por la muerte de un amigo tan querido.

—El viernes vino el embalsamador —dijo la marquesa inclinando la cabeza hacia un lado y esbozando un amago de sonrisa al mirar al rostro de ambos—. Cuando se hayan instalado —continuó velozmente, encadenando casi una palabra sobre la otra, con ganas de decir todo lo que tenía que explicarles lo más rápido posible— si lo desean, les llevaré a la salita en la que su tío está descansando rodeado de flores y siempre acompañado. Me he permitido contratar a un par de plañideras y a un señor mudo para que le hagan compañía las veinticuatro horas y nunca esté solo. Y por si fuera su deseo, tenemos como invitado al prestigioso lord Fox Talbot, gran amigo de la familia, que podría tomarles un calotipo junto a él como recuerdo, así lo ha ofrecido. La procesión y funeral en la iglesia de Tanglewood está prevista para esta noche a las siete y media, después de cenar. Estábamos esperando a que ustedes llegaran para que se pudiera oficiar el servicio. El entierro, si están de acuerdo, se hará inmediatamente después.

—Muchas gracias por ocuparse de todo, lady Avon. Nosotros no lo habríamos hecho mejor —dijo Michael Dennis bajando la mirada e inclinando la cabeza en señal de respeto y agradecimiento. Su hermana hizo una pequeña reverencia, asintiendo.

*Mister* Thompson ordenó a Baker, el lacayo, que les acompañara a sus habitaciones, estarían cansados y necesitarían tomarse un tiempo para reponerse de tantas emociones; debían prepararse para los acontecimientos que les venían hoy.

Curiosamente, la sobrina del notario, Amelia, bajó a los pocos minutos de su habitación para unirse al público del partido.

Amelia era alta para ser mujer, ancha de huesos; destacaba en cualquier lugar en el que estuviera. No tenía sobrepeso, pero se la veía grande y tenía una abundante cabellera rizada rubia y rojiza que si la llevaba suelta o a medio recoger acaparaba las miradas allá donde fuera. Era imposible no verla. Se había puesto un vestido azul sencillo, con varios lazos negros en sus mangas, en señal de duelo por la muerte de su tío. Su cabello estaba recogido formando una diadema con su propia melena, trenzada con cintas en negro y blanco, la parte de atrás estaba suelta. No era bonita según los cánones, pero era tremendamente llamativa.

Se acercó a las sillas y mesas en las que estaba sentado el público. Vivian la vio y se acercó para presentársela a algunos de los presentes y sugerirle que tomara un bocado, pero antes de llegar hasta ella, un caballero alto, vestido íntegramente de blanco, se adelantó y saludó a la joven dama. Era el señor Corston, el industrial. le besó una mano, se inclinó y le dio el pésame.

Sebastian, que había observado la escena desde el campo, se aproximó también. Que William Corston conociera, como era evidente, a la sobrina del difunto y que hubiera abandonado la zona de juego para ir a saludarla con premura, en lugar de esperar a uno de los descansos, daba mucha información: para empezar, que no eran simples conocidos. Tendría que averiguar qué clase de relación tenían y desde cuándo.

No tuvo que esperar mucho para saberlo. Esa noche, tras la cena, la procesión fúnebre y una agotadora jornada, no se hablaba de otro tema: el señor William Corston y la señorita Amelia Dennis estaban comprometidos. Por lo visto llevaban tiempo comprometidos en secreto, pero el tío y tutor de la joven no lo aprobaba. Creía que el hijo de un agricultor no era un partido deseable para su sobrina, por mucho dinero que tuviera. Amelia podía aspirar a algo mejor, a alguien con un apellido con más solera. Las relaciones del notario con tantísimos nobles tendrían que valerle para conseguir un matrimonio ventajoso para la hija de su difunto hermano. Así que se interpuso en la relación e intentó en varias ocasiones obligar a su sobrina a que aceptara la mano de un vicario con enormes posibilidades de ser nombrado obispo en breve por sus lazos con el arzobispo de Canterbury, de quien era sobrino carnal. Pero ahora, una vez muerto,

no tenía sentido para los enamorados seguir ocultando su relación. Se casarían dentro de seis meses, un tiempo prudencial de luto por el tío de la joven, y ella se mudaría a Brístol. El hermano de la joven, presente también en la casa, había dicho que no sería él quien pusiera impedimentos a su unión. Amelia bailaba radiante con su futuro esposo en el centro del salón. Resultaba obvio que la muerte de su tío no había sido un evento tan triste como cabría suponer.

# CAPÍTULO XXVII

*Wiltshire, domingo 16 de abril de 1843*

Desde que llegara Michael Dennis a Orchard Manor, Thomas, el criado de su tío había pasado a cumplir funciones como su ayuda de cámara. El joven *mister* Dennis le había asegurado que ni él ni nadie de la casa de su tío se tenían que preocupar por sus puestos de trabajo. Todos seguirían con las labores que realizaban para el finado. Él se mudaría a la casa en breve y les necesitaría. Su tío no es que hubiera contado con mucho servicio, más bien con poco. Él tenía pensado contratar a algún sirviente más para que la casa luciera como realmente se esperaba de alguien con su fortuna.

Esa mañana quería llegar temprano a la habitación de su empleador; no estaba seguro de haber pulido adecuadamente las botas de montar y sabía que iban a cabalgar siguiendo el antiguo camino romano. También disfrutarían de un pícnic junto a las ovejas. Ver a todos los corderitos de este año junto a sus madres, correteando entre la hierba, sería un espectáculo maravilloso para las damas. Bueno, para él también lo sería. Siendo un chico de ciudad no tenía muchas oportunidades de ver algo así.

Cuando estuvo ante el dormitorio, escuchó voces dentro de la habitación. *Mister* Dennis no estaba solo. ¿Con quién estaría? Se acercó y puso la oreja pegada a la puerta.

—Aceptar el compromiso de Corston con Amelia era la mejor forma de mantener a raya el peligro. —Oyó decir a Michael.

—¿No te preocupa tu hermana? —preguntó una voz masculina.

—Ella estará bien. Yo cuidaré de ella.

—Has hecho lo mejor. Así matamos dos pájaros de un tiro.

Thomas se dio cuenta de que estaban hablando sobre el próximo enlace de la señorita Amelia. Por lo que parecía, al señor Dennis no le gustaba *mister* Corston, le parecía que era alguien peligroso. Llamó a la puerta para anunciar su llegada. La respuesta tardó unos segundos en llegar.

—¡Adelante!

Al entrar, quien quisiera que fuera el acompañante de su señor, estaba sentado en un sillón girado hacia la ventana, dispuesto así para disfrutar de las vistas. No pudo ver quien era.

—Venía a por sus botas para pulirlas mejor. —Cogió las botas y se fue para abajo.

Thomas se había quedado preocupado. Nada de lo que había oído iba con él, pero sentía una opresión en la barriga, un malestar, nervios. No le gustaban los escándalos y por lo que había oído era probable que el prometido de la señorita Amelia no fuera agua clara. ¿Y si acababa teniendo la familia un gran escándalo en el que él se veía envuelto y luego le costaba mucho conseguir otro trabajo? Con su antiguo señor nunca había sucedido nada similar. No sabía si quedarse al servicio de Michael Dennis era adecuado para su carrera o no.

Con estos pensamientos entró en la recámara que estaba junto a la zona de la panadería y confitería. Allí estaba Baker, el primer lacayo de los Atworth. Thomas dejó las botas sobre un banco y se fue a por los cepillos que estaban colgados de la pared. Baker, que estaba cogiendo un tarro de abrillantador de metales, le alcanzó a Thomas un bote de grasa y se lo dio.

—Gracias —dijo Thomas.

—Para eso estamos —respondió Baker—. Ahora que ha llegado tu jefe estarás más tranquilo, ¿no?

—No sé qué decir, la verdad.

—Hummm, eso suena a que hay algo que necesitas soltar. Anda, vente a la cocina a tomar una taza de té y alguna chuchería y me lo cuentas.

—Pero es que he de dejar las botas a punto para cuando termine la misa. Sé que hay planeado un paseo a caballo y un pícnic.

—No te preocupes, tienes tiempo de sobra. Cuando salen de misa siempre se entretienen un rato hablando con el vicario y le invitan a tomar un tentempié. Créeme, antes de las once de la mañana no va a montar nadie a ningún caballo. Anda, vente.

Los dos criados fueron a la cocina. En ese momento solo estaba allí

Sophie, afanada en rellenar sándwiches con una generosa capa de salsa de menta y un par de finas tajadas de cordero asado.

—Buenos días, Sophie —comentaron casi al unísono los dos jóvenes.

—Hemos venido para tomar una taza de té y algo de picar —explicó Baker acercándose a una de las fuentes llenas de pastelillos de manzana y almendra que estaban sobre la mesa principal de la cocina.

—¡Ni se te ocurra tocar esas bandejas! —exclamó Sophie sin devolver el saludo cuando vio que Baker se disponía a coger una de las tartaletas allí dispuestas. Thomas se quedó quieto y callado.

—Pero si hay muchas, no se notará que faltan un par. Venga, Sophie, sé buena con nosotros —pidió Baker poniendo ojillos de cordero degollado para que la muchacha cediera y les dejara tomar un par de esos manjares.

—Mi madre las tiene contadas para asegurarse de que cada invitado tendrá como mínimo una. Si queréis tomar algo con el té, id, por favor, a la confitería y coged galletas de jengibre o coquitos; de esos podéis coger tranquilamente, hemos hecho muchísimos. Pero, por favor, no cojáis ninguna de estas tartaletas sin que esté mi madre delante, ella os tiene que dar permiso. Y no pongas esa cara de pobrecito, Baker, no tiene efecto en mí. ¡Deja de hacer el bobo! —respondió Sophie, entre conciliadora y medio enfadada, riéndose sin poderlo evitar, mientras Baker iba haciendo muecas cada vez más dramáticas y grotescas, que provocaban que acabaran los tres riendo.

—Sophie, vente tú también a tomar un té, luego terminas eso.

—Imposible. Mi madre está con Daisy ahora mismo en la zona en la que se tomará el pícnic acabando de montar la decoración de las tartas.
La moza de cocina está afuera pelando verduras para la cena. Estoy sola aquí, tengo que terminar esta montaña de emparedados —dijo señalando una pila de rebanadas de pan untadas con mantequilla.

—¿Y si te ayudamos nosotros a terminar los bocadillos? —preguntó Thomas.

—Si me ayudáis, puede que acabemos pronto.
A ver, venid. Vamos a hacerlo así: yo pongo la salsa de menta, Baker, tú pones dos tajadas de carne encima y los tapas con otra rebanada, y Thomas los envuelve y coloca en la cesta. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —contestó Thomas.

—¡A por ello! —dijo Baker, se quitó la chaqueta y se arremangó la camisa.

Empezaron a trabajar de forma concienzuda, y la conversación fluyó entre ellos de manera natural. Baker era relativamente joven para ser el primer lacayo, pero llevaba en la casa desde pequeño. Había empezado como ayudante de lacayo con solo diez años. Siempre fue un buen trabajador y su responsabilidad, altura y apostura hicieron que cuando el anterior primer lacayo dejó su puesto por cuestiones familiares, él lo ocupara.

—Entonces, Thomas, ¿qué te pasa? Antes no te he visto bien.

—¿Te ha pasado algo, Thomas? ¿O es por lo de la muerte del pobre notario? —preguntó Sophie.

—Bueno, probablemente no sea nada, pero no sé si me siento cómodo con el señor Michael.

—¿Por qué? ¿Te trata mal? ¿Te ha hecho o pedido algo indigno de tu posición? —preguntó Baker.

—No, no. Conmigo está siendo un buen jefe. Es solo que he oído algo esta mañana que me tiene preocupado. Digamos que en casa de mi antiguo jefe todo era tranquilo y como debe ser. Su comportamiento nunca me hizo preguntarme si era adecuado trabajar para él o no. Y, sin embargo, con su sobrino no las tengo todas conmigo.

—Pero, ¿qué has oído? Cuéntanos —pidió Baker. Sophie se había quedado parada, con los ojos muy abiertos, mirando a Thomas, deseando saber mucho más.

—Os lo cuento todo enseguida si primero acabamos los sándwiches. Por la cara que pone Sophie temo que, si explico más, estos bocadillos no se terminen.

—De acuerdo, démonos prisa y vayamos a por el té y las galletas prometidas mientras nos cuentas todo.

Quedaban pocas rebanas de pan por acabar de untar, rellenar y empaquetar. De manera concienzuda y en silencio, se entregaron a su tarea como si fueran un solo cuerpo con seis manos. En pocos minutos terminaron y se fueron a por las pastas de jengibre y coco. Se sirvieron una taza de té y se sentaron los tres juntos en una esquina de la mesa del tinelo para cuchichear a gusto entre ellos sobre qué era lo que inquietaba a Thomas y, así, buscarle una solución.

Thomas explicó lo que había oído justo antes de entrar en la habitación de *mister* Dennis.

—A ver si lo entiendo —dijo Sophie—. ¿Estás diciendo que el señor Corston, el mismo que va a casarse con la señorita Amelia, es peligroso?

—Eso parece. Y no entiendo que, en ese caso, su hermano permita que se case con ella. Pero lo que yo más temo es que esto acabe convirtiéndose en un escándalo y no puedo permitirme tener a mis espaldas la muerte de mi jefe en medio de las celebraciones de una boda y añadir un posible escándalo a mis espaldas. ¿Quién me contrataría luego?

—Pero, ¿por qué crees que ha de ser algo escandaloso? —preguntó Baker.

—Bueno, es algo sospechoso que haya muerto el notario Dennis y justo después el señor Corston, con quien el tío de Amelia no quería tener ningún tipo de trato, ni mucho menos que se acercara a su sobrina, se haya prometido a ella alegremente. Da que pensar.

—Pero se supone que murió por accidente. Las ostras se ve que llegaron en mal estado. Pobre hombre.

—¿Y entonces por qué es peligroso el señor Corston? ¿Y porque mejor que se case con miss Amelia y el señor Dennis se encargará de cuidar de ella? Hay algo que no nos cuentan, y yo no estoy tranquilo. Vosotros, ¿qué haríais? ¿Seguirías trabajando igual o buscaríais una solución? He pensado que si quiero dejar de estar al servicio de este hombre, ahora es un buen momento. Aquí está la flor y nata de Inglaterra. Podría conseguir que alguien me contratara, alguien con una reputación que no esté en riesgo.

—Me parece todo muy complicado. No sé qué responder. Has de decidirlo tú —dijo Sophie.

Thomas giró su cabeza hacia Baker.

—Yo hablaría con el marqués, o como mínimo con algunos de sus hijos, el señor Sebastian es el más agradable. Si de verdad ha sucedido algo, y yo creo que sí, porque si no, no estaría aquí la policía por mucho que jueguen a cuidarnos, ellos han de saberlo. Y, además, sabrán qué hacer.

# CAPÍTULO XXVIII

Thomas, acompañado de Baker, habló primero con *mister* Thompson, el mayordomo. Este le dijo que no se preocupara y que él mismo le acompañaría al estudio del marqués y se quedaría con él. Que por supuesto entendía que sus inquietudes eran fundadas y que si realmente el señor Corston podía ser alguien que pusiera en riesgo el bienestar de los habitantes de la casa, era necesario que lord Avon lo supiera.

*Mister* Thompson llamó a la puerta del estudio y entró primero indicando al marqués que Thomas, el antiguo criado del difunto señor Dennis, tenía algo que contarle que podría ser de su interés. ¿Era adecuado hacer pasar ahora al joven o mejor indicarle otro momento y lugar para ello?

—No, Thompson, que pase ahora, por favor. Lo que tenga que decirnos no saldrá de aquí. Como ve estoy con mis dos hijos mayores y mi tío abuelo. La confidencialidad de lo que cuente está garantizada. Dígale que pase.

El mayordomo de la casa hizo pasar a Thomas, que estaba esperando afuera. Thomas se sorprendió un poco de ver que eran cuatro ante quienes contaría lo que había escuchado, pero dedujo que por la cercanía familiar lo hablarían igualmente entre ellos.

Thomas expuso ante los presentes todo lo sucedido. El marqués le dio las gracias y le prometió que si en cualquier momento decidía que no podía seguir trabajando para Michael Dennis, en Orchard Manor habría un puesto entre los lacayos para él; pero que no se precipitara, que la conversación que había oído no era una prueba definitiva de nada y que no podían juzgar al señor Corston ni al señor Dennis por esas palabras. Con eso, Thomas se retiró. Fue entonces cuando los

demás aprovecharon para comentar con todo lujo de detalles lo que habían oído.

—¿Has tomado nota de todo? —preguntó Charles a Sebastian, ya que había visto cómo este se arrimaba, arrastrando la silla a la mesa de su padre, y cogía un papel y un plumín y empezaba a escribir en él.

—Sí, creo que tengo todo. Al menos las palabras que ha dicho que eran literalmente las que había oído.

—Desde luego, por lo que sabemos hay algo que deberíamos conocer sobre el señor Corston, padre —comentó Charles—. ¿Pensáis que pudo haber sido él quien asesinó al notario?

—Motivos no le faltaban, según hemos podido comprobar y por lo que se deduce de las palabras de Michael Dennis. El amor es un arma poderosa que puede hacer cometer los peores delitos a un hombre —respondió el marqués.

—Es necesario estar seguros de todo antes de acusar a un hombre de algo así. Volveré a hablar con él. Su repentino compromiso en cuanto ha fallecido el tío de su futura esposa resulta, cuando menos, sospechoso, no puedo negarlo. Pero las palabras que han dicho Michael Dennis y su acompañante son muy ambiguas. El peligro que han de mantener a raya podría ser otro y no el de lidiar con un asesino. ¿Sabemos algo de las finanzas del señor Dennis? El matrimonio de su hermana con un rico industrial también hace pensar en esa posibilidad. Y ¿a qué se refería exactamente el otro hombre al decir que mataba dos pájaros de un tiro? Eso también me desconcierta. Si pudiéramos saber quién era el otro hombre… —dijo Sebastian.

—Creo que de momento lo más sensato, como dice Sebastian, es volver a hablar con el señor Corston —señaló el conde.

—¿Se lo digo a la policía, padre? —preguntó Sebastian.

—Se lo dirás, pero solo cuando sepamos algo más y si realmente hay algo que contar. Necesitamos hacer negocios con este hombre. El ferrocarril ha de ir hacia el sur y él es pieza clave para ello. No veo necesario hacer su estancia más incómoda de lo que ya ha sido sin tener algo consistente que ofrecer al inspector Dew.

—Como usted vea, padre. Intentaré hablar con él al salir de misa. ¿Le digo algo de esto a George?

—No veo por qué no. No hemos resuelto nada, pero saber que estamos haciendo algo le tranquilizará.

Esa mañana, mientras todos se preparaban para ir a misa, el conde de Mere estaba tomando un tazón de sopa de brócoli y queso *stilton*

sentado en su habitación, disfrutando de las vistas del magnífico jardín. Estaba cansado y había pedido que le disculparan ante el vicario por faltar al servicio religioso. Era mayor, ya solo podía apenas andar unos pasos y estaba preocupado con la situación financiera de su sobrino nieto y con los últimos acontecimientos vividos en la casa.

—Abuelo, le he conseguido el *The Sunday Times* esta mañana. Así se distraerá un rato —dijo Frederick entrando con brío en la habitación. Agitaba el periódico dominical como si fuera una bandera.

—¿Es que no vas a misa?

—Ahora iré. Llegaré a tiempo para la comunión. No se preocupe, todos me verán desfilar, tomar
la hostia y beber vino como corresponde. Esté tranquilo.

—A saber qué irías a hacer allí… Por cierto, esta mañana ha venido Thomas, el criado del difunto notario, a contar una cosa muy curiosa acerca de tu amigo, Michael Dennis. Por lo visto le ha oído hablando sobre su futuro cuñado con alguien, alguien con voz de hombre. No serías tú, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—¿Dónde has estado esta mañana antes del desayuno? Me decepcionarías mucho si hubieras estado en esa habitación. Sabes perfectamente que no te conviene mezclarte con alguien como él. Solo la muerte de su tío le ha librado de un escándalo. Y tú ya sabes lo que te librará de la vergüenza y la miseria. Enfócate en tu futuro y en tus obligaciones. Haz honor a tu sangre.

—Abuelo, no se preocupe. Tengo todo clarísimo y esta mañana antes del desayuno he ido a llevar unas flores a la señorita Davenport. Sé qué debo hacer. En cuanto sea prudente, pediré su mano.

—Después de la boda de George tú pedirás la mano de miss Davenport y yo mismo me encargaré de pedir una licencia para que os podáis casar en solo una semana.

# CAPÍTULO XXIX

Al salir de misa, regresaron todos a la mansión para tomar un refrigerio. Después, se repartieron entre caballos, faetones y carruajes variados para ir a recoger amapolas y poder disfrutar del espectáculo de ver a los pequeños corderitos andando junto a sus madres. A las señoras les encantaba poder ver a esos cachorritos que parecían bolitas de algodón dando pequeños pasos y balando con vocecita aguda.

Sebastian quería hablar con William Corston, pero Michael Dennis, que iba andando junto a lord Seymour, se interpuso entre él y su objetivo llamándole la atención.

—Lord Atworth, disculpe, pero desde que llegué he querido encontrar el momento adecuado para hablar con usted. Todos me han dicho que está colaborando con la policía para alejar cualquier rastro de duda sobre cómo murió mi tío.

—Así es, señor Dennis. ¿En qué puedo ayudarle? —preguntó Sebastian, cuestionándose internamente si el mismo señor Dennis le pondría al día sobre los asuntos del señor Corston. Pero no, aparentemente no tenían por qué estar ligados los acontecimientos que le narró con la frase que dijo acerca del que sería su futuro cuñado en breve esa misma mañana. ¿O quizá sí?

—Verá, el jueves por la mañana, el mismo día en que por la noche falleció mi tío, unos vándalos entraron en sus oficinas en Londres y lo dejaron todo hecho unos zorros. En principio, por extraño que parezca, al menos hasta ayer mismo que fue cuando mi hermana y yo viajamos, no hemos encontrado que falte nada. Sabemos que mi tío murió por accidente, por su costumbre de tomar ostras a diario, pero al saber que están investigando me ha parecido importante hacérselo

saber.

—Muchas gracias. Estoy precisamente esperando una carta del señor Hardy, supongo que me contará lo mismo que usted. ¡Qué extraño que no falte nada! Quizás no encontraron lo que buscaban.

—Puede ser. Gracias por su atención —dijo Michael tocando el ala de su sombrero. Dejó a Sebastian en compañía de Frederick y se fue con su hermana, que se dirigía a la casa junto con el señor Corston.

«Más cosas en las que pensar», se dijo a sí mismo Sebastian mientras iniciaba una charla informal con su acompañante.

A Sebastian no le pareció oportuno acercarse a hablar con *mister* Corston en ese momento, resultaría incómodo. Decidió pasar el día lo más agradablemente posible. Eran los festejos por la boda de su hermano, se suponía que debería estar disfrutando. Sobre todo porque la celebración de la boda haría que muchos de los problemas que acuciaban a su familia se disiparan de manera definitiva con la confirmación de ese enlace. Su padre intentaba aparentar que todo era fabuloso y que la familia estaba pasando por un momento tan espléndido, pero él le conocía bien y podía verle las ojeras más moradas cada día que pasaba y cómo le estaba costando, más que nunca, controlar ese tic que le hacía mover la pierna sin parar. Lo peor: estaba empezando a tratar cada vez con menor tacto a Charles. Si ya de por sí siempre había sido con él más autoritario que con ningún otro hijo, pensando que así era como se debía educar al futuro marqués, últimamente era peor. Sebastian sabía, mejor dicho, todo el mundo sabía que el hijo favorito de su padre era él. Tenía todo lo que se supone que alguien desearía para el heredero de una gran hacienda: cabeza para los números y la gestión y, además, el suficiente carisma para trabajar con los mozos de sus tierras y arrimar el hombro siempre que hiciera falta. Esto hacía que todos no solo le respetaran, sino que, además, se vincularan con él, de forma que el buen funcionamiento de las tierras fuera un asunto que también les importara a ellos. Su risa cavernosa ayudaba mucho a ello. En cuanto reía, todo el valle acababa riendo con él. Charles era muy diferente. En el fondo era tan inteligente como su hermano y era muy responsable, pero no le resultaba tan fácil caer bien. Era sociable, pero no el más popular, y a veces tenía un talante huraño que le hacía parecer excesivamente orgulloso. Charles tragaba mucho, especialmente porque le importaba muchísimo lo que los demás opinaran de él. Había visto en otros hombres cómo se podía caer en desgracia por ir en contra de lo que la sociedad estimaba oportuno o moralmente aceptable. Jamás bebía en exceso. No tenía ninguna deuda de juego, entre otras cosas, porque jugaba poco. Y lo único que se permitía era lo que sabía que entre caballeros no iba a estar mal visto, siempre y cuando no dejara de

cumplir con sus obligaciones maritales y familiares. Tener una querida; eso era tolerable. Así que era lo único moralmente dudoso que se permitía.

El resto del día fue bastante agradable. Tomaron un tentempié ligero junto con el vicario, se prepararon para ir de excursión, disfrutaron del trayecto, del pícnic y de la compañía.

Regresaron con la hora de la cena ya pasada, pero no hubo problema porque la señora Gruber, y todo el equipo de Orchard Manor, tenían a punto la mesa del comedor principal con suficiente variedad y cantidad de comida para todos. La cena incluía sopa de calabaza y crema de champiñones caliente, carne de res estofada con coliflor, patatas asadas, deliciosos bollos crujientes, lonchas de jamón y de pavo asado, quesos variados y mantequilla con tomillo al punto de sal, prensada en preciosos moldes con formas de flores que hacían que los bloques de mantequilla parecieran delicados jabones de tocador. Como, a pesar de la salida al campo que debería tener extenuado a todo el mundo, era probable que la noche se alargara, la cocinera se había asegurado también de tener pasteles de verduras y conejo para servir más tarde, a modo de resopón, junto con varios bizcochos deliciosos que servirían tanto ahora de postre, servidos con crema de leche y mermeladas de grosella y de ruibarbo, como más tarde, durante la recena.

Al salir del comedor, Sebastian fue interpelado por *mister* Thompson.

—Señor, esta tarde ha llegado correo para usted. Lo he dejado sobre su escritorio, en sus aposentos.

—Gracias, Thompson. ¿Sabe de quién es?

—Del señor Hardy.

Con la excusa de que estaban agotados tras el día de campo, Sebastian y Margaret se retiraron a sus aposentos. Mientras Margaret iba a su habitación
a desvestirse y ponerse el camisón con ayuda de Poppy, su doncella, Sebastian fue directamente a su escritorio. Le dijo a su ayuda de cámara que probablemente la noche aún no había terminado para él y que le avisaría más tarde. No quería cambiarse por si todavía necesitaba salir para hablar con su padre. Se acercó a su escritorio, tomó con una mano el sobre que le estaba esperando y con la otra, el abrecartas. Rompiendo el sello de lacre, desdobló la hoja y empezó a leer. *Mister* Hardy confirmaba la historia que Michael Dennis había contado, con una diferencia. No tenía sentido que no se hubieran llevado nada, tendría que ser algo que no se viera a simple vista. En

los últimos dos días él mismo había estado comparando minuciosamente el registro de documentos archivados que el difunto *mister* Dennis guardaba en una libreta de cuero vieja, en la que anotaba todo lo que hacía en la oficina cada día. Era una especie de memoria de trabajo. Gracias a eso, pudo descubrir que faltaban cuatro archivos. Eso era lo que habían robado. Los archivos pertenecían a los siguientes caballeros: William Corston, Daniel Ronson, Charles Jameson y el vizconde Sherston.

—Tres de los hombres a quienes nombra el señor Hardy están en nuestra casa, padre. Decía Sebastian mientras andaba de un lado para otro alrededor de la cama de su padre.

El marqués le pidió a su hijo que se calmara y que se sentara un momento, mientras él no paraba de menear su pierna como si tuviera el baile de san Vito.

—Respira, Sebastian. A Daniel Ronson deberíamos descartarlo, tenía múltiples coartadas.

—¿Y si tenía un cómplice y por eso estuvo en el pub?

—No tenemos ninguna prueba de ello. Cálmate. En solo tres días se casa tu hermano. Mañana por la mañana daremos esta información a la policía.

—Quiero ir a Londres mañana y regresar el martes.

—No tiene ningún sentido que hagas eso.

—Nadie lo notará. Y tiene mucho sentido. Piénselo, padre. Necesitamos saber qué tipo de documentos eran para averiguar quién podría tener motivos.

—Para eso es suficiente con pedirle esa información al señor Hardy.

—Creo que sería bueno que fuera yo personalmente.

—Y yo opino que no. Te necesito mañana sin falta en la reunión con Corston, Ronson y otros industriales. Necesitamos que el ferrocarril venga hacia el sur. Y no puedo delegarle toda esta tarea a tu hermano. Es imposible que mañana viajes a Londres. Que se encargue la policía. Necesitamos cerrar algunos negocios si queremos salvar nuestro patrimonio. No se hable más.

# CAPÍTULO XXX

*Wiltshire, lunes 17 de abril de 1843*

Estaban a dos días de la boda. Este sería un día más que interesante. Por un lado, los novios, junto con la madre de la novia y la del novio, se irían a Stonar, acompañados por los invitados más jóvenes. La excusa era ayudar a Caroline y a sus damas de honor a instalarse allí para asegurarse de que el día antes de la boda no se viera con George. Además, así podrían revisar que todo estuviera perfecto en el que sería el nuevo hogar de los recién casados. Su plan era quedarse en la casa un par de meses para acabar de organizar cuestiones referentes a la gestión de la finca y sus arrendatarios, y después se irían de luna de miel por el sur de Europa. Tenían planeado pasar el invierno entre España, Italia y Grecia, huyendo del frío de Inglaterra. Caroline llevaba semanas intentando convencer a Vivian y a Margaret de lo maravilloso que sería que ellas, Charles y Sebastian se les unieran en Roma para pasar la Navidad juntos. ¿Podía haber algo mejor que ir a misa en Navidad en una ciudad santa como Roma? Pero la verdad es que la futura marquesa de Avon no estaba especialmente entusiasmada con la idea, y Margaret tenía la esperanza de tener una excusa más que justificada para no viajar en barco. Si su intuición estaba en lo cierto, en poco tiempo podría anunciar que esperaba dar a luz a un precioso heredero del vizcondado de Studland y, en consecuencia, un viaje de esas características quedaría totalmente descartado. Margaret no quería quitarle la ilusión a Caroline, especialmente sin tener la seguridad de que estaba encinta, así que, de momento, le diría que, si todo cuadraba oportunamente, podría ser un evento maravilloso para celebrar juntas, como hermanas que iban a ser.

Por otro lado, era un día en que la familia se jugaba mucho. Todo

lo que habían ido cultivando gota a gota con los diferentes industriales que habían invitado a la boda, gracias al esfuerzo de Charles y a los contactos del señor Work, era hoy el día en que debía cerrarse. Y, además, seguían llegando invitados que no deseaban perderse la boda, pero vivían demasiado lejos como para poder viajar en solo un día y, al mismo tiempo, estaban demasiado ocupados como para haber llegado antes. Y todo eso significaba un mayor esfuerzo, si cabe, por parte de la familia y el servicio de la casa.

Sebastian estaba preocupado. Tenía nombres, pero le faltaba información. De todas formas era un hombre práctico y leal, así que decidió que priorizaría cuidar del patrimonio familiar, se aseguraría de que el apellido Atworth iba perduraría, durante mucho tiempo más, como uno de los más nobles de Inglaterra. Su padre tenía razón, en la casa había dos policías que podían ocuparse de todo durante un día.

Aunque por lo que veía, no habían hecho más averiguaciones que él. Eso sí, llevaban dos días interrogando de nuevo y uno por uno a todos los criados, tanto los de la casa como los de los invitados. Eso era bueno, sin duda.

La reunión de negocios no pudo ir mejor. El señor Work, como regalo de bodas para su hija, otro más, decidió que en cuanto el enlace estuviera firmado y sellado, adelantaría el dinero que hacía falta para garantizar el desarrollo del ferrocarril hacia el sur. Su única condición era que Stonar tendría un apeadero. Si él iba a adelantar una enorme cantidad de dinero era necesario asegurarse de que, además de conseguir llevar económicamente mercancías y pasajeros hasta los puertos de Portsmouth y Weymouth, Stonar fuera un lugar con posibilidades de expansión y desarrollo. No en vano su hija iba a ser la vizcondesa del lugar.

A Sebastian le caía bien William Corston, le había caído bien desde el principio, pero no podía obviar los hechos acontecidos hasta ese momento. Su coartada no era la más sólida, pudo perfectamente bajar por el final del pasillo e ir a la sala de billar aquella noche. La muerte del notario había sido para él muy conveniente, se había prometido inmediatamente con la señorita Amelia Dennis, y el criado de Michael Dennis había escuchado a su empleador diciendo que permitir la boda entre William y Amelia era la forma más segura de mantener el peligro a raya. Debía reconocerlo, la situación no pintaba muy bien para el joven industrial. Decidió que tenía que hablar con él. Aprovechó que para celebrar los acuerdos iban a ir a tomar licores y fumar habanos para retener un momento a Corston.

—Señor Corston, disculpe. Me gustaría confirmar con usted un dato antes de que vayamos a celebrar esta fusión tan beneficiosa para todos. —El marqués miró a su hijo, fijamente, con los ojos muy abiertos. Sebastian respondió con un ligerísimo asentimiento, prácticamente imperceptible para el ojo poco entrenado, pero que para su padre fue un gesto evidente. El marqués se fue, sabedor de que era algo que su hijo gestionaría solo.

—Por supuesto. ¿En qué puedo ayudarle? —dijo *mister* Corston mientras el resto de caballeros salían del estudio.

—En realidad lo que deseo consultarle no es sobre nada referente a estos acuerdos. Es sobre lo acontecido el pasado jueves. Tenemos indicios, como bien sabe, de que se trata de un asesinato; por desgracia algunas evidencias hacen que usted sea sospechoso.

—¡Pero si yo ya les dije que estuve toda la tarde con lord Seymour y tengo testigos que vieron que al llegar me dirigí directamente a mi habitación!

—Lo sé, pero podría haber bajado por el otro lado del pasillo.

—¿No sospechaban de un criado?

—Podría usted haber cogido la chaqueta de algún miembro del servicio…

—¡Qué tontería! Además, ¿cómo iba yo a matar al tío de la mujer que amo? Sería traicionarla a ella, ni se me ocurriría.

—Bueno, no se ofenda… Se rumoreaba que el difunto señor Dennis quería que su sobrina se casara con el vicario de Staverton, tercer hijo del conde de Hereford y con muchísimas posibilidades de llegar a obispo de Marlborough en poco tiempo y a saber qué más. Digamos que con sus contactos y relaciones, creía que su sobrina se podía casar con alguien con más distinción. —Se encogió de hombros alzando las manos a modo de disculpa.

—Sí. Había prohibido a Amelia que me volviera a ver, y a mí me había dicho que me alejara de su sobrina si no quería que me pegara un tiro. Pero yo jamás le habría hecho daño. Amelia y yo teníamos un plan que demostrará que para estar juntos no necesitábamos que nadie muriera.

—¿Me puede hacer partícipe del mismo?

—Si no le importa, además de contárselo, le aportaré pruebas. Acompáñeme a mi habitación, por favor.

Y de esta manera William Corston pudo explicarle a Sebastian Atworth el plan que él y su prometida habían elaborado minuciosamente para estar juntos para siempre. Al terminar esta boda,

durante la celebración del banquete, ellos dos se escaparían hasta Tanglewood, en donde un coche de caballos, que ya estaba pagado y del que enseñó el recibo del pagaré a Sebastian, les estaría esperando. De allí irían lo más directamente posible hasta Gretna Green en Escocia. Por supuesto, tendrían que parar para hacer cambio de caballos, pero ya se habían asegurado de tener caballos esperándoles en Gloucester, Worcester, Wolverhampton, Warrington, Carnforth y Penrith. Y, si tenía alguna duda sobre la veracidad de su relato, tenía la prueba definitiva allí mismo. William Corston abrió el baúl que estaba pegado a los pies de su cama y sacó una caja de cartón forrada de papel satinado. La abrió y bajo múltiples capas de papel de seda apareció un velo: un velo bordado y precioso, de novia. El velo que él había comprado para regalárselo a su prometida en esa huida planeada que, finalmente, no habían tenido que cometer.

—Así que William Corston no tuvo nada que ver en el asesinato de *mister* Dennis —le dijo Sebastian a Margaret acabando de explicarle todo lo que sabía hasta ahora.

—Eso es bueno, elimina a alguien más de la lista de sospechosos, ¿no?

Se levantó para coger una galleta del bote que cada mañana rellenaban para ella con barquillos, obleas y pastas variadas. Su alcoba estaba conectada a los aposentos de Sebastian y usaban los espacios como si fueran una enorme suite compartida. Sabía que sus cuñados, Vivian y Charles, no vivían como ellos, que tenían todo mucho más separado y compartimentado, a la antigua usanza, y ahora que finalmente Sebastian le había contado todo lo que había descubierto, incluyendo las vergüenzas de su hermana política, entendía que prefirieran tener esas vidas separadas.

«¿Sospecharía Charles de Vivian? ¿Estaban Sebastian y ella traicionando a su familia por no decir lo que sabían?» Se quedó quieta, con la mirada fija en el bote de galletas, sin apenas pestañear.

—¿En qué piensas? —preguntó Sebastian.

—¿Somos unos traidores por no decirle a Charles lo que sabemos de su esposa?

—No. Si él quisiera saberlo, lo sabría. Es más, quizás lo sepa y no le importe. Si decimos algo, a quienes seguro estaremos traicionando serán a nuestros sobrinos. Charles tendría que repudiar a Vivian, no le quedaría otro remedio, y los niños se quedarían sin la compañía de su madre. Mientras nadie diga nada, Charles no ha de actuar. No es que a mi hermano se le vaya a partir el corazón si lo descubre. Él tiene una amante y es algo que es bastante notorio en ciertos círculos del club.

Pero por cubrir su honor tendría que divorciarse. Es mucho mejor que todo siga como está. Aparentar ignorancia es lo mejor. Si queremos a Charles y a nuestros sobrinos, no les traicionaremos exponiendo a Vivian. No veo que tenga ninguna ventaja para nadie. Ellos no son como nosotros, Margaret.

—Ya. Es que yo no querría jamás vivir una mentira.

—No viven una mentira, viven la vida que dentro de las posibilidades que conocen han podido elegir. Cada día eligen su vida. Todos lo hacemos.

—Todos menos el pobre señor Dennis, a quien se la arrebataron antes de tiempo. —Suspiró Margaret sonoramente mientras se incorporaba y sacudía las migas de su falda.

—Y necesitamos saber quién.

—¿Y si no lo supiéramos? ¿Sería grave?

—¿Deseas tener en tu círculo de amistades y conocidos a un asesino que en cualquier momento pueda volver a actuar?

—No. Evidentemente, no. Es que esto me está afectando a los nervios y desearía poder disfrutar de la boda sin preocupaciones.

—Descubramos al criminal y tengamos no esta, sino muchas celebraciones felices y tranquilas —dijo Sebastian. Margaret pestañeó lentamente y giró su cabeza en un ángulo de unos cuarenta y cinco grados—. Yo no voy a estar tranquilo hasta que sepa quién ha sido y su motivo. De hecho, he decidido que mañana cogeré el primer tren de la mañana a Londres —se levantó y se volvió a poner el chaleco que se había quitado para descansar— y volveré por la noche; pero necesito ver la documentación que tiene el señor Hardy. En esos documentos ha de estar la clave que nos falta. Anda, bajemos al salón, que mi madre ha organizado un espectáculo de prestidigitación antes de la cena. Además, llegará George en un momento y quiero hablar con él.

# CAPÍTULO XXXI

La caravana de carruajes, coches de caballos y cabriolés llegó a Stonar en menos tiempo del planeado. Allí estaban esperándoles el mayordomo, el ama de llaves, un lacayo, una doncella, una camarera, la cocinera y dos criadas para la cocina, lavandería y demás quehaceres. Todo el servicio contratado era nuevo. Era algo que le encantaba al señor Work: que su única hija pudiera estrenarlo todo, incluyendo a sus empleados. No había nada que no hiciera por su niña, y quería asegurarse de que ahora que se iba a casar todo fuera perfecto. Caroline Work era todo lo que sus padres siempre habían soñado en una hija: guapa, cariñosa y tan culta y bien educada como para enamorar y capturar a un marido de la nobleza. El día que el señor Work logró ganar su primer millón de dólares se prometió que no habría nada que su hija o su esposa quisieran que él no consiguiera. Y, hasta el momento, no había fallado en su promesa ni un solo día.

Stonar era una antigua mansión de estilo Tudor preciosa. No era tan enorme o espectacular como Orchard Manor, pero la casa decía, por cada uno de los poros de la piedra que la componían «estábamos aquí desde mucho antes». Parte del ala norte de la casa estaba cubierta por andamios. Los operarios estaban restaurando partes del tejado en esa zona, que con los años y la ausencia de mantenimiento se habían ido deteriorando.

El ala sur y el oeste, las más cálidas y luminosas, estaban en mejor estado. Se habían adecentado y reamueblado para que el inicio del matrimonio de George y Caroline fuera cómodo y confortable. Habían mantenido una buena parte del mobiliario de la casa, ya que eran antigüedades muy valiosas, pero otras, al considerarse incómodas, se

habían retirado a alguna zona del desván y se habían substituido por muebles más cómodos y funcionales para las necesidades de una pareja moderna. Aun así, había muchas cosas que arreglar, por ejemplo en la cocina, pero era un proyecto que resultaba emocionante a la próxima vizcondesa de Stonar.

Se había organizado un banquete para el almuerzo, al estilo francés, con todos los platos servidos en la mesa. Era algo más informal que el servicio a la rusa, que tan de moda se estaba poniendo y que utilizarían en su boda, pero hoy querían algo más sencillo para sus invitados. Lo había organizado toda la marquesa de Avon con ayuda de su futura consuegra. Deseaba que fuera un evento precioso para sus hijos y los demás jóvenes.

George, Frederick y los demás caballeros que habían acompañado a las damas, se irían a última hora de la tarde, junto con la marquesa, para llegar a Orchard Manor a la hora de la cena.

El ambiente estaba siendo muy agradable y distendido.

Varios de los invitados acabaron haciendo un corrillo en torno a George, pidiéndole detalles sobre cómo se habían conocido él y Caroline y en qué momento tuvo claro que quería pedir su mano. Él contestó a todo y cada vez comentaban más detalles y empezaron a salir anécdotas de su noviazgo y compromiso. Algunas tiernas, otras divertidas… A George le pareció que era muy gracioso destacar algunos de los pequeños choques culturales que, en ocasiones, se daban entre su prometida y él. Empezó a contar pequeños detalles que provocaron muchas exclamaciones y risas entre la gran mayoría de los presentes.

—Recuerdo una vez en que no me permitió ir a recogerla antes de ir a visitar a lady Rymple porque tenía que ir primero con su criada a Debenhams y quedamos en que la recogería allí con el faetón de Charles. —Se giró hacia algunos de los caballeros a su derecha e inclinando su cabeza indicó que la historia iba a ser más complicada de lo que parecía—. Llegué a la hora en la que se suponía que ella tendría que haber terminado. Me quedé esperando un rato, supuse que estaría acabando de hacer sus recados o que algo la habría entretenido dentro. Pasaron quince minutos, treinta… Me preocupé y decidí entrar en los almacenes a preguntar. No pudieron ayudarme. Decidí que iría a la legación a averiguar qué habría podido suceder. Cuando estuve a punto de irme la vi llegar, apurada, con su criada. Me acerqué a ella. Llegaba tarde porque cuando cogió un coche de alquiler para dirigirse hacia Debenhams le dijo al conductor «a Oxford, a los grandes almacenes» en lugar de «a Oxford Street». Le llevó a la estación de Euston, pensando que ella quería ir a unos grandes almacenes en la

ciudad de Oxford. Cuando me lo contó, nerviosa por llegar tarde por el malentendido con el cochero yo me desternillé de risa. Me pareció divertidísimo.

George tenía a su público entregadísimo, riendo y comentando, pidiéndole más detalles, y él, animado por el vino, entre amigos, y siendo el centro de atención, se sintió en su salsa y siguió narrando anécdotas similares.

—La de veces que, literalmente le he salvado la vida al cruzar una calle; tiende a mirar hacia el lado equivocado antes de cruzar y cualquier día puede arrollarla un carruaje, caballo o peor, un ómnibus. Por no hablar de que siempre se lía con las indicaciones para subir y bajar escaleras también. Las sube y baja indistintamente por donde quiere y no se da cuenta de que eso dificulta las labores del servicio y las de los trabajadores que necesitan que la circulación sea ágil.

George, entre copa y copa, iba comentando pequeños detalles. Poco a poco empezó a contar meteduras de pata, confusiones y malos entendidos con diferentes personalidades conocidas en el ámbito social y que tenían relación con no pocos de los presentes. Estaba encantado de cómo la gente reía y reía, hasta que se giró para guiñarle un ojo, cómplice, a Caroline, y vio que ella no se reía. «¡Ay, madre! Creo que acabo de meter la pata».

George dejó de hablar, con la excusa de que llevaba mucho rato entreteniendo a todos y que debían seguir con el plan de diversiones del día, que incluía ir a visitar la zona de los jardines y explicarles las reformas que harían en ellos antes de tomar el té.

Aprovechando que iban todos a cambiarse o a abrigarse un poco para el paseo, se acercó a hablar con Caroline.

—Te he visto muy seria. Dime que estás cansada y no que es que te ha enfadado que comentara esas cosas sin importancia —dijo George poniendo cara de cordero degollado.

—Sin importancia para ti, George. A mí me has dejado en ridículo delante de todo el mundo, de todos los que se supone que me deben respetar como amiga y como baronesa de Stonar. Me has convertido en un chiste —respondió con una mezcla de enfado y decepción más que evidente.

—Mujer, si son cosas que me encantan de ti.

—¿Seguro? Porque a mí me ha parecido que no es esa la palabra que define lo que has mostrado. Has demostrado superioridad moral y vergüenza. Te avergüenzas de mí y eso sí que no lo puedo soportar.

Creo que este matrimonio no es una buena idea.

—¡No digas tonterías! Si me avergonzara no lo habría contado, lo ocultaría.

—No, así te aseguras de que ellos sepan que tú estás en su bando. Eres uno de los suyos y me ves como ellos me ven, que nadie lo dude. Te vas a casar conmigo, una americana, pero que ninguno piense que eres un traidor. Esto no es lo que quiero en mi matrimonio. Supongo que estamos a tiempo de no cometer un error.

—Caroline, ¡por Dios!, no está hablando tu cerebro, no es posible que creas eso.

—Eso, encima soy tonta y no uso mi cerebro. George, voy a bajar a atender a los invitados y a mi familia. Necesito pensar y tomar decisiones, y tú insultándome no me ayudas —dicho esto, se giró y se marchó.

La situación no mejoró a lo largo del día y no tuvieron tampoco ninguna oportunidad para volver a hablar antes de despedirse. Hubo demasiado bullicio en ese momento en el que los chicos y las chicas sabían que se separaban durante más de veinticuatro horas, hasta la celebración de la boda. George regresó a casa de sus padres con un ay en el corazón.

# CAPÍTULO XXXII

*Wiltshire, martes 18 de abril de 1843*

Orchard Manor estaba mucho menos animada sin todo el ramillete de jóvenes muchachas que serían damas de honor comentando alegremente todos los pormenores de lo que consideraban que sería el evento más fastuoso de toda la temporada y sin el susurro intermitente del tafetán, la muselina y el organdí de las enaguas y faldas en movimiento alrededor de toda la casa.

Las únicas damas que habían quedado eran las niñas y las casadas, a excepción, por supuesto, de aquellas que eran familia directa de la novia, que se habían ido con ella a pasar este día en Stonar; una jornada dedicada a cuidarse y disfrutar de la que sería la última noche de Caroline antes de ser una señora casada, una vizcondesa por matrimonio.

El día era gris, un gran número de nubes se habían ido uniendo formando una especie de techo sobre las cabezas de quienes se aventuraran a levantar sus miradas hacia el cielo. Pero no llovía y la temperatura era bastante agradable, así que decidieron que era una espléndida oportunidad para ir a pescar.

Tras el desayuno, fueron todos a ocuparse de su correspondencia, a leer el diario y a prepararse. Bajarían al río en un par de horas, a las nueve de la mañana.

George subió a su habitación. Estaba triste, se sentía apagado desde que había discutido con Caroline. ¿Y si se negaba a casarse con él? ¿Cómo podía pensar que él quisiera casarse con ella por su fortuna? ¿En qué había parecido que él se avergonzara de ella? ¡Era al revés! Estaba muy orgulloso de su capacidad de desparpajo, de que fuera tan espontánea y capaz de replicar a cualquiera y dejarlo mudo. No podía

imaginar mejor ejemplo para sus futuros hijos que el de una mujer fuerte e inteligente que no se dejaba pisar. Y por un estúpido malentendido ahora podía perder a la mujer que amaba. ¿Qué podía hacer? Ir hasta Stonar probablemente empeoraría las cosas. Había un ejército de jovencitas dispuestas a impedir que los novios se vieran antes de la boda, y podría perder los nervios con alguna de ellas debido a su desesperación, así que no era la mejor de las ideas. No. Por fin supo qué haría: escribiría una nota y mandaría a uno de los mozos a que se la entregara en mano a ella y solo a ella. ¡Sí! Eso sería lo mejor.

Se sentó a escribir.

Caroline se había despertado con mucho dolor de cabeza. Apenas había dormido esa noche. Estaba triste, se sentía apagada desde que había discutido con George. ¿Cómo iba a casarse con él si se avergonzaba de ella? Ella sabía que entre ingleses y americanos había diferencias en las costumbres, pero George siempre había dicho que no le importaban y que le encantaba cómo era. ¿Y si no era verdad? ¿Y si le gustaba siempre que diera un toque de exotismo, pero que no incomodara a nadie? ¿Qué pasaría cuando estuvieran casados, tuvieran que organizar una recepción importante y ella se equivocara al escoger la vajilla y los cubiertos o el menú no fuera el adecuado? Bueno, no, eso era una tontería, de eso se podría encargar el servicio, estaban perfectamente entrenados para ello. Pero, ¿y cuándo diga aquello que piense? ¿Va a tener que vivir siempre reprimiendo quién era? ¿Podría hacerlo? ¿No sería mejor casarse con un joven americano amable, que la quisiera y pudiera mostrarse cómo ella es, sin más?

Bajó al comedor de desayunos en el que se suponía que iba a ser su último día soltera. La intención era que pasara un día precioso en compañía de las mujeres más cercanas de su vida. Intentó poner su mejor sonrisa, aunque por dentro se sentía devastada. Sabía que tenía que tomar una decisión importante en menos de veinticuatro horas, pero no tenía ni idea de cuál sería la correcta.

—¿A dónde vas tan temprano? —preguntó George a Sebastian al verlo con la chaqueta puesta, el paraguas en la mano y dirigiéndose hacia la puerta principal de la casa.

—Tengo cosas que hacer en Londres. Pero iré y regresaré en el día, no te preocupes.

—¿Vas a viajar cuatro horas en tren de ida y cuatro de vuelta en el mismo día? ¡Eso es muy peligroso!

—No creas todo lo que dicen. No es más peligroso que muchas otras cosas que hacemos. Y sí, lo voy a hacer, porque lo que he de solucionar en Londres es importante y estar mañana en tu boda

también lo es. ¡Mañana te veo hermanito!

# CAPÍTULO XXXIII

*Londres, martes 18 de abril de 1843*

La estación de Paddington era un hervidero de gente a mediodía. Sebastian pagó unos chelines a un muchacho para que le consiguiera un coche de caballos y se dirigió primero a su domicilio en Eaton Square para cambiarse y ver cómo iba todo por la casa. Después de refrescarse, tomar un refrigerio y conversar con su mayordomo y ama de llaves, además de revisar minuciosamente todo el correo que había llegado a la casa durante su ausencia, decidió dirigirse al despacho del difunto notario Dennis. Allí estaba el señor Hardy esperándole.

—¿Qué le gustaría que le mostrara? Como le digo, lo único que noté en falta fueron cuatro archivos y nada más.

—¿Forzaron la puerta? ¿Alguna ventana?

—Nada. —Sebastian se frotó la barbilla mientras pasaba su mirada por toda la habitación. Se detuvo ante el gran archivador, lleno de cajones enormes, que ocupaba toda la pared del fondo.

—¿En qué cajones se encontraban los archivos robados?

—Todos en el primer cajón de la tercera fila, empezando por la izquierda. El que está junto a la ventana.

—Muy específico… ¿Puedo revisar ese cajón?

—Por supuesto.

Sebastian sacó el cajón y comprobó que no hubiera un doble fondo o similar. A continuación, empezó a mirar archivo por archivo todos y cada uno de los documentos que en él se hallaban.

—¿Qué sistema de clasificación siguen? —preguntó Sebastian.

—Cronológico —respondió *mister* Hardy—. Seguimos un estricto orden en función de la fecha en la que cada documento se firmó. Todo ello anotado y sellado en el libro del difunto señor Dennis.

Sebastian miró bien el contenido de ese cajón. Carpetas y carpetas de archivos, cada una etiquetada con un nombre, una fecha y la indicación del tipo de documento que era: acta, cesión, compra-venta, contrato, donación, poder, testamento… Abrió el cajón que quedaba a la derecha y lo miró también. A continuación, regresó al anterior y extrajo una carpeta del mismo.

—Creo que la respuesta que buscamos está aquí.

Cuando Sebastian salió del despacho notarial, se cruzó en la escalera con un caballero que entraba en la puerta de enfrente.

—Disculpe, caballero. Soy Sebastian Atworth, amigo personal de los Dennis. ¿Le puedo hacer una pregunta?

—Si es algo que pueda responder, no me negaré a ello. Pero espero que no sea ninguna indiscreción lo que quiera consultar. En ese caso no podré dar ninguna respuesta.

—No, no. No se preocupe. Solo quería preguntarle si escuchó o vio algo el día en que asaltaron el despacho del notario.

—¡Fatídico día! ¿Se puede imaginar que mientras alguien está muriendo en un lugar a más de cien millas de su hogar, está siendo asaltada su oficina casi al mismo tiempo? Cada vez que mi señora piensa en ello, necesita tomar sales.

—Lo entiendo. ¿Recuerda algo de ese día? ¿Escuchó alguna cosa anormal?

—No, la verdad es que no. Ni mi esposa ni yo escuchamos nada que nos alarmara, no vimos nada. Si no nos hubiera informado el señor Hardy al día siguiente de lo sucedido, ni nos habríamos enterado. De hecho, recuerdo que salí de casa cuando, según la policía, debía de haberse cometido el atropello y no noté nada. Me crucé con el joven Michael Dennis en la entrada y no pude evitar sentirme culpable. Si yo hubiera oído o sospechado algo, hubiera podido acompañarle hasta arriba en ese momento y que no se encontrara él solo con el disgusto de hallarlo todo destrozado. Me reconcome la culpa. Pero no puedo volver atrás en el tiempo.

—No, señor, nadie puede. No se preocupe. Usted hizo lo que estuvo en su mano.

# CAPÍTULO XXXIV

*Wiltshire, miércoles 19 de abril de 1843*

El bullicio en Orchard Manor se podía percibir probablemente a cincuenta kilómetros a la redonda. El trajín que había por todos los lugares de la casa y el jardín era tremendo. Había llegado el gran día y todo debía estar a punto.

De forma casi natural, la mayoría de los invitados se estaban juntando en la zona del jardín pegada a la capilla. No paraban de saludarse y darse la bienvenida. Aquellos que no habían sido invitados a las actividades prenupciales o que, aun siéndolo, no habían podido asistir, envidiaban a los afortunados que sí las habían podido disfrutar. Se distribuyeron en pequeños corrillos unos y otros para comentar sus impresiones de los días previos y sus expectativas para hoy. ¿Cómo sería el vestido de la novia? ¿Había ya señales de la comitiva que llegaba desde Stonar? ¿Qué delicias servirían?

—He oído que traerán pasteles de queso de Devizes —comentó lady Melksham.

—¡Sería fabuloso! —dijo lady Rymple—. Mira, por ahí viene lady Studland. Podemos preguntárselo a ella. —Con un gesto de cabeza y un leve movimiento con su bastón le hizo una señal a Margaret, que acababa de salir de la casa, para que se acercara a su pequeño grupo.

—Buenos días, señoras —saludó Margaret—. Señorita Davenport, qué bonito bouquet lleva engarzado en su broche —comentó inclinándose hacia Molly Davenport, quien hasta el momento había estado en silencio junto a las dos damas, esperando a que bajaran su madre y sus hermanas de los aposentos.

—Estoy convencida de que detrás de esas delicadas flores se oculta

el nombre de un distinguido caballero —insinuó lady Rymple con cierto retintín.

—¡Oh, Ojalá! —exclamó Miss Davenport—. Las cogí yo misma del parterre que queda detrás del templete.

—Vaya, qué decepcionante. Pero no desfallezca, Molly, estoy convencida de que muy pronto alguno de los interesantes solteros que han acudido a este evento empezará a mandarle flores. Todos sabemos que el día de hoy podría haber sido muy diferente. Es usted una joven muy especial, muy especial —respondió lady Rymple haciendo sonrojar a la señorita Davenport.

—Oh, ese pequeño templo es un espacio magnífico para tomar el té. Podríamos pedírselo a la señora Marshall —cambió de tema Margaret en un intento de desviar el espíritu alcahueteador de lady Rymple hacia otros asuntos menos insidiosos—. Yo lo organizaré todo. Será un entretenimiento delicioso para mañana por la tarde.

—¿Y hoy habrá pastelillos de queso de Devizes? Un pajarillo insinúa que sí los habrá —preguntó lady Rymple.

—Eso he oído yo también —respondió Margaret con una amplia sonrisa—. Pero, permitámonos disfrutar del efecto sorpresa de descubrir todos los manjares que se servirán cuando lleguemos a la mesa. Ahora, si me disculpan, he de encargarme de pequeños asuntos antes de que llegue la novia.

—Pero, por favor, antes de irse solo confirme si es cierto o no que han traído cajas y cajas de ratafía. Jamás la he probado y estoy deseando hacerlo —pidió lady Melksham.

—Cajas y cajas, todas recién llegadas desde Besalú, un precioso pueblito cerca de los Pirineos que tiene fama de preparar una de las mejores ratafías del mundo —respondió apretando la mano de lady Melksham con cariño—. Ahora sí, deben excusarme. Tengo obligaciones que cumplir.

Margaret fue pasando de corrillo en corrillo, saludando y agasajando con amables palabras y cumplidos a todos.

—¡Buenos días! —saludó a lord Seymour y *mister* Dennis—. Veo que en medio del enorme bullicio que hay, han conseguido apartarse de todos para disfrutar de un poco de tranquilidad. Les aviso que Miss Tumblr ha comentado varias veces lo apuestos que son ambos y en cuanto tenga la oportunidad intentará que conversen con alguna de sus jóvenes protegidas.

—La casualidad ha hecho que nos hayamos encontrado en esta zona más apartada —comentó *mister* Dennis—. Estábamos precisamente comentando lo bellísimas que están todas las damas y

damiselas esta mañana, no hay más que verla a usted, irradia belleza y alegría. ¿No es cierto, lord Seymour?

—Sí, eso estábamos comentando. Si me disculpan, se está haciendo un poco tarde y debo ir a ver cómo está mi abuelo. —Y sin mediar ni una sola palabra más, se marchó apresuradamente.

—¡Vaya! Pues sí que tiene urgencia por ver a su abuelo —dijo Margaret.

—Eso parece. Y me recuerda que yo también debería asegurarme de que mi hermana no me necesita. Además, no deseo entretenerla tampoco en un día como hoy, milady. Si me disculpa… —dijo Michael Dennis inclinándose ligeramente ante Margaret y yéndose también.

Margaret agradeció que al menos un par de invitados no la bombardearan a preguntas. Respiró y se dirigió hacia el siguiente corrillo que quedaba frente a ella. Allí se les unió Sebastian, que también estaba atendiendo invitados por doquier y con una excusa se la llevó para poder estar unos minutos a solas.

—¿Cómo te encuentras? ¿Estás cansada?

—Estoy muy bien. No te preocupes. Además, no sabemos si estoy encinta o no. Tranquilo.

—Me preocupa que hagas sobreesfuerzos en cualquier situación.

—Lo sé. ¿Cómo estás tú?

—Bien. Hoy es el día de George, así que me voy a enfocar en eso, dejaré todo lo demás para mañana. También estoy bastante sorprendido ante todas las preguntas que me hacen las señoras sobre Frederick, es el soltero más codiciado de este evento, por lo visto. Por lo que me contó el tío Mere, está convencido de que su nieto está a punto de comprometerse con miss Davenport. Se ve que la visita y le regala flores.

—¡No me digas! Justo esta mañana le he preguntado a Molly por un ramillete que lleva en el vestido y me ha dicho que las ha cogido ella. No debe querer que nadie sepa nada todavía. ¡Qué emocionante! —exclamó Margaret. Le encantaban los enamoramientos y romances y que la gente fuera feliz.

—Yo no apostaría mucho por una próxima boda de Frederick. Le gusta mucho su estilo de vida.

—¡No seas aguafiestas! Sería precioso.

Poco a poco, la hora se iba acercando y los invitados empezaron a llenar la capilla. Había venido el obispo de Marlborough en persona para celebrar la ceremonia. El marqués estaba exultante. Todo el

mundo sonreía. Todo el mundo, menos una persona: George. George estaba nerviosísimo. No sabía si Caroline había recibido su nota, si la había leído o si la habría quemado sin leerla. «¿Me perdonará por mis impertinencias o serán una muralla insalvable que nos mantendrá apartados? ¿Por qué no me di cuenta de que Caroline se estaba sintiendo mal? ¿Y si ya no confía en mí?» No podía parar de darle vueltas. En ese momento, Charles, que ejercía como padrino de boda, vino con la intención de interrumpir su espiral de pensamientos.

—George, sonríe. Hoy es un gran día para todos, especialmente para ti.

—¿Y si no viene? ¿Y si me planta en el altar? ¿Hay noticias de Stonar esta mañana?

—George, no te pongas nervioso. Es lógico que la novia tarde, y más si tiene que recorrer varios kilómetros. Caroline llegará.

—¿Y si no lo hace? ¿Y si les ha dicho a sus padres que quiere regresar a Londres y están ahora camino a la estación de tren?

—Pero, ¡qué tonterías dices! —exclamó Charles con cara de preocupación—. ¿Por qué iba a plantarte? ¿Qué has hecho? —preguntó con cierta alarma en su voz—. Debes casarte. Tu boda es absolutamente necesaria para todos. —El que estaba ahora nervioso era Charles, aunque intentaba disimularlo mientras sonreía y saludaba con pequeños gestos de cabeza a todo aquel que les miraba.

—Creo que en Stonar metí la pata y… —El discurso de George se vio interrumpido por la llegada de la comitiva nupcial—. ¡Gracias a Dios!

Llegaban carruajes engalanados con esmero, ocupados por damas de honor vestidas con muselinas y sedas en colores suaves y cálidos con preciosas cintas alrededor de sus cabellos, seguidos por una preciosa carroza con Caroline y sus padres dentro.

George y Charles se miraron, sonrieron y respiraron profundamente. Charles palmeó con cariño dos veces la espalda de su hermano menor y juntos se dirigieron al interior de la capilla.

Cuando Caroline, con su impresionante vestido dorado, con delicado encaje en los bajos y las mangas, caminaba por el pasillo de la iglesia, en dirección al altar, del brazo de su padre y seguida por seis damas de honor, solo tenía ojos para George. En el rostro y en la mirada de su prometido pudo leer todos los estados de ánimo por los que debía haber pasado en esas poco más de veinticuatro horas que habían estado separados, y en las que ella había estado decidiendo el futuro de ambos. El padre de Caroline entregó su mano a la de George. Ella estaba radiante, con un largo velo de encaje de Honiton,

sujeto a la cabeza con una corona de flores rosas, blancas y amarillas. Se miraron, y en silencio se dijeron todo lo que necesitaban decirse, con esa mirada que hablaba más locuazmente que cualquier palabra que pudieran proferir. George se llevó la mano de Caroline a los labios y la besó, antes de girarse hacia el obispo de Marlborough, que estaba aguardando una señal para empezar con el ritual y sellar esa unión que haría felices a tantas personas.

La ceremonia fue breve, los festejos largos. Lady Rymple y lady Melksham disfrutaron de los manjares que con tanta ilusión esperaban y de muchos más. Los novios se perdonaron todas sus afrentas y se sintieron dichosos y plenos. Lord Avon y toda su familia respiró aliviada porque sus problemas económicos se habían solventado de un plumazo. Los Work estaban exultantes al ver a su hija convertida en baronesa y poder ser la envidia de todos sus allegados en Boston.

Señoritas casaderas bailaron con caballeros solteros, lo cual permitió a todos los asistentes generar suficientes rumores, cotilleos y chismes para que les duraran varias semanas y de esa forma se sintieran todos muy ocupados y entretenidos. Nadie se acordó del pobre difunto señor Dennis, e incluso el tiempo fue benevolente y solo cayó una leve llovizna por la tarde que no duró más de cinco minutos y que ayudó a refrescar el ambiente. La boda había sido un éxito.

Al terminar la larga jornada, los novios partieron hacia Stonar, para estrenar su nuevo hogar como marido y mujer. Sebastian les despidió junto al resto de asistentes a la celebración, moviendo el brazo arriba y abajo con entusiasmo, pero cuanto más se alejaba el carruaje con los recién casados, más serio se ponía su semblante. Tenía un asesinato que resolver y sin falta lo tendría que hacer mañana por la mañana.

La información que había encontrado en Londres era suficiente para empujar al culpable a confesar, o eso creía. Mañana sería el día.

# CAPÍTULO XXXV

*Wiltshire, jueves 20 de abril de 1843*

Sebastian estaba convencido de forzar al asesino de *míster* Lennis a que confesara su crimen. Con la boda de por medio no había dicho nada, pero ahora que su hermano y su nueva esposa habían firmado y sellado la unión que no solo les proporcionaría enorme felicidad, sino que salvaba a su familia definitivamente de todas las preocupaciones económicas que tanto les habían estresado, podía enfocarse en desenmascarar al asesino. Quería confrontar a su principal sospechoso, obligarlo a asumir el homicidio que había cometido y que explicara ante todos por qué lo había hecho. Él creía saber el motivo, pero le parecía insuficiente. Decidió mandar notas a todos los implicados en la investigación para citarles a media mañana en la biblioteca pequeña. Allí explicaría su teoría, mostraría sus pruebas y expondría a quién consideraba el culpable. Uno de los lacayos se encargó de repartir las notas.

Poco antes de dirigirse a la planta baja para ir a desayunar, recibió una nota de parte de su tío tercero, citándole a solas, en media hora, en la entrada este que daba a la rosaleda.

Necesitaba hablar con él antes de la reunión.

—Seb, espérame. Si me das quince minutos más, bajo contigo —dijo Margaret.

—Me encantaría esperarte, pero he de encontrarme con Frederick en media hora y quería primero pasar por el salón de desayuno a tomar algo. A ti pueden subirte el desayuno y puedes tomártelo con calma.

—Oh, es que prefiero bajar para comentar todos los detalles del día

de ayer y no perderme nada —respondió ella—, pero no te preocupes. Adelántate, yo bajaré enseguida. ¿Dónde has quedado con Frederick?

Margaret bajó unos veinte minutos más tarde que su marido. Confiaba en que el comedor de desayuno estaría muy animado a esa hora. Desde luego, era necesario comentar las veces que bailaron la señorita Davenport con lord Seymour, ahí se podía vislumbrar algo más. Y el hecho de que Caroline regalara su corona de flores a Amelia fue un gesto precioso que también debería desgranarse minuciosamente.

Cuando estuvo a punto de llegar, pudo oír el bullicio de las conversaciones y su barriga reaccionó con ligeros movimientos al delicioso aroma de las judías con tomate y del pan recién horneado. Entonces vio al futuro conde de Mere salir del salón de fumadores y dirigirse hacia ella. Esperó, extrañada, a que llegara a su altura para preguntarle.

—Frederick, ¿no habías quedado ahora con Sebastian?

—Mmm… No —respondió llevándose el dedo índice a los labios y frunciendo el ceño—. Hemos quedado luego en la biblioteca.

—¿Ha cambiado la hora de la reunión? Prometo que no me ha llegado el aviso. He bajado temprano, será por eso.

—Pero, si ha llegado una nota tuya diciendo que os teníais que ver antes. Ahora mismo, de hecho. En la puerta este, la que da al jardín de rosas —dijo con cierta consternación mientras acercaba su rostro al de Frederick para ver si este se encontraba bien.

Frederick miró larga y profundamente a los ojos de Margaret, procesando lo que ella le había dicho. Se sentía lento.

—¿Estás segura? En ese caso me he despistado mientras fumaba. Es por el cansancio —sonrió—. Ahora mismo voy. —Rápidamente se giró y empezó a andar a paso ligero hacia el punto de encuentro acordado.

«¡Qué extraño es este muchacho!» pensó Margaret. Cuando se disponía a seguir hacia el salón de desayuno, se dio cuenta de que a Frederick se le había caído la pitillera. La moqueta del pasillo era tan mullida que había amortiguado de tal forma la caída de la cajita que ninguno se había dado cuenta. La cogió para dársela más tarde. Era preciosa, de plata, con incrustaciones de esmalte en forma de hiedra a ambos lados. La abrió. Dentro pudo leer una dedicatoria, «El futuro que merecemos» y unas iniciales: M. D. «¡Qué bonito! ¡Molly Davenport! ¡Miss Davenport y Frederick!». Margaret, una romántica empedernida, se dio cuenta rápidamente de que este solo podía ser un regalo como prenda de amor. No podía esperar para dárselo más

tarde. Iría inmediatamente a la entrada este para devolver semejante manifestación de compromiso mutuo a su dueño. ¡Menuda ilusión! Siempre se dice que de una boda sale otra y desde luego este había sido el resultado de la fantástica boda de George y Caroline.

Fue lo más rápido que pudo, quería devolver la pitillera, saludar a su marido e irse pitando a desayunar para ser la primera en felicitar a Molly Davenport. Le encantaba la sensación de compartir un secreto precioso, aunque solo fuera un ratito. Era evidente que se haría público rápidamente, una noticia que alegraría a tanta gente no debía ocultarse, pero esos minutos de disfrute no se los quitaba nadie.

Cuando llegó a la puerta indicada, pudo ver a Sebastian de espaldas a ella y a Frederick mirando hacia la puerta. Mientras cruzaba el portal levantó, sonriendo, la mano con la pitillera para mostrársela al tío de su marido. En ese preciso instante, la gárgola, que llevaba siglos aguantando estoicamente cualquier inclemencia, sin que la grieta que tenía le afectara en ningún modo, se desprendió y empezó a caer. Frederick, se adelantó, mientras ella ya tenía todo el cuerpo fuera de la casa, gritó con todas sus fuerzas «nooooo» mientras se abalanzaba sobre Sebastian. Ella no entendió lo que pasaba.

# CAPÍTULO XXXVI

—¡Nooo! ¡Margaret! —gritó Sebastian desde el suelo con asombro y desesperación. Había vivido ese momento con gran confusión; como si sucediera a cámara lenta. Su primo gritando y saltando sobre él, como si fuera a atacarle; él cayendo, viendo cómo la gárgola que durante generaciones nadie había querido arreglar, se precipitaba hacia abajo, y caía sobre la persona que más le importaba en el mundo, derribándola. Una persona que no debía de estar ahí en ese momento. Una persona que estaba ocupando el espacio exacto en el que él había estado unos segundos antes. No era capaz de entender qué estaba sucediendo.

—Ven, dame la mano —dijo Frederick que se había incorporado rápidamente, extendiendo su brazo hacia Sebastian, ayudándole a erguirse. Sebastian en dos zancadas llegó junto a su esposa.

—¡Ayuda! ¡Ayuda! —gritó Sebastian mientras se inclinaba sobre Margaret, sangrando, tendida en el suelo, con parte su cráneo deformado y roto.

No respondía de ninguna manera.

Frederick entró un momento en la casa para pedir ayuda e inmediatamente empezaron a salir criados e invitados que formaron un pequeño círculo en torno a Sebastian, que estaba llorando e intentando que su esposa reaccionara. Su mujer, inerte, yacía a pocos metros de la gárgola que se había desprendido, provocando su muerte.

El doctor Evans llegó y confirmó lo inevitable, lo que todos sabían: Margaret estaba muerta. Los murmullos se extendieron por toda la casa a una velocidad vertiginosa. Todo el mundo estaba impactado. Ella era tan joven, tan buena, tan bella, tan llena de alegría… El marido, ahora viudo, tan guapo, tan joven, tan bueno, tan lleno de alegría… ¿Qué sería ahora de él?

—Estaban tan enamorados… —comentó una de las invitadas.

—Qué pena que no hubieran tenido algún hijo, eso le obligaría a él a incorporarse rápidamente al mercado del matrimonio, sus hijos necesitarían una madrastra. —Se atrevió a decir otra.

— ¿Cuánto luto creéis que guardará?

—¿Quién tiene alguna hija en edad de ser presentada en sociedad en una o dos temporadas?

—Esa gárgola era un peligro evidente. ¡Qué mala suerte que justo cayera cuando ella estaba saliendo por la puerta!

—Esta casa está embrujada, dos muertes en una semana, hay que irse de aquí cuanto antes.

—La culpa de esto es del marqués, que tenía que haber arreglado esa gárgola antes.

Y así se iban extendiendo por la casa los rumores, los llantos, las habladurías.

Los padres de Margaret estaban destrozados, Sebastian no encontraba palabras de solaz y consuelo para su suegra, que, silenciosamente, no paraba de verter lágrimas. Thompson, el mayordomo, se acercó a Sebastian y le ofreció una copa de coñac.

—No, gracias. Si empiezo no podré parar. Ahora necesito estar entero, por los padres de Margaret. Yo he perdido a mi esposa, pero ellos a su única hija. —Sacó un pañuelo del bolsillo y se frotó la frente con él—. Más tarde habrá tiempo de sobra para beber. Gracias, Thompson.

Tuvo que irse, le reclamaban en el despacho de su padre para hablar con el doctor y con el inspector Dew. Dejó a su madre al cuidado de sus suegros y se dirigió al estudio del marqués.

—Hijo, hay una serie de cosas que debes saber —dijo el marqués dirigiéndose a Sebastian. En la sala solo estaban él, el doctor Evans, el inspector Dew y el detective Rymer.

—La gárgola no cayó por accidente —sentenció el inspector.

—El detective Rymer ha subido al tejado y hay marcas ineludibles de fricción que indican que se ha forzado. Esa gárgola ha caído porque alguien la ha empujado. La muerte de Margaret no es casual.

—Efectivamente —confirmó Rymer—. Las marcas no dejan lugar a especulación. La muerte de Margaret ha sido un asesinato.

—No lo puedo creer —respondió Sebastian frotándose las sienes y

girando hacia un lado y otro la cabeza, negando—. Nadie desearía hacer daño a Margaret. ¡Esto es por mí! ¡Mi mujer está muerta por mí! ¡Era a mí a quien querían matar!

—No está muerta por ti, hijo. Está muerta porque alguien es un asesino. No lo olvides.

Sebastian miró a su padre al oír estas palabras y sus ojos se llenaron de amor y respeto hacia él. Su padre acababa de decir algo que él sabía, pero que necesitaba recordar. En medio del desgarro que estaba sintiendo, revolcarse en su dolor y culpabilidad era lo fácil, pero no lo útil.

—No lo voy a olvidar. Eso es lo que quiere su asesino, que me hunda y deje de perseguirlo, pero ¡ahora tengo más motivos y fuerza para descubrir a ese miserable!

—Lord Atworth, le aseguro que no vamos a cejar en nuestro empeño hasta que el culpable sea castigado por este acto —respondió el inspector.

—Gracias —dijo Sebastian inclinando la cabeza en señal de reconocimiento hacia el inspector—. Doctor, necesito hacerle una pregunta que me reconcome. Margaret, ¿estaba embaraza?

—No, no lo estaba.

El doctor consideró que Sebastian no necesitaba añadir más pena a la que ya acarreaba.

# CAPÍTULO XXXVII

—¿Sabe dónde se encuentra mi hijo? —preguntó el marqués a la señora Thompson al cruzarse con ella por el pasillo principal.

—Sí, señor. Está en la sala de billar.

Lord Avon entró despacio en la habitación, quería darse tiempo para ver en qué estado se encontraba su hijo. Ahora sí, estaba bebiendo. Por suerte no lo hacía solo. Charles estaba con él. Eso le reconfortó. «Para eso está la familia».

—Sé que ahora no es momento de beber —dijo Sebastián, dirigiéndose a su padre—. Es prioritario capturar al asesino. Esta es la única copa que estoy tomando. Pero después no va a haber quien me impida tragarme toda la bodega de la casa.

—Lo sé —respondió el marqués.

—¿Cómo lo hace todo el mundo para simular que no pasa nada? Yo ya no lo soporto más, padre. Son demasiadas cosas juntas en muy poco tiempo: nuestros problemas económicos, la muerte de *mister* Dennis, la boda de George y todo lo que conllevaba, secretos que he descubierto que preferiría no saber, y ahora…, ahora, Margaret. ¿Cómo lo hacen los demás para que parezca que no sucede nada? ¿Es que a nadie le importa lo que está sucediendo?

—La procesión va por dentro, hijo mío.

—Claro que nos preocupa a los demás. Pero, si no tenemos cuidado se resquebrajará el frágil equilibrio en el que ahora mismo se encuentra la familia, y no podemos permitírnoslo —comentó Charles.

—¿Frágil equilibrio? ¿De qué equilibrio me hablas? ¡Ha muerto mi mujer! ¡Para mí ya no existe equilibrio!

—Charles, déjanos, por favor —indicó el marqués a su hijo mayor, con mirada penetrante. Este se levantó y salió en silencio.

El marqués se acercó a Sebastian, le quitó el vaso de la mano y

depositó sobre ella un objeto metálico.

—Encontraron esta pitillera junto a Margaret. Supongo que es tuya o para ti. Aquí te la traigo. —Sebastian, sujetándolo, miró aquel objeto con extrañeza. Abrió la pitillera y leyó la dedicatoria. «No era para él. No era de Margaret, ella usaría M. A. o M. S. como iniciales. M. D. era otra persona». Algo no le cuadraba.

—Padre, ¿puede pedir que venga Siobhan?

—¿Siobhan? ¿La hija de mi primo? Si es una niña…

—Siobhan vio una situación extraña el día que murió el notario. Ahora mismo, con todo lo que ha sucedido hoy, estoy confundido. Necesito hacerle unas preguntas de nuevo. Que venga.

Era la segunda vez que interrogaba a la joven lady Siobhan. El día del incidente, media hora aproximadamente antes de la cena, se encontraba en el salón de dibujo porque había olvidado una bolsa de confites allí y no quiso decírselo a nadie, ni siquiera a una de las criadas, para que no se lo dijeran a su madre. Decidió ir a buscarla ella misma. Al salir, vio a un criado alejándose por el pasillo; acababa de salir de la sala de billar. Gracias a la descripción que había hecho previamente, se había descartado al criado del difunto *mister* Dennis, el notario que se había ocupado de gestionar los papeles, durante años, de todos los sospechosos de su asesinato. Pero la descripción que había dado era demasiado genérica: de estatura media, con el cabello castaño y ondulado, no muy ancho de espaldas. Necesitaban que intentara recordar más.

—Siobhan, ¿no recuerdas ningún detalle? Cualquier cosa, por pequeña que sea, nos puede ayudar —preguntó Sebastian mientras se agachaba lo necesario para que sus ojos quedaran a la misma altura que los de ella.

—Creo que no. Dije lo que recordaba. Era un criado. No me pareció ni alto ni bajo. Era un criado sin más.

—¿Llevaba algo en la mano además de la bandeja? ¿Tenía algún objeto que te llamara la atención? ¿Su uniforme era como el de los criados de esta casa o podía ser uno de los criados de algún invitado?

—Creo que era de esta casa, aunque no estoy segura. Ahora que lo dices… sí, hubo una cosa que me llamó la atención: sus polainas no eran negras como las de todos los criados, eran marrones. Me pareció curioso, pero pensé que se habrían ensuciado las habituales y prefirió ponerse esas a no llevar ningunas. Si se le cae alguna salsa, siempre mejor encima de las polainas que no de los zapatos —la niña se removió en la silla y pasó una mano por su falda. Por su mirada se

notaba que le encantaba la ropa que llevaba puesta.

—¿Estás segura de ese detalle?

—¡Claro! Es algo en lo que te fijas.

—¿Por qué no lo comentaste antes?

—No lo sé. Dije que era un criado, su estatura y respondí a lo que me preguntaste.

—Está bien. Has sido de mucha ayuda. Muchas gracias.

# CAPÍTULO XXXVIII

Sebastian, finalmente, llegó a la biblioteca. Allí los encontró a todos reunidos, esperándole: sus padres, Charles y Vivian, el inspector Dew junto a su ayudante, los Dennis, *mister* Corston, lord Seymour y el conde de Mere, la señora Marshall y el mayordomo, Thomas,
el doctor Evans, *mister* Ronson y el vizconde de Sherston. Había llegado la hora de la verdad.

—¿Cómo te encuentras, hijo? —preguntó el marqués preocupado por su bienestar emocional.

A Sebastian se le veían los ojos vidriosos de tanto llorar.

—Bien, padre —respondió con la voz quebrada. Sebastian estaba roto de dolor, pero precisamente por ello no iba a dejar escapar al culpable sin castigo—. Creo que para empezar sería bueno que el inspector Dew o el detective Rymer hicieran
un resumen de los sucesos que nos han traído aquí.

El inspector de policía empezó a narrar los detalles que todos, más o menos, conocían sobre la muerte del notario.

—Todo empezó el jueves por la noche. Durante la cena ofrecida por los marqueses de Avon, se pudo notar la ausencia del notario y amigo de la familia, Andrew Dennis. Durante la cena, una de las criadas, Lorna, avisó y, rápidamente, tanto el doctor Evans como lord Sebastian Atworth acudieron a la sala de billar en donde encontraron al señor Dennis muerto. En un principio, parecía una muerte natural. Según el doctor Evans, se trataba de una intoxicación paralítica por moluscos.

—Los síntomas aparecen de cinco a treinta minutos después de la

ingesta. Consisten en hormigueo alrededor de la boca, náuseas, vómitos, espasmos abdominales, debilidad muscular y parálisis del diafragma, que puede causar la muerte —explicó el doctor.

—Como ven —continuó el inspector—, muerte natural, caso cerrado. Pero esa misma noche el doctor Evans comprobó que le faltaba una jeringuilla. —El doctor asintió con la cabeza—. En principio, algo no relacionado. Sin embargo, al día siguiente, esa jeringuilla se encontró rota, enterrada junto al invernadero y con un horrible olor a ostras podridas. Ese olor era prueba irrefutable de que se había usado para inyectar una sustancia en las ostras. Todo el mundo sabía que todas las noches las tomaba *mister* Dennis como aperitivo antes de cenar. Ese fue el gran fallo del asesino. En lugar de deshacerse de la jeringa enterrándola debajo de alguna de las plantas que tenían tierra removida, escogió unas flores que no se trasplantan en esta época del año. Ese error lo delató, ya que lord Studland se dio cuenta y encontró el arma del crimen. El marqués informó a la policía de lo sucedido y nos presentamos el detective Rymer y yo mismo para empezar a investigar. El detective Rymer, en persona, llevó la jeringa al farmacéutico de Tanglewood, quien suele colaborar con nosotros en caso de necesidad.

—El farmacéutico aseguró no haber encontrado ninguna sustancia que no fueran ostras en esa jeringa —explicó Rymer—. Así que se trata de un veneno indetectable. Nos encontramos, sin duda, ante un asesino muy inteligente.

—A la mañana siguiente, junto al vizconde de Studland, empezamos a averiguar quiénes podían haber pasado cerca del invernadero desde la muerte del notario hasta el momento en que la jeringa se encontró. Con un listado de posibles sospechosos empezamos a interrogarlos uno por uno.

Aparentemente, en principio, todos tenían coartadas. Parecía que era imposible encontrar al culpable. Aunque algunos de ellos tenían unas coartadas más flojas, que dejaban un resquicio para seguir con nuestras pesquisas. Y aquí creo que es usted, lord Atworth, quien debería continuar, ya que es quien nos ha convocado —dijo el inspector, dirigiéndose a Sebastian.

Sebastian dio un par de vueltas alrededor de la estancia y, finalmente, se puso frente a William Corston.

—Empezaré por usted, uno de los principales sospechosos, como bien sabe. Era muy fácil apuntar hacia usted, tenía motivo, oportunidad y obtenía un gran beneficio con la muerte de *mister* Dennis. Amelia y usted no podían casarse, ya habían intentado convencer al tío de su prometida y no dio su brazo a torcer, es más,

pretendía que se casara con otro hombre y que se la llevara lo suficientemente lejos de usted para que pudiera olvidarse de su amor y rehacer su vida como esposa de un distinguido prohombre de la iglesia. Con la muerte del señor Dennis, usted lograba casarse con la mujer que amaba y, además, percibía la dote asignada a la joven, aunque todos sabemos que no la necesita. Pero, ¿a quién le amarga un dulce? Todo ventajas. Tuvo oportunidad porque cuando el lunes regresó del puesto de caza, aunque le vieron tomar la escalera principal, nadie le vio en el pasillo camino a su habitación. Digamos que todo apuntaba fácilmente hacia usted. Además, Thomas, aquí presente —dijo señalando con una inclinación en dirección al criado— escuchó el domingo por la mañana una conversación en la habitación de Michael Dennis que no le favorecía a usted, ya que se mezclaba su nombre con la frase "alejar del peligro". Daba la sensación de que era alguien peligroso y que lo mejor era permitir que se casara con Amelia para no tener más problemas con usted. Parecía evidente que el asesino debía ser usted, hasta que pude comprobar que no necesitaba el permiso de nadie para casarse con Amelia. Lo tenía todo preparado para fugarse con ella y contraer matrimonio en Gretna Green. —Las caras de asombro de la audiencia sucedieron a pequeños murmullos al descubrir que Amelia y William Corston tenían todo a punto para fugarse. ¡Menudo escándalo! Mientras, Amelia y William se cogían la mano y se miraban a los ojos con confianza, inmunes a las reacciones de los demás—. Podría ser simplemente una coartada, pero muy costosa e innecesaria —continuó Sebastian—, nadie se toma tantas molestias para organizar una fuga que no va a realizar con la cantidad de posibles coartadas que ofrece una boda en una casa con tantas personas como esta. No. Usted, William, quedaba descartado.

Todos se miraban en silencio. Sebastian se sentó junto a su padre y bebió un sorbo de su taza de té. Estaba frío, pero no le importó, no quería interrumpir el hilo de sus pensamientos llamando al servicio.

—Venga, hijo, cuando estés preparado —dijo el marqués, dándole unos golpecitos en el hombro a Sebastian mientras asentía con la cabeza, animando a su hijo a continuar.

Sebastian se volvió a levantar para retomar su discurso.

—El señor Michael Dennis me comentó que el mismo día de la muerte del notario alguien había entrado en el despacho de su tío. Lo mismo me contó el señor Hardy por carta. Aunque costó un poco encontrar el motivo de esa incursión, finalmente se descubrió. Faltaban cuatro archivos, y tres de ellos eran de invitados en esta boda: William Corston, Daniel Ronson y el vizconde Sherston.

—¿Pero no tenían todos coartadas comprobables? —preguntó

Vivian.

—Sí, así es, por eso estaba convencido de que se me escapaba algo y decidí ir el martes a Londres personalmente. Necesitaba ver qué información me podía dar *mister* Hardy, el ayudante de *mister* Dennis.

En ese momento entraron tres lacayos portando nuevos servicios de té, sándwiches de huevo, pastas dulces de mantequilla y deliciosas tartaletas de salmón. Frau Gruber siempre estaba pendiente del bienestar de los habitantes de la casa y había enviado un refrigerio a la biblioteca, adelantándose a las necesidades que sabía que surgirían. La gente, en momentos de nervios como los que se estaban pasando en esa casa, desde la desgracia sucedida a lady Margaret, necesita reponer fuerzas y la cocina de Orchard Manor estaba funcionando a pleno rendimiento para poder proveer de alimento a todos los residentes.

Los lacayos recogieron las tazas del servicio anterior y dispusieron lo que acababan de traer con una destreza y velocidad envidiables. El marqués indicó que ellos mismos se servirían el té. Vivian empezó a servir tazas mientras los lacayos se iban. La reunión prosiguió.

—Debo decirles que cuando llegué a Londres, a la oficina del difunto señor Dennis, iba buscando por qué podrían haber robado los archivos que sabíamos que habían sustraído. Deseaba encontrar un motivo que justificara el asesinato. El señor Hardy no me podía dar más información que la que ya teníamos: cuatro archivos faltaban y tres de ellos eran de personas que estaban en la boda. Los principales sospechosos, ¿verdad? Uno de esos hombres debía de ser el culpable. Pero no encajaba con lo que había descubierto. Así que volví a revisar los cajones de nuevo y lo encontré. Encontré la causa de la muerte de *mister* Dennis. En el cajón del que se habían extraído esos archivos, vi una pequeña disonancia. Una delgada línea más colorida que las demás. Se trataba del estrecho lomo de una de las carpetas que estaba allí archivada. Por su aspecto era evidente que era más nueva que el resto de carpetas guardadas y catalogadas en ese compartimento, ya que todas tenían el mismo tono decolorado por el sol y esta tenía un color más vivo. Había quedado menos expuesta al sol cuando dejaban abierto el cajón porque llevaba menos tiempo dentro de él. Resultaba evidente que no encajaba con el resto, así que la cogí. Lo entendí todo. Bueno, eso pensé en ese momento. En realidad, me faltaban un par de detalles que no había acabado de calibrar. Y los acontecimientos de esta mañana casi me desvían de mi camino, tanto porque he estado a punto de tirar la toalla y dejarme revolcar en mi pérdida y mi dolor y olvidarme del resto del mundo, como porque han logrado despistarme por un momento; pero tanto lo sucedido esta mañana, como un

pequeño detalle que ahora les contaré, ha vuelto a dar sentido a todas mis pesquisas. Y ahora mismo creo que estoy en lo cierto y se lo expondré con detalle.

La marquesa se revolvió en su asiento, incómoda, mientras se volvía a enjugar los ojos llorosos tras la conmoción sucedida hoy. Si hubiera sido otro tipo de mujer, se hubiera ido a la cama aduciendo que padecía de los nervios, pero ella siempre actuaba como pilar fundamental y soporte para todos sus hijos, y hoy quien más sufría era Sebastian y no ella.

—Cuando *mister* Dennis falleció, el asesino casi logró salirse con la suya —prosiguió Sebastian—. Una intoxicación, muerte natural. Nada a sospechar, pero como ha explicado el inspector, hallamos lo que quedaba de la jeringa, la prueba definitiva que hubiéramos deseado no encontrar. ¿Quién habría cometido ese crimen y por qué? Al principio todo conducía a caminos sin salida, personas con coartada o sin motivo, pero, poco a poco, fueron encajando algunas piezas.

La señora Marshall, solícita, rellenó con té, de nuevo, varias de las tazas que habían quedado vacías. El detective Rymer se llevó una galleta a la boca que empezó a masticar sonoramente. Los demás le miraron molestos, el sonido les distraía. Sebastian aprovechó para mojarse los labios con un sorbo de la bebida que el ama de llaves le había acercado.

—Prosiga, por favor —dijo el inspector.

—Al inicio de la investigación, estábamos buscando a un asesino, una sola persona que por algún motivo había acabado premeditadamente con la vida de *mister* Dennis. Incluso cuando supimos que alguien había asaltado el despacho del notario en Londres el mismo día en que él murió, seguimos pensando que era un solo asesino, ya que aparentemente no había relación entre un suceso y el otro. Era un acto de vandalismo, puesto que aparentemente no faltaba nada. Después, descubrimos que había un cómplice, cuando vimos que se habían robado varios documentos del archivo de la notaría y varios pertenecían a personas que se encontraban en esta casa durante el acto criminal. Parecían caminos que no conducían a ningún lugar. Sin embargo, por fin, las cosas se aclararon. Cuando fui al despacho, en donde el señor Hardy me atendió estupendamente, descubrí que no solo habían incluido un archivo que antes no estaba en los cajones, sino que había un testigo, el vecino de enfrente, que había visto, el día del asalto al despacho, al sobrino del señor Dennis, Michael, aquí presente, en el edificio.

—¡Por supuesto que estaba ahí! Voy y vengo a diario. De hecho, fui

yo quien dio la alarma.

—Muy oportuno. Por supuesto que fue usted quien avisó y el primero en verlo. Fue usted quien lo hizo todo. ¿Quién mejor que usted para entrar, destrozar cuatro cosas y robar varios archivos al azar del cajón en el que introdujo el que le interesaba y después llamar, alarmado, a la policía?

—No tiene ninguna prueba que demuestre lo que dice.

—Las suficientes para estar convencido de que lo que digo es lo que sucedió. Usted no podía entrar directamente y cambiar un documento sin más, necesitaba forzar la puerta, ya que usted no tenía llave. Esperó a que su vecino se fuera, forzó la puerta, cambió los archivos que le interesaban, se llevó varios al azar para despistar y que las sospechas recayeran sobre otras personas. Entonces, y solo entonces, avisó de que alguien había realizado un acto de vandalismo.

—Siguen siendo conjeturas. ¿Por qué querría yo hacer algo así? No tiene nada. Me acusa de algo que nadie puede creer. Es un sinsentido.

—Tengo pruebas. Empezaré por la más importante de todas, la que nos dará el nombre del asesino de *mister* Dennis y explicará por qué usted es cómplice del asesinato de su tío: el documento añadido. Se trata del testamento del conde de Mere.

Todos empezaron a mirar al conde con caras de asombro. ¿Habría orquestado ese pobre anciano un crimen tan abyecto? ¿Qué sentido tenía? La señora Marshall, sin entender nada, hizo la señal de la cruz sobre su pecho y se llevó la mano a la boca muda de asombro. La señorita Dennis miraba al conde con ojos desorbitados. Nadie decía ni una sola palabra. Estaban ansiosos por seguir escuchando la explicación de Sebastian.

—Evidentemente, él no lo puso ahí. ¿Para qué metería un testamento que ya había registrado, certificado y pagado con el propio notario años antes? Lo metió una persona a quien un cambio en ese testamento le beneficiaba notablemente y se ocupó de que el único que podría ver la diferencia entre un testamento y otro jamás pudiera decirlo, asesinándolo. ¿Quién fue capaz de algo tan horrible? Mi tío tercero, lord Frederick Seymour —dijo Sebastian mirando directamente a la cara del asesino—. Con la ayuda de Michael Dennis. Tengo aquí el documento, y el mismo conde nos podrá confirmar el cambio notable que hay entre el testamento que encontré en el archivo notarial y el anterior, que fue robado y destruido junto con los otros archivos el mismo día.

—¿Tú? ¡Gusano insolente! ¡Sangre de horchata miserable que jamás has sido capaz de enorgullecer a tu abuelo! ¿Y ahora haces esto? ¡No

vas a ver ni un penique! ¡Nada! —empezó a gritar el conde en medio de ataques de tos.

Frederick permaneció callado, encogiéndose en el asiento, empequeñeciéndose.

—Yo no he hecho nada de lo que se me acusa. Sebastian está aprovechando la falta de confianza de mi abuelo en mí para ponerlo en mi contra y que todos crean esa mentira. No tiene ni una sola prueba que enlace la muerte de Andrew Dennis conmigo.

—La tengo. En el testamento anterior del conde, había una cláusula, que, lo siento Frederick, pero mi padre la conocía y nos la había contado a los demás —acotó Sebastian mirando al primo de su padre—. Para que Frederick pudiera heredar toda la fortuna de su abuelo, debía casarse y dar un heredero al linaje familiar antes de llegar a los treinta años. De lo contrario, solo recibiría una de las propiedades menores y una asignación anual que cubriría los gastos de mantenimiento de la casa y poco más. El resto del patrimonio se entregaría al siguiente heredero en la línea de sucesión —concluyó Sebastian mientras Frederick cerraba los ojos y apretaba los puños, lleno de frustración.

—No lo entiendo. Si aún no tiene la treintena y hay un montón de jóvenes casaderas dispuestísimas a convertirse en lady Seymour y darle no uno, sino los herederos que haga falta —comentó el vizconde de Sherston.

—Cierto. Pero es que lord Seymour no estaba interesado ni en casarse ni en dar ningún heredero que continuara el linaje familiar. A su abuelo, en ocasiones, le hacía creer que sí. De hecho, le hizo creer que estaba interesado por Molly Davenport. Pero era una patraña. El día de la boda de George y Caroline, Margaret le preguntó a miss Davenport por unas flores que llevaba engarzadas en el vestido y esta le dijo que las había recogido ella. Mi esposa pensó que no era cierto, que eran regalo de Frederick, porque mi tío abuelo le había contado lo que su nieto le había dicho: que le había llevado flores a la chica. Estaba emocionado, creía que su sueño hecho realidad. Pero era un sueño bastante improbable. El domingo por la mañana, Frederick no fue a llevarle flores a nadie, estuvo en la habitación de Michael Dennis. Probablemente, no porque fuera temprano a hablar con él, sino porque había pasado la noche allí.

Michael se incorporó en la silla, protestando.

—No, no hace falta que intente rebatirlo. Thomas, el criado, le oyó hablar con otro hombre, no sabía con quién, y escuchó unas palabras que ahora cobran un nuevo sentido para todos. Escuchó lo siguiente:

«Aceptar el compromiso de Corston con Amelia era la mejor forma de mantener a raya el peligro», de boca de Michael Dennis. Al principio parecía que el joven señor Dennis pensaba que Corston era peligroso y que, como dice el dicho, «mantén a tus amigos cerca y a tus enemigos más cerca». Y, además dijo: «Así matamos dos pájaros de un tiro». ¿Qué dos pájaros podrían ser? Uno, hacer que Corston fuera sospechoso, y el segundo, alejar a Amelia de la casa de su hermano. Cuantas menos miradas estuvieran cerca de Michael y Frederick, mejor. —Se paró para beber, inspiró fuertemente, miró al inspector Dew, quien asintió y prosiguió—. Son cómplices. Son amantes.

Las caras de asombro y horror de los presentes ante la posibilidad de que esos dos jóvenes de buena familia fueran culpables de tal delito eran dignas de enmarcarse.

—Eso es una tontería —respondió Amelia Dennis—. Mi hermano no tiene secretos para mí y jamás haría nada para apartarme de él.

—En ese caso, solo quería que las sospechas recayeran sobre su prometido, para apartarlas de ellos y que quedara el caso sin resolver, y el segundo pájaro no sé muy bien cuál es. Sigo pensando que era el que he dicho.

—Facilitar la felicidad de mi hermana. Ese sería el segundo —dijo Michael Dennis con expresión abatida mirando a Amelia a los ojos—. Sebastian asintió.

Podía entender ese sentimiento de que incluso en la situación más extrema, se quiera algo bueno para otros. Él también tenía una hermana y, desde luego, quería lo mejor para ella.

—No entiendo por qué para alegar la muerte del notario necesita airear ciertas cosas. Michael Dennis por lo que cuenta es culpable, como mucho, de haber introducido un documento falso en un despacho. Nada más. ¿Por qué exponerle así? ¿Por qué decir algo que son suposiciones suyas? Lo que está haciendo es repugnante —dijo William Corston, enfatizando su disgusto con manos y rostro.

—Entiendo que quiera proteger en lo que pueda a su futuro cuñado, pero sí es relevante que sean amantes; y hay pruebas de ello. Ese es el motivo principal para que hayan cambiado el testamento anterior por uno que hace a Frederick heredero universal sin condiciones y que hayan asesinado a la que, una vez muerto su abuelo, era la única que podría alegar legalmente que ese no era el documento original. Frederick ya no tendría que casarse ni dar ningún heredero a nadie para disfrutar de una vida de lujos compartida con Michael. Y la prueba de ello la tengo aquí mismo —respondió Sebastian, sacando la pitillera del bolsillo de su chaqueta.

La tensión se palpaba en el aire mientras las miradas de todos se posaban sobre ese pequeño objeto.

—Esta mañana, temprano, poco después de haber enviado mis notas para convocar esta reunión, me ha llegado un recado de Frederick para que nos viéramos un rato antes. Me he alegrado. He pensado que mi tío querría explicarme qué había sucedido, justificarse, confesar, pedir perdón… Cualquiera de las cosas que haría una persona normal, y que quizás con eso podríamos ir directamente a la policía que, además, la tenemos en casa, y nos ahorraríamos todo este sufrimiento. He llegado puntual y Frederick no estaba. Raro. Normalmente, mi tío es una persona muy rigurosa con el tiempo. —Se tomó una pausa, jugueteando con la pitillera entre sus manos—. En breves minutos ha llegado y ha empezado a decirme que por qué no íbamos a otro lugar. Raro también. Si me ha convocado junto a la rosaleda, ¿por qué ahora me pide que vayamos dentro? No paraba de mirar hacia arriba. He pensado que a causa de sus nervios, no podía mirarme a la cara por vergüenza. Pero no. Se debía a que no era él quien me había convocado; estaba intentando salvarme la vida. De repente, se oyó un ruido arriba, un enorme crujido, Frederick en medio de un grito ensordecedor, se abalanzó sobre mí, apartándome de la salida de la casa y, en ese mismo instante, estaba Margaret, con un brazo en alto, saliendo al jardín. En un momento, que me pareció una eternidad, la gárgola que había permanecido inmóvil durante años sin mostrar el más mínimo signo de movimiento, a pesar de su grieta, cayó sobre ella, provocándole la muerte. —Bajaron las cabezas y permanecieron en silencio—. La nota de esta mañana era de Michael Dennis. Se puede comprobar perfectamente que es su letra si la cotejamos con otros documentos escritos por él. La prueba definitiva la he tenido hace un rato. Mi padre me ha entregado esta pitillera que han encontrado junto a Margaret y ha dado por supuesto que sería mía o de ella. Yo no fumo; ella tampoco lo hacía. La he abierto y, como pueden ver, he encontrado una dedicatoria grabada. ¿La puedes leer en voz alta, Charles, para que todos oigan lo que pone?

—«El futuro que merecemos. M.D.». Eso pone.

—Margaret ha venido con esta pitillera, con la mano en alto para entregársela a su dueño. No sé cómo, pero ella ha encontrado esa pitillera y sabía que era de Frederick.

—Se me debe haber caído esta mañana cuando nos hemos cruzado y me ha dicho que tú habías quedado conmigo —susurró Frederick.

—¡Cállate! No digas nada. —le espetó Michael.

—Ya da igual. ¿No te das cuenta? ¿No ves lo que hemos hecho? ¿Margaret? —le respondió Frederick con ojos vidriosos.

—Dejad de hablar, o esto no acabará nunca. Y creedme, si alguien necesita que esto termine e irse a llorar a su esposa como es debido…, ese soy yo.

—Perdonad, pero creo que ha llegado el momento de que nos sirvan algo más fuerte que té. Por favor, Thompson, ocúpese de que sirvan vino de Jerez para todos —interrumpió el marqués.

Hubo un momento de respiro, algunos se recolocaron en su asiento. La marquesa limpiaba discretamente con un pañuelo las lágrimas que no lograba contener. Charles se levantó y se puso de pie junto a su hermano para ofrecerle apoyo moral y un brazo con el que sostenerlo en caso de que las fuerzas le flaquearan. Sebastian prosiguió.

—La clave de todo está en esa pitillera. M.D., Molly Davenport.

Estoy seguro de que eso es lo que interpretó Margaret.

—Sin duda —apuntó Vivian—. Era una romántica empedernida y se ilusionaba como si ella misma reviviera los días de su propio noviazgo y boda.

—Gracias Vivian —continuó Sebastian—. Sé que estaba convencida de que de esta boda iba a salir un nuevo compromiso y que Frederick y Molly estaban enamorados. Probablemente, no era la única que lo pensaba. Frederick le había hecho creer a su abuelo que iba a proponer matrimonio a Molly. El conde había iniciado el rumor y, a través de las cotillas, había llegado a la mayoría de oídos. Probablemente también a los de la propia muchacha que no debía entender de dónde provenían semejantes insinuaciones. Pero como ahora queda claro, M.D. solo puede ser Michael Dennis y las palabras grabadas eran y son un incentivo para que Frederick lleve a cabo lo que planearon. Todo lo que era necesario para disfrutar del futuro que merecían. Irónicamente, son unas palabras que van a ser ciertas, porque ambos tendrán, en breve, el futuro que merecen —Sebastian se sentó. Una lágrima deslizándose silenciosa hacia la comisura de sus labios—.

»Margaret se encontró esta mañana con Frederick. Debió decirle que le estaba esperando junto a la rosaleda y Frederick, al darse cuenta de que no era él quien me había convocado, se temió lo peor. Conocía a Michael y sabía que no iba a permitir que nada ni nadie les apartara del «futuro que merecen». Al dirigirse a mi encuentro, se le cayó la pitillera. Margaret vino a entregársela, con la mala suerte de que justo en ese momento, Michael, desde la terraza, estaba empujando la gárgola. Todos sabíamos que estaba resquebrajada y que existía la posibilidad de que algún día pudiera llegar a caer, podría parecer un accidente. Pero las marcas indican claramente que fue

empujada; fue Michael quien en un intento de asesinarme ya que sabía demasiado, acabó cercenando la vida de mi esposa.

Frederick, repiqueteando compulsivamente con la punta del pie contra el suelo, agachó la cabeza. Michael se mantenía impertérrito, mirando a Sebastian directamente. La marquesa meneaba la cabeza a un lado y a otro y sujetaba la mano de Vivian, que se había cambiado de sitio para sentarse a su lado.

—Ante el suceso de esta mañana me he sentido perdido. Por un momento he dudado de todo. Frederick estaba conmigo, me había intentado salvar. ¿Y si no fuera un asesino? ¿Y si de alguna forma yo estuviera confundido y todo lo que acabo de contar no fuera la historia real? ¿Quién podría hacer algo así? Así que he vuelto a hablar con la única persona que vio salir el jueves pasado a un criado de la sala de billar, nuestra prima Siobhan. Quería comprobar si recordaba alguna característica que ayudara a confirmar o descartar lo que yo creía. —Respiró, tomándose una pequeña pausa—. La niña vio a un criado, es decir, a alguien vestido de criado, con chaqueta y bandeja de criado, pero con una cosa muy curiosa: usaba polainas marrones en lugar de las polainas negras que lleva todo el servicio dentro de la casa. Polainas marrones. ¿Quién podía llevar esas polainas? Alguno de los que se encargaron de revisar las trampas y de preparar la caza del día posterior. De nuevo tenemos como sospechoso a *mister* Corston y, como no, a Frederick Seymour. Fue Frederick. Cabello castaño y ondulado, polainas marrones, motivo y oportunidad. En ese momento absolutamente todas las piezas encajan. Frederick y Michael querían disfrutar de su amor sin que Frederick tuviera, o bien que renunciar a su fortuna y despedirse de la sociedad, o bien, como tantos otros, tuviera que casarse y complacer a su abuelo y así tener una doble vida. Para disfrutar de todas las ventajas que algún día obtendría Frederick al convertirse en conde de Mere, algo que, si somos honestos, cada vez queda menos debido a la avanzada edad y mala salud del actual, deberían actuar. —Todos se giraron hacia el conde, que en cuanto oyó hacer referencia a su salud, empezó a toser con grandes estertores—. Así que trazaron un plan impecable.

»Crearon un testamento nuevo en el que Frederick sería el heredero universal sin condiciones. Ahora lo tendrían que cambiar por el antiguo, pero no era suficiente. El tío de Michael sabría que ese no era el verdadero. No pasaba nada, eliminarían al tío, así de paso Michael lo heredaría todo. Era un buen momento, su hermana se quería comprometer con un rico industrial y se mudaría a su nuevo hogar en cuanto estuviera casada y si su tío ya no estaba, él podría vivir como quisiera.

»Pero no pudo conseguir una jeringuilla de las de su abuelo. Eso habría sido lo más sencillo. Incluso podría haberla limpiado cuidadosamente y colocarla en su lugar otra vez, o fingir que se le caía y rompía, cualquier cosa. Pero volver a entrar en la habitación del doctor Evans era más arriesgado, así que decidió deshacerse de la jeringa lo más rápido posible. Se equivocó de plantas. Si hubiera elegido una de las especies que sí se trasplantan ahora, probablemente no habríamos descubierto jamás que la muerte no fue natural. Y a partir de ahí, todos los descubrimientos posteriores. Hasta que llegamos a este momento, en que no tenemos a un asesino y un cómplice, sino a dos asesinos. Frederick mató al notario y Michael a Margaret.

—Mi tío padecía terriblemente de gota y tenía un cáncer —dijo Michael—. Acabar con su vida ahora no es tan cruel como parece. Le iba a ahorrar muchos sufrimientos, muchísimos. Y nos liberaba a nosotros de tener que sucumbir a las exigencias de un anciano que hacía que la herencia pasara por acciones que repugnaban a su nieto. —Frederick miró a su abuelo. El conde no paraba de mover la cabeza de un lado a otro, negando—. Nadie iba a sufrir y todos íbamos a estar mejor. Mi hermana, casándose con el hombre que ama; Frederick y yo juntos, sin que la sociedad tenga que saberlo, pero sin pasar penurias ni teniendo que vernos excluidos de ella. Molly Davenport se casaría con alguien que realmente quisiera tener hijos con ella y no viviría atada a un matrimonio en el que jamás podría experimentar amor. Y mi tío no tendría que sufrir meses y meses dolores y una muerte horrible. El conde, tranquilo, sin saber que su testamento estaba cambiado, disfrutaría de sus últimos meses o años creyendo que Frederick se acabaría casando con alguien. Todo era perfecto hasta que usted, lord Studland, metió sus narices. Era tan sencillo todo… Pero al escarbar tanto y convocar la reunión para hoy, me di cuenta de que usted no se iba a callar. Así que tendría que callarle yo. Esa gárgola es famosa por su grieta, sería un lamentable accidente. Jamás esperé que Margaret saliera por esa puerta, ni que Frederick le salvara, ni que se notara que la gárgola había sido manipulada. Todo ha sido una catástrofe. Nosotros solo queríamos vivir juntos, en paz, sin tener que renunciar a lo que por derecho de nacimiento nos pertenecía a cada uno.

—Solo díganos una cosa, lord Seymour —preguntó el inspector Dew—. ¿Qué veneno inyectó en las ostras que ha resultado indetectable?

—Jugo de ostra podrida. Puse una ostra sobre una maceta durante una semana. La empaqueté muy bien con varias capas de papel encerado y perfumado dentro de una caja herméticamente cerrada

para que no se notara el olor durante el viaje. Inyecté una gota del jugo de esa ostra en cada una de las ostras frescas que el notario iba a tomar. Fue sencillo.

—¿Y qué hizo con esa caja? Hubo registros por toda la casa y el jardín y no la encontramos, la hubiéramos abierto.

—La había dejado escondida junto al templete de Deméter, pero como mi abuelo me iba informando de todo, en cuanto me dijo que Sebastian y Charles iban a registrar el jardín, me adelanté, y como sabía que la casa ya había registrado, la llevé a mi habitación. Como por fuera no huele, la sigo teniendo. Me iba a deshacer de ella al regresar a casa.

—Siempre ibas un paso por delante gracias a la información que tu abuelo, sin saberlo, estaba proporcionando al asesino de su amigo —asintió Sebastian—. Por eso, en cuanto supisteis que Thomas había oído a Michael hablando con alguien, apenas se os vio juntos en público. En muy pocas ocasiones se os ha podido ver. Parecía que ni siquiera erais muy amigos, solo dos caballeros que se conocen y son corteses el uno con el otro.

—Creo que esto es todo. Rymer, por favor, proceda —dijo el inspector, sacando unas esposas de su cinturón y acercándose a lord Seymour.

—Lord Frederick Seymour, *mister* Michael Dennis, están ustedes detenidos por los asesinatos del notario Andrew Dennis y lady Margaret Atworth —dijo el detective Rymer, sacando las suyas y poniéndolas en las muñecas de Michael Dennis.

# EPÍLOGO

La cita de esta mañana recordaba a Sebastian el día de la muerte de su esposa. Tras haber pasado un día horrible, cuando pensó que ya estaba todo hecho y podía irse a su habitación a llorar su pena, resultó que el día continuaba.

—Sebastian, perdone, necesito hablar con usted un momento —dijo el inspector Dew antes de abandonar la biblioteca.

—Sí, por supuesto. ¿En qué puedo ayudarle? Imagino que tendré que pasar mañana por Tanglewood a firmar y sellar papeles.

—No es eso, no se preocupe por nada de eso. Rymer se acercará cuando lo tengamos todo
listo. Es algo diferente. —Sebastian le miró extrañado.

—¿De qué se trata, entonces? —preguntó el vizconde.

—De una proposición laboral especial. Muy especial. Al servicio de la reina. Un cambio de aires y de estímulos que, aunque parezca lo contrario, le puede venir muy bien en estos momentos, si me permite decírselo.

—Ahora mismo no tengo ánimo para pensar en ofertas laborales de ningún tipo. Ayudo a gestionar las responsabilidades de mi padre y mi hermano con estas tierras y sus tareas en el Parlamento. Le aseguro que es mucho trabajo, y también ofrece un gran servicio a la reina. Además, no lo entiendo. ¿Usted no es inspector de policía? ¿Acaso quiere que entre en el cuerpo de policía local? No tiene sentido.

—No, no. No se trata de eso. Y estoy convencido de que realiza una gran labor ayudando a su familia y al vizcondado. Esto que le voy a ofrecer es algo totalmente diferente. Para empezar, yo no soy únicamente un inspector de policía al uso. También soy un agente de una de las oficinas más especiales y secretas al servicio de su

majestad. Algo tan secreto que no puedo explicárselo aquí. Necesito que acuda a mi oficina en el Palacio de Buckingham —Sebastian levantó una ceja al oír decir aquello al policía—. Pongamos… ¿En un mes y un día?

—No sé qué decir. —Sebastian se frotó las sienes—. ¿En palacio? —preguntó abriendo considerablemente los ojos.

—En palacio. Le mandaré una nota con todos los detalles para que nos reunamos —dijo el inspector Dew mientras Sebastian asentía levemente, con un sutil movimiento de barbilla—. Lamento mucho su pérdida. Confío en que lo que tenemos que ofrecerle le resulte un proyecto alentador. Buenas tardes.

Y de esta forma terminó en el momento y lugar en el que se encontraba en estos momentos: en un pasillo en la última planta del Palacio de Buckingham, en la buhardilla, esperando para entrar a una oficina y averiguar qué es lo que le iban a proponer. En la puerta de la oficina se leían las siglas A.I.T.

Sebastian esperó pacientemente mientras bebía de la taza que le habían servido con un aromático té con bergamota. Al cabo de varios minutos, abrió la puerta el inspector Dew, luciendo un traje de más calidad y corte superior al que había llevado durante los días que pasó en Orchard Manor. Invitó a Sebastian a cruzar la puerta y sonrió.

—Buenos dí… —empezó a decir Sebastian, cuando de repente se quedó mudo.

En esa pequeña oficina, cubierta de arriba a abajo de paneles de madera y armarios con grandes cerraduras en sus puertas, en una silla baja, aterciopelada y sin reposabrazos estaba sentada Victoria, la reina de Inglaterra, en persona.

—Buenos días —respondió la reina.

El inspector Dew le señaló otro asiento a Sebastian, sonriendo para sus adentros mientras Sebastian realizaba una leve reverencia ante su soberana.

—Como ve —dijo el inspector—, somos una agencia especial. Yo, Angus Dew, soy agente de nivel cinco de la Agencia Internacional Transtemporal. Estoy al servicio de la reina, del país, del planeta y del buen curso de la historia. Trabajo para que las generaciones actuales y futuras se beneficien del conocimiento del pasado, y lucho contra los Destructores Temporales que amenazan con el equilibrio de nuestra historia y nuestras vidas.

—No entiendo nada.

—Joven Atworth, permítame que yo se lo aclare. —La reina se incorporó y se situó al borde de su silla—. Se puede viajar a través del tiempo. De la misma forma que se puede viajar en tren y recorrer grandes extensiones de territorio en muy poco tiempo, existe una forma de viajar entre horas, días, meses, años o siglos. Es un secreto protegido por todos los gobiernos de todas las épocas. Para ello existe una Agencia Internacional, porque la mayoría de los gobiernos del mundo civilizado pertenecen a ella. Es una agencia que nos protege a todos. Se fundó con el propósito de salvaguardar nuestra historia y para evitar que la voluntad de los ciudadanos no sea manipulada por entes perniciosos que puedan venir de otras épocas y cambiar a voluntad el pasado que para nosotros es el presente, con el fin de aprovecharse en un futuro. Es Transtemporal porque es una agencia que traspasa las barreras del tiempo. Sus trabajadores viajan de un año a otro, tanto para evitar atentados y protegernos de saboteadores, como para investigar y aprender del pasado para intentar mejorar su presente, con el afán de diseñar un mejor futuro. Por lo visto, gracias a eso, la Tierra sigue poblada por humanos en el siglo XXXVI y más allá.

—Inspector Dew, ¿puede pellizcarme?

—Eso no serviría de nada. ¿Acaso no le podría pellizcar alguien dentro de un sueño y usted seguir soñando? Le aseguro que todo lo que ha dicho Su Majestad es cierto.

—Majestad ¿Es normal que usted participe en este tipo de reuniones?

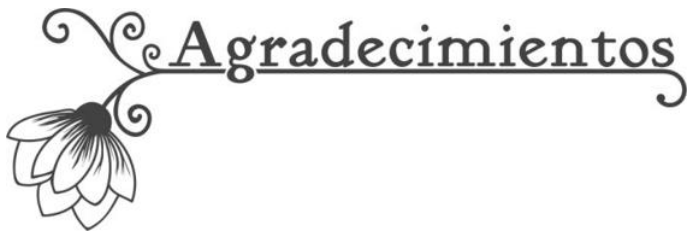
—¡No seas insolente! ¡Por supuesto que es normal! Participo en todo aquello que considero de vital importancia para el Imperio.

—Sigo sin entender nada. ¿Quieren que viaje por el tiempo? ¿Por qué yo?

—No —respondió el inspector—. No pretendemos que viaje por el tiempo. De hecho, debido a los recientes acontecimientos que no deseo recordarle, no creemos que sea un buen candidato. Demasiadas tentaciones para cambiar algo. No. Lo que queremos es proponerle un cargo como supervisor en la oficina de Londres. Necesitamos a alguien que controle a los viajeros que llegan de otras épocas, que les sitúe sobre el terreno, que les ayude en las labores de sus misiones. Necesitamos a una persona que sea responsable, inteligente, intrépida, capaz de ver más allá de lo aparente, y que sea capaz de mantener el temple sin importar la situación que se presente. Le he observado durante la celebración de la boda de su hermano y he visto de lo que es capaz. Es usted el candidato ideal. Además… ¿No le resultaría muy conveniente ahora mismo un cambio de vida? Nosotros se lo ofrecemos.

—No tengo palabras.

—Pues espero que esas palabras lleguen rápidamente a su lengua y que sean, «me encantaría servir de la mejor forma posible a mi país y a mi reina». Cuento con usted, Studland —diciendo esto, la reina se levantó y se marchó mientras Sebastian repetía las palabras que su soberana acababa de decir.




Gracias a todas las personas que, de una forma u otra, me han ayudado a llegar aquí, al final de esta novela y publicarla.

**A mi marido y a mis hijos**
por todo lo que constantemente me dan.

**A mi hijo Tristany**, especialmente,
por elegir la libreta que sirvió para tomar las notas y preparar escaletas, planificaciones..., que condujeron a que esta novela viera la luz.

**A Concepción Perea y Jordi Noguera**
por sus enseñanzas y acompañamiento a través de los cursos, mentorías y seguimiento desde Caja de Letras Llevo años aprendiendo con ellos y siempre me aportan. Sin ellos, definitivamente, no existiría esta historia, ni las que vienen.

**A Mónica Álvarez** por el empujón y su presencia.
Por animarme, leerme, acompañarme, por estar ahí siempre que la necesito, como escritora y como amiga.
Y por animarme la primera vez a que me apuntara a Caja de Letras ¡Qué maravilloso consejo!

**A Carmen García, Gehisy Hernández,**
**Ana Ramos y Almudena Martín**
por sus múltiples comentarios sobre los pequeños avances de la novela

que iba mandando y ellas desgranando.

**A Ana Ramos**, además, por ser la primera lectora cero en leerse la novela de cabo a rabo.

**A Cristina Muratori, Marta Hidalgo y Almudena Martín** por ser mis personas vitamina, junto con Ana Ramos.

**A Rosa Montaña**, por el interés y cariño. Por pensar, incluso, dónde y cómo podría presentar mi novela y buscar un sitio precioso.

**A Pilar N. Colorado y a Alicia Baigorri**
por su excelente labor como lectoras profesionales.
Su trabajo ha sido imprescindible para el buen fin
de este libro. Ambas son maravillosas y dan
el mil por cien en su trabajo.

**A Mer Flores**
por su aliento, sus lecturas,
sus recomendaciones y lecciones.

**A Alicia Pérez Gil**
por su Escribeteca, sus formaciones y su inspiración.

**A Rocío de Juan**
por su inspiración, sus talleres, su cariño y su energía.

**A Rachel Bels**
por enseñarme lo que significa ser una escritora profesional, por darme una comunidad y por ayudarme
a escribir lo que nunca hubiera escrito sin ella.

**A Ana González Duque**
por todo lo que he aprendido en su escuela MOLPE, en su pódcast, y con ella, por su ternura y cariño al explicar cómo se hace un buen marketing online como escritor.

**A Helen Rytkonen**
por ayudarme y darme el último impulso para lanzar mi novela y tener presencia como autora de ficción de forma definitiva y perseverante.

**A Mirwil Mejías (Mrs. Mirwil Doodle)**
por sus ilustraciones y por ponerle rostro a Sebastian.

**A Mónica Fragueiro (meninheira)**
por el acompañamiento constante, por ser responsable de todos los diseños, por los consejos, por el cariño, por estar siempre. Porque esta obra también es suya, es de las dos.

**A Bea Peidró**
por su ayuda inestimable para dar a conocer al mundo el universo de Lord Atworth.

**A Aitana Morell**
por su labor como correctora. Ni os imagináis lo mucho que ha mejorado esta historia gracias a su trabajo. Es una profesional como la copa de un pino y aún mejor persona.

A todas y cada una de esas personas que al cabo de los años me habéis animado a que escriba ficción y publique, a que me lance. Sois muchas, inabarcables en un espacio reducido dentro de este libro, pero sabéis quiénes sois. Gracias.

Gracias a todos los escritores que me han ilusionado e inspirado a lo largo de años y años, haciendo que me enamorara de la idea de poder ser como ellos.

Gracias **a mi madre**
por jamás negarme acceso a un libro, por comprarme y acercarme constantemente a los cuentos, novelas y cómics que pudo tener a su alcance, por ambicionar para mí mucho más que para ella, y por haberme convertido en la lectora entusiasta que soy. Mi madre, acercándome a la lectura, hizo su propia revolución. Yo, escribiendo ahora para otros, la continúo.

Soy Azucena Caballero Bernal, mallorquina. Escritora, emprendedora, formadora, madre.

Me han dicho que cambio vidas a mejor.

También me han llamado “cíborg”. Mis amigas dicen que no entienden cómo puedo hacer tantas cosas y tan diferentes a la vez, y es ya casi un apodo cariñoso que utilizan conmigo.

Me gusta pensar que soy un poco de ambos (¿no somos todos una mezcla de cosas muy distintas?). De hecho una vez Facebook me llegó a bloquear durante 24 horas porque decía que contestaba comentarios demasiado rápido y se creía que era un robot…

Me gustaría vivir en un mundo donde todos nos sintiéramos independientes, felices, capaces y el azúcar fuera el alimento más sano de todos.

Multipotencial y multiapasionada. Eso me hace estar en constante cambio. Soy la típica que cada año se inventa varios cursos nuevos, que toca mil temas y palos y que jamás puede estar quieta.

Desde niña he amado tanto la lectura como la escritura. Una vez gané un concurso de relatos, en mi etapa escolar.

Por fin me he lanzado en serio a la aventura de escribir y compartirlo con otros.

Escribo por evasión, y también por amor. Amor al pasado, a la historia, a hacer de algo bonito un momento memorable… Escribo,

principalmente, historias de misterio acogedor y romance, ambientadas en la época victoriana.

Deseo de corazón que te haya gustado “Lord Atworth y la muerte del notario” y espero que me acompañes en mi próxima aventura, que estará en breve terminada y a la venta:

**Gracias por hacer tuya esta historia.** Ojalá te hayas encariñado de Sebastian, tanto como yo.

Besos,

Azucena Caballero